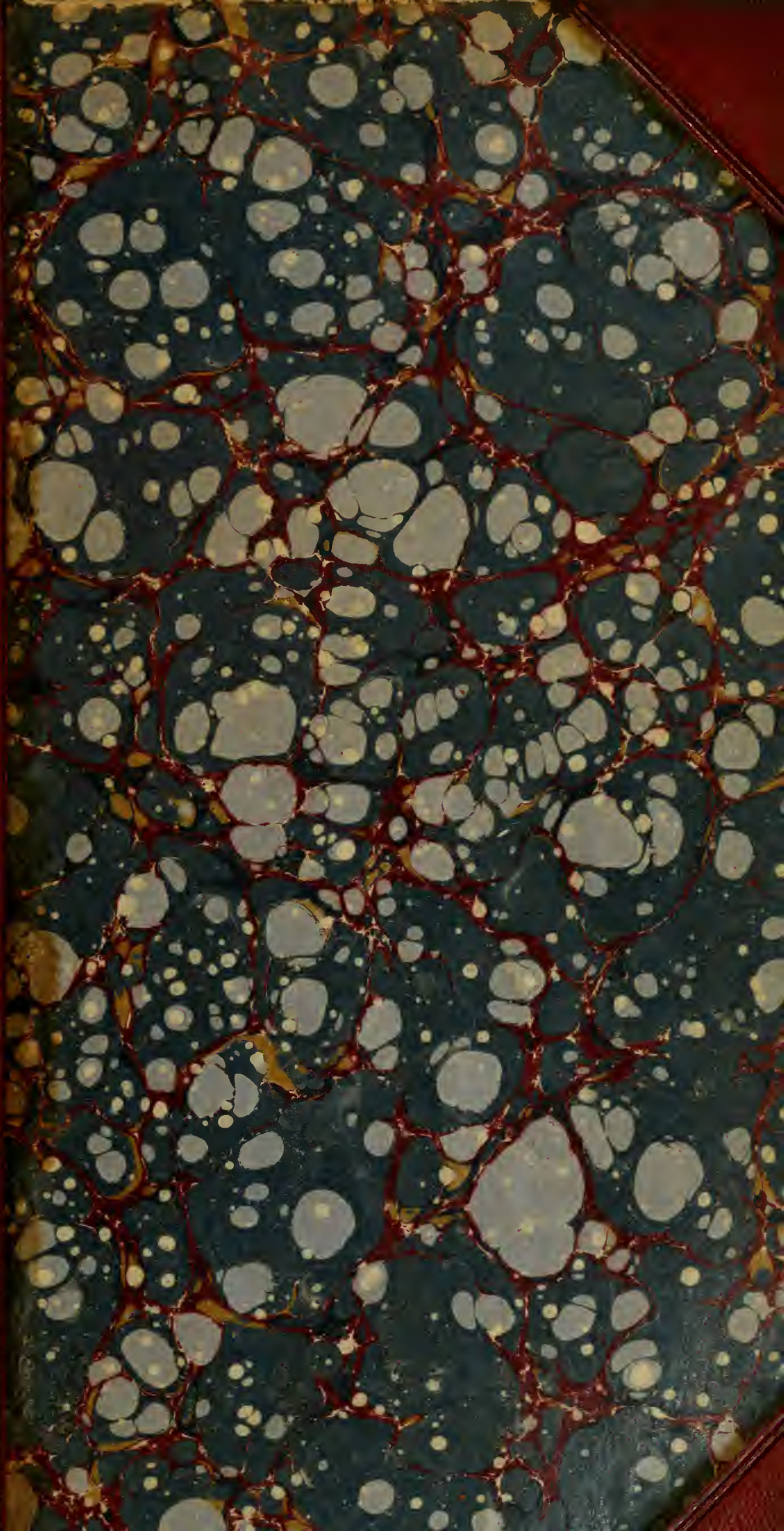


Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrascompleta03cerv

A. W. Pepper.
Newcastle. under. Lyme
1889.

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES.

TOMO III.

LS
419
363-A

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES

DEDICADAS Á S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA.

TOMO III.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA:

TEXTO CORREGIDO CON ESPECIAL ESTUDIO DE LA PRIMERA EDICION,
POR D. J. E. HARTZENBUSCH.

TOMO PRIMERO.

29035

ARGAMASILLA DE ALBA,
IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,
(casa que fué prision de Cervántes).

1863.

EL EDITOR.

El texto de esta edicion del *Quijote* se ha impreso en Argamasilla de Alba, en la misma casa donde se supone estuvo preso Miguel de Cervántes; para lo cual fué necesario llevar allá un material completo de imprenta. Se principió la impresion en 9 de Febrero de 1863, y se concluyó el dia 9 de Mayo del mismo año, habiéndose dignado tirar ejemplares del primer pliego, por su propia mano, el Serenísimo Señor Infante Don Sebastian Gabriel de Borbon.

M. Rivadeneyra.

PROLOGO DE ESTA EDICION.

Desacierto fuera llamar á un curioso para mostrarle una joya de gran valor, y alejársela de repente, retardándole el gusto de recibirla en sus manos, verla y contemplarla sin estorbo ni prisa. Desacierto igual cometiera yo, si al abrir el lector *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, libro sin superior entre cuantos ha producido el humano ingenio, solicitara que préviamente se me escuchasen las frias cláusulas de una disertacion prolija. Lo necesario y no más, breves razones, con lisura expresadas, deberán componer este Prólogo, donde quisiera manifestar qué fin se han propuesto en la presente edicion el impresor de ella y el que la ha dirigido, y en qué particularidades y por cuáles razones viene á diferenciarse de otras. Digamos en primer lugar algo del autor, digno de ser el primero en todo.

A 9 de Octubre de 1547 fué bautizado, en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, un hijo de Rodrigo de Cervántes y doña Leonor de Cortinas: pusiéronle el nombre de Miguel, quizá por haber nacido en el dia del Santo Arcángel, 29 de Setiembre. Cristianar á una criatura, más de una semana despues de su nacimiento, era muy frecuente en España entónces, y lo ha sido casi hasta nuestros dias: en cuál abrió los ojos á la luz aquel hijo de Rodrigo y Leonor, hasta ahora no lo sabemos.

Otro Miguel, hijo de un Blas Cervántes Saavedra y de Catalina Lopez, fué bautizado en Alcázar de San Juan, á 9 de Noviembre de 1558. Uno de estos Migueles compuso el *Quijote:*

importa que averigüemos quién de ellos fué, porque hay todavía, particularmente en la Mancha, más de una persona que lo dispute.

Se publicó en Madrid, el año 1613, un libro intitulado *Novelas ejemplares de Miguel de Cervántes Saavedra*, con un prólogo, en que afirmaba el autor que lo era tambien de una *Galatea*, de un *Persiles*, de un *Viaje del Parnaso* y de *Don Quijote;* añadia que en la batalla naval de Lepanto habia perdido la mano izquierda, siendo despues cautivo cinco años y medio. En el *Viaje del Parnaso*, impreso en Madrid, el siguiente año 1614, afirmó el propio Miguel de Cervántes que habia compuesto obras escénicas; en el prólogo de *Ocho comedias* suyas, dadas á luz tambien en Madrid, en 1615, declaró que habia escrito una titulada *El Trato de Argel;* en un manuscrito de *El Trato*, que existe en la Biblioteca Nacional, se expresa que el autor habia vivido en Argel varios años cautivo. Ahora bien, de una larga informacion sobre los servicios y méritos de cierto Miguel de Cervántes, la cual se halla en el Archivo general de Indias (en Sevilla), consta, por varios documentos fehacientes, que aquel Cervántes habia sido herido en la mano izquierda en la accion de Lepanto, que habia sido cautivo en Argel, y era natural de Alcalá de Henares, hijo legítimo de Rodrigo Cervántes y doña Leonor de Cortinas. El Miguel de Cervántes, natural de Alcázar de San Juan, por más que aparezca en su fe de bautismo con el apellido de *Saavedra*, que el de Alcalá no tiene, era hijo de Blas Cervántes y de Catalina Lopez: no fué, pues, el hijo de Blas el herido en Lepanto, cautivo en Argel, autor del *Quijote*.

La familia de Cervántes, el de Alcalá, era pobre: con trabajo reunió trescientos ducados para el rescate de Miguel; se debió el resto á la misericordia de los Religiosos Trinitarios, que se ocupaban en la redencion de cautivos. Libre y en su patria Miguel de Cervántes el manco, todavía sirvió por algun tiempo en nuestros ejércitos; compuso luego su novela pastoril *Galatea*, publicada en 1584, año en que se casó, en la villa de Esquivias, con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, matrimonio del cual no consta sucesion. A los cuatro años (1588) pasó Cervántes á Sevilla y fué nombrado comisario proveedor de víveres

para las armadas y flotas de Indias; fué despues cobrador de alcabalas: cargos uno y otro de poco valor, de que no sacó gran provecho ni honra. Llamado, á principios de 1603, á la Corte, que era entónces Valladolid, para satisfacer á cargos que se le hacian por un descubierto que satisfizo, allí residia cuando salió á luz en Madrid la Primera Parte de su libro inmortal, justamente titulado *Ingenioso*. Impreso en 1605 por Juan de la Cuesta, repitió su edicion éste (y se hicieron en Lisboa dos, y otras dos en Valencia) en el mismo año. En el de 1607 se publicó otra en Brusélas; Juan de la Cuesta dió su tercera edicion en 1608; hay una de 1610, hecha en Milan, y otra segunda de Brusélas, en 1611. Habia censurado CERVÁNTES, en el prólogo de su obra y en el cuerpo de ella, ademas de los vicios en que abundaban los libros de caballerías, principal objeto visible del *Don Quijote*, las impropiedades y desarreglo de muchas composiciones dramáticas, y la desacertada mezcla de lo sagrado con lo profano en novelas. Resentido vivamente de ello un escritor, que ocultó su nombre, publicó en Tarragona, el año 1614, un *Segundo tomo de Don Quijote*, cuando tenia CERVÁNTES escritos cincuenta y ocho capítulos de su Segunda Parte, que no pasa de setenta y cuatro. Contaba CERVÁNTES á la sazon sesenta y siete años, vividos muchos entre penalidades, y hallábase enfermo: inquietud (y grande quizá) hubo de producirle la publicacion de un libro, cuyo autor aseguraba desvergonzadamente en su prólogo que le quitaria la ganancia, como si fuera cosa de poco momento privar de recursos á una familia pobre. Sea lo que fuere, y no esforzando la conjetura, lo cierto es que MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, que habiendo concebido el gran pensamiento del *Quijote*, mereceria cuando ménos que se le dejara completarlo, concluyó sobresaltadamente su obra, la dió á luz en 1615, despues de Octubre, y murió, á 23 de Abril de 1616, en la casa esquina á la calle del Leon, donde hoy ve Madrid la medalla de mármol que nos pone delante su inolvidable fisonomía.

No ha sido nuestro ánimo trazar la biografía de MIGUEL DE CERVÁNTES, envidiable tarea, en que se han ocupado las plumas de don Gregorio Mayans y Siscar, don Vicente de los Rios, don

Juan Antonio Pellicer, don Martin Fernandez de Navarrete, don Manuel José Quintana y don Buenaventura Cárlos Aribau, y se ocupa ahora mismo don Jerónimo Morán, nuestro docto y excelente amigo. No hemos hallado tampoco en las biografías de Cervántes, hasta hoy escritas, lo que más conviniera para nuestro intento: la historia cierta de la creacion del *Quijote*, la noticia seguramente comprobada del acontecimiento que dió á Cervántes ocasion para suponer á su héroe natural de Argamasilla de Alba, lugar de cuyo nombre no queria el autor acordarse. Algun lance poco gustoso le debió suceder en él, pues en verdad que por sí sola no merece desden ni olvido aquella poblacion, linda y no pequeña, de buen vecindario, adornada de alamedas, sentada en llano y fértil suelo, regado por el Guadiana, que toca á las casas, espaciosas y bien construidas en calles anchas y tiradas á cordel, como apénas se ven en otro pueblo alguno de España. Dícese que habiendo aceptado Cervántes una comision de apremio contra los vecinos de Argamasilla, hubo de faltar alguna formalidad á los documentos que traia, falta de que se valió la justicia para ponerle preso en la casa de un tal Medrano, cuya cueva servia de cárcel, por no haberla en el pueblo; se añade que fué principal fautor de la prision don Rodrigo Pacheco, hidalgo ó caballero pudiente, quejoso de que hubiese dirigido Cervántes á una hermana ó sobrina suya requiebros, ó (segun dice Navarrete) cierto chiste picante; se cuenta ademas que don Rodrigo Pacheco habia estado loco en alguna ocasion, y no andaba en otras del todo cuerdo: cítase en prueba una inscripcion existente desde principios del siglo XVII en la parroquia de Argamasilla.

En el crucero de la iglesia, y al lado del Evangelio, hay un altar con su retablo de madera dorada, obra indudablemente de la época del Tercer Felipe: el fondo del retablo se llena con un lienzo al óleo, que representa á Nuestra Señora entre ángeles en los aires, y abajo (en oracion, con las manos juntas) una dama y un buen señor, ella jóven, y ménos jóven él, de rostro largo y estrecho, ojos espantadizos y largos bigotes, á quien no acomodaria mal el título de *Caballero de la Triste Figura*. Debajo del lienzo, en un plano que ofrece el retablo, se ve en caracteres negros, so-

bre fondo, como ya se ha dicho, de oro, el siguiente letrero, fácilmente legible, aunque tiene muchas letras embebidas en otras:

APARECIO NVESTRA SEÑORA A ESTE CABALLERO ESTANDO MALO DE VNA ENFERMEDAD GRAVISIMA DESANPARADO DE LOS MEDICOS VISPERA DE S. MATEO AÑO DE. MDC.I ENCOMENDANDOSE A ESTA. S. Y PROMETIDOLE VNA LANPARA DE PLATA LLAMANDOLA DE DIA Y DE NOCHE DEL GRAN DOLOR QUE TENIA EN EL CELEBRO DE VNA GRAN FRIALDAD QVE SE LE QVAJO DENTRO.

Se asegura ser el caballero anónimo don Rodrigo Pacheco, enemigo que fué de CERVÁNTES, convertido por él en el hidalgo célebre de la Mancha: aquél, se dice, es el retrato de Don Quijote; y con la frialdad que se le cuajó en el celebro, se indica haber sido locura la enfermedad gravísima del doliente. Se muestra tambien á la orilla del pueblo un solar de casa, de la cual sólo queda ya algo de las paredes, y afírmase haber sido allí la morada de don Rodrigo, casa de Don Quijote. Aun muestran el hueco de la ventana correspondiente al cuarto en que puso CERVÁNTES los libros de Don Quijote, por donde, relegados á las manos vengativas del Ama, volaron al corral, condenados al fuego, Esplandian y don Cirongilio, y Garaya y Pintiquinestra.

Si el tiempo destructor echó á tierra la casa del sandio enemigo de CERVÁNTES, la que le sirvió de prision se sostiene en pié todavía: maltratado y ruinoso el corredor que da vuelta al patio, lo demas de la fábrica subsiste duradero. Pásase del patio, cruzando el corredor, á un sótano, dividido en dos pisos: al primero comunica luz, aunque poca, un agujero que da al soportal del corredor, y parece abierto modernamente; recíbela tambien por el vano de la parte superior de la puerta, que tiene unos palos, verticalmente puestos como hierros de verja: el piso inferior áun goza ménos luz, porque se la permite escasísima una ventanilla ó respiradero que da á la calle y descansa en la línea del suelo. Dícese que estuvo CERVÁNTES arriba: casi á oscuras hubo de hallarse, ya le tuvieran preso en lo ménos hondo, ya en lo más profundo de la cueva. Bajo aquella bóveda, que se alza poco más de dos me-

tros sobre ménos de tres de anchura, y cuya longitud se acorta en parte con la escalera de descenso al piso más bajo; en aquel tenebroso encierro, en aquel angustiado cofre de cal y canto, concibió la fecunda mente de CERVÁNTES la idea vastísima, triste alguna vez, regocijada casi siempre, de su *Don Quijote*. Desde allí, rompiendo su imaginacion las gruesas y toscas paredes que le aprisionaban, se espació por las dilatadas llanuras de la Mancha, por entre las ásperas quiebras, enmarañados breñales y bosques de Sierra Morena. A presentársele vinieron allí las bellas imágenes de Marcela la esquiva, Luscinda la tierna, y aquella Dorotea de los largos cabellos, acabado modelo de discrecion y gracia, y aquella encantadora niña Clara, que amó sin saberlo, y (envuelta en su almalafa de piés á cabeza, negando á codiciosas miradas sus brazos desnudos) la favorecida de Marién, la sin igual en hermosura Zoraida. Movíanse detras luengas aspas de molinos de viento; por delante de ellos desfilaban mercaderes y religiosos, coches con damas, apuestos caminantes con lanzas y adargas, enlutados fugitivos y galeotes encadenados; traslucíanse caballeros y peones, cristianos y moros, gigantes y reyes, entre espesas nubes de polvo, dentro de las cuales oia el preso balidos de ovejas. Allá percibia confusamente un leon con la jaula abierta, grita y danzas de bodas, un palacio de cristal subterráneo, y en él llorosa procesion de encantadas vírgenes; á este lado un gallardo mozo, roto de bala el pecho, espirando en brazos de su amante homicida; acullá un túmulo rodeado de cien blandones, y en él una jóven, que parecia sonreirse de la pompa fúnebre para ella dispuesta; más cerca discurrian el Licenciado y el Barbero, Sancho Panza, Tomé Cecial y Sanson Carrasco; y en medio de todos aparecia sentado á una mesa, con la vista encendida, la boca entreabierta, la fisonomía desencajada, la siniestra mano en la frente, la diestra fuertemente cerrada, como si apretase la espada en ella, el infeliz Alonso Quijano con el libro de *Amadis de Gaula* delante. Ruido de cerrojos por la parte del patio, de pisar de caballerías y voces humanas por el lado de la calle, vendrian inoportunamente á desvanecer las halagüeñas ilusiones del encarcelado. Seducidos por ésta nosotros, quisimos (quiso el Editor) que una edicion del *Qui-*

jote en tamaño pequeño y otra mayor, aunque manejable, fuesen impresas en Argamasilla de Alba, en la casa misma de Medrano, prision de CERVÁNTES, segun pública voz y fama. Su Alteza Real EL SERENÍSIMO SEÑOR INFANTE DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON, por quien habia sido recientemente adquirida la casa, no bien oyó el ruego del Editor, mandó que le entregaran las llaves de ella, y á tan señalado favor ha añadido el inapreciable de pasar al pueblo y tirar por su propia mano ejemplares del primer pliego de la edicion en tamaño grande, que es la presente. A corta distancia del calabozo, ilustre por su involuntario huésped, han sido estampadas las dos ediciones..... —el texto de la novela, quiero decir; lo demas no: los borrones de nuestra pluma, indignos de tan señalada honra, se debian dar á la prensa muy léjos, y lo han sido en Madrid.

Ahora bien: queriendo reimprimir un libro como el *Don Quijote*, de que tantas ediciones hay, pareció conveniente consultar la primera. He dicho ya que en el año 1605 la hizo y la repitió Juan de la Cuesta, impresor de Madrid: hay, pues, dos ediciones de la Primera Parte del *Quijote*, impresas por Juan de la Cuesta, las dos con la misma fecha de año; la Real Academia Española conserva ejemplar de la una y la otra, de los cuales nos hemos valido. ¿Cuál es la edicion primitiva de la Primera Parte de *Don Quijote?* La que designó como tal el eruditísimo don Vicente Salvá en el curioso artículo que tituló *¿Ha sido juzgado el* Quijote *segun esta obra merece?;* la que por tal declara el insigne Brunet en su *Manual del Librero;* no la que generalmente creyeron primera muchos que se ocuparon en ilustrar el *Quijote*. Una de estas dos ediciones tiene fe de erratas extendida en 1.° de Diciembre de 1604; la fe de erratas de la otra carece de fecha: en la portada de la una se lee un renglon, que es el antepenúltimo, formado por solas estas dos palabras: *Con privilegio;* en la otra, la línea antepenúltima de la portada varía, diciendo: *Con privilegio de Castilla, Aragon y Portugal*, y á la sexta página trae uno, escrito en portugues, firmado á 9 de Febrero de 1605. Es indudablemente la primera edicion de la Primera Parte de *Don Quijote* la de 1605, de Juan de la Cuesta, cuyas erratas se hallaban corregidas en 1.° de Di-

ciembre de 1604, y se publicó sin más privilegio que el ordinario para Castilla: el correspondiente á los reinos de Aragon y de Portugal se obtuvo dos meses despues, para detener, aunque tarde ya, las ediciones de Lisboa y Valencia, perjudiciales al que obtuvo de CERVÁNTES la propiedad de su manuscrito, que se dice haber sido Francisco de Robles, librero del Rey.

Otra edicion de esta Primera Parte hizo Juan de la Cuesta (lo hemos anunciado tambien) en el año 608, cuando ya residia en Madrid MIGUEL DE CERVÁNTES: hay, en suma, tres ediciones de Juan de la Cuesta, de cuya oficina se sirvió Francisco de Robles para que le imprimiesen la Primera Parte del *Ingenioso Hidalgo:* son estas tres las ediciones fehacientes y como oficiales del *Quijote;* las tres ofrecen muchas y curiosas variantes: necesítanse todas tres para hacer una buena. Principié á registrar la de 1605, impresa ya, segun la fe de sus erratas, á fines de Noviembre de 1604, que de seguro es la primera, y me cansó desde las primeras páginas, porque, de las tres, indudablemente es la peor. Algo hallaba, sin embargo, que aprovechar, cuando llegando al capítulo XIX, donde se cuenta la aventura del difunto que llevaban á sepultar á Segovia, tropecé con unas palabras, nunca vistas en las demas ediciones antiguas ni en las modernas: palabras de las cuales hube de inferir que se habia impreso un trozo del capítulo fuera de su lugar, dando con ello á los críticos ocasion de entender que era de CERVÁNTES una grave contradiccion allí cometida, que no puede ser suya. Noté con asombro más adelante que la pérdida del asno de Sancho Panza, el robo del Rucio, tantas veces echado en cara al autor (porque despues que se le quitaron á Sancho, y ántes que le recobrara, se cuenta que iba montado en él); noté, digo, que la noticia de tal suceso por ningun lado aparecia: en efecto, en la primera edicion ni hay robo del Rucio ni hallazgo del Rucio, y sin embargo, de la noche á la mañana Sancho se halla sin Rucio, y CERVÁNTES declara en la Segunda Parte de su obra (y hasta hoy creiamos equivocada la cita) que aquello no habia sido falta de memoria del autor, sino culpa de los impresores. Más adelante, en el capítulo XXVI, dí con unas líneas, que tampoco pasaron á las ediciones posteriores. Como no he visto ci-

tadas estas ni otras particularidades en los estudios hechos hasta hoy acerca del *Quijote*, he debido creer que reputada segunda edicion y de poco provecho la que realmente era la primera (y la más digna de consideracion, por defectuosa que hubiera salido), todavía no se ha estudiado bien, y lo necesita. Lo mismo he practicado con la primera edicion de la Segunda Parte, y aquí va el resultado de mis observaciones, incompleto y defectuoso, pero nuevo siquiera.

Comparando entre sí las tres ediciones que de la Parte Primera hizo Juan de la Cuesta, el cual (por encargo de Francisco de Robles tambien) imprimió igualmente el segundo tomo, se advierte que la edicion segunda del año 1605 repara y corrige gran número de faltas de la primera, y que la de 1608 corrige á las dos, y áun les añade algo. Por desgracia se echa de ver que las enmiendas introducidas en una y otra son casi todas de adivinacion poco difícil, miéntras que allí donde hay grave dificultad corre el texto conforme. Residiendo Cervántes en Valladolid miéntras imprimia Juan de la Cuesta en Madrid las dos ediciones de 1605, es preciso creer, en vista de los yerros de ambas, que Cervántes no revisó las pruebas de la primera, ni arregló un ejemplar impreso para la segunda: establecido en Madrid Cervántes cuando se trabajaba la tercera edicion, en la cual hay alguna enmienda importante, alguna añadidura inútil, y conservadas muchas equivocaciones gravísimas (de aquellas que por su naturaleza no se escapan á ningun autor, por descuidado que sea), me figuro yo que preguntando á Cervántes Francisco de Robles ó Juan de la Cuesta sobre dificultades advertidas por ellos, Cervántes dijo cómo se habian de corregir los errores consultados con él: donde no hubo duda, ni por consecuencia consulta, no hubo correccion; pues en mi concepto, Cervántes ni leyó de seguida nunca su primer borrador del *Quijote*, ni tampoco el libro ya impreso: pudo esto nacer de falta de memoria, de tiempo y de vista. Cincuenta y siete años contaba Cervántes cuando acabó la Primera Parte de su obra: bien sé yo cómo se distrae un hombre á tal edad, y esta edicion lo prueba; distracciones hay en las demas obras de Cervántes, principiando por la *Galatea*, más de veinte años ántes escrita. Ya nos dijo el mismo Cervántes, en la *Adjunta al Parnaso*: «En el poeta

»pobre, la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan »*los cuidados de buscar el ordinario sustento.*» Ya en el *Viaje*, que precede á la *Adjunta*, dejaba escrito:

Por no creer esta verdad estuve
Mil veces; pero vila con la vista,
Que *entónces* clara y sin legañas tuve.

Por fin, Lope de Vega, en una carta al Duque de Sessa, con fecha 22 de Marzo de 1612, decia que habia leido en una academia una cancion suya *con unos anteojos de* CERVÁNTES, *que parecian huevos estrellados.* CERVÁNTES, pues, distraido por carácter ó por natural efecto de su cautividad y continuos trabajos; con vista de présbita, que no ve de cerca bien; con malos anteojos probablemente, porque era pobre; teniendo que pensar cada dia en el de mañana; rasgueando el *Quijote* con aquel abandono propio de un gran ingenio cuando trabaja en el asunto que más domina; bosquejando de prisa en su borrador aventuras sueltas, que luego colocaba tal vez en diferente órden de aquel en que las habia vertido su pluma; proponiéndose al escribir la tarea de hoy conformar con ella lo escrito ayer, y olvidándosele al otro dia: cuando ya sacó á Don Quijote del carro de bueyes y lo entró en su casa; aguijoneado sin duda por la necesidad, entregó su borrador á Francisco de Robles: mandaria éste sacar una copia que se presentase al Consejo, donde se le habia de expedir licencia para imprimir el libro; y el copiante, que no entendió bien el borrador, lo llenó de yerros, á los cuales Juan de la Cuesta ó sus oficiales precisamente añadirian algunos. Ocasion debieron dar á ello la letra de CERVÁNTES, buena, pero á veces confusa, y todos los demas descuidos de que suelen adolecer los borradores escritos de prisa y no revisados.

Un documento hay en el Archivo general de Simáncas, firmado por CERVÁNTES, en el cual se le olvidó una de las *aes* de su apellido, *Saavedra : Savedra* no más escribió. En otro asentó *cidades* por *ciudades*, y por *no debe nada*, puso *no deue nado.* En otro *cebado* por *cebada*, *quatillos y quarillos* en lugar de *cuartillos*, *quienientas y quienientos* por *quinientas* y por *quinientos.* En el facsímile que damos con esta edicion, observará escrito el curioso *haui* por

habia, *gudix* por *Guadix*, *mis* por *más*, *entrga* por *entregar*, *qued* en lugar de *quedo*. Ademas, á los nombres de *Salobreña* y *Almuñécar* falta en la *ñ* la tilde; casi lo mismo se puede leer en el cuarto renglon *acusé* que *avisé*, y en el séptimo, lo mismo casi *inciertas* que *muertas*. En la *N* de *Nv.°* (abreviatura de *Noviembre*) parece que se ve un número *VI* romano; en la línea 19, donde pide el sentido que leamos *habré*, lo que á primera vista se ocurre es la palabra *alce*. Miguel de Cervántes, de seguro, veia mal de cerca, se le fatigaba la vista pronto, se le olvidaban letras, y ponia algunas encima de otras. Y si esto le acontecia en 1594, escribiendo de oficio, dirigiéndose al Rey en la persona del ministro que le representaba, discurra el prudente ¡qué le deberia suceder al trabajar en borrador muchos años despues! Olvidándosele letras cuando ponia más cuidado, ¿no se le escaparian palabras cuando improvisaba con la pluma? Si en un documento oficial de veinticuatro líneas le notamos diez ó doce descuidos, ¿no podremos temer si en cada plana del *Quijote*, sin esmero extendidas todas, hallaria el trasladador otros tantos? Creemos que sí, con la diferencia de que los errores de estas comunicaciones oficiales, escritas despacio, son fáciles de conocer; y el borrador sería frecuentemente indescifrable. Muchos yerros ú olvidos han sido reparados en otras ediciones del *Don Quijote :* pretendemos que, sobre aquellos, desaparezcan en ésta cuantos advirtiéremos. Porque una vez figurara Cervántes con una letra ménos su segundo apellido, no hemos de suponer que no sabía cómo se llamaba; porque leamos en nuestro facsímile *haui* en lugar de *habia*, no hemos de creer que ignorase tan insigne ingenio la conjugacion de los auxiliares; porque un escribiente, que no entendia su letra, le plagara el *Quijote* de desatinos ó impropiedades, no hemos de respetar nosotros, en culpable obsequio al autor, los errores del escribiente y los de la imprenta. No sabemos que exista el original del *Quijote;* no podemos probar con él que fué lastimosamente viciado; pero existe (repetimos) en la Biblioteca Nacional un manuscrito de *El Trato de Argel*, no autógrafo de Cervántes, aunque sí de sus dias; y comparando este manuscrito con la comedia impresa por don Antonio Sancha, en el año 1784, primera edicion que de ella se hizo, no sólo re-

sultan cabales en el manuscrito muchos versos defectuosos en la impresion, no sólo varía con ventaja el sentido de algunos, sino que, en los actos últimos, el órden de las escenas es otro y es más acertado. Lo que pasó con *El Trato* pasaria con el *Quijote :* de la comedia se hicieron várias copias, y se ha conservado una casi buena, por la cual puede corregirse la mala que sirvió para la impresion; del *Quijote* no debió hacerse más que una, y ésa fué mala, y ésa fué impresa, y no hay razon para venerar un texto falsificado.

Porque, á nuestro entender, la mayor parte de las equivocaciones que se hallan en el *Quijote* no son de CERVÁNTES; y ha sido tan poco oportuno el acatamiento con que se ha mirado su obra, que se le han conservado escrupulosamente muchos errores de pluma ajena, y no hemos querido aprovechar las correcciones de la suya : por el contrario, se han juzgado contradicciones las que son, en concepto mio, convenientes enmiendas. *Quijada*, *Quesada*, *Quejana* y *Quijana* se leen en las primeras ediciones de la Primera Parte de nuestra obra como apellidos de Don Quijote: el de *Quijada* predomina; pero al fin de la Segunda Parte le llama CERVÁNTES *Quijano :* éste es el sobrenombre que se debe aceptar, porque le prefirió CERVÁNTES á los otros cuatro última y reiteradamente. En la misma Segunda Parte hace á Don Quijote decir que la mujer de Sancho se llama *Teresa Panza*, y no *Mari Gutierrez :* los nombres de *María* y de *Juana*, usados ántes, deben desaparecer, sustituidos por el de *Teresa*, eleccion de CERVÁNTES definitiva. En el principio de nuestro libro leemos que era Don Quijote un hidalgo de *adarga antigua :* con *adarga* sale por primera vez armado de su lugar : se dice luego que en la segunda salida saca rodela; pero en el capítulo XLIV aparece otra vez provisto de *adarga* donde no pudo cambiar la *rodela* por ella; y con *adarga* le vuelven al pueblo : quiso pues el autor que en toda la Primera Parte usase Don Quijote de adarga, no rodela ni escudo.

Cuéntase en el capítulo XXII, al principio, que venian custodiando á unos galeotes *dos* hombres á caballo con *escopetas;* más adelante vemos que no habia más de *una* arma de fuego : correccion juiciosísima para dar más verosimilitud al lance, la cual de-

bemos aprovechar, porque CERVÁNTES, aunque no la hizo más que en un lugar, fué para hacerla en el otro sin duda. Otra enmienda pensó y áun la realizó, y sin embargo no se la han admitido. En la Segunda Parte, capítulo XLV, se cita como cosa ya dicha la sentencia dada por Sancho sobre la querella de una mujer contra un porquerizo; va la cita en la primera edicion ántes que la sentencia, y no obstante se la dice *pasada*: ¿qué significa esto? Que CERVÁNTES corrigió su borrador allí, para que el pleito y sentencia de la mujer y el porquero subieran á ocupar un lugar anterior; y el copiante no entendió la señal ó la necesidad del cambio, y copió mal, y así se imprimió, y CERVÁNTES no vió las pruebas de la impresion, y quedó el texto errado, y pasó y pasa por legítimo y respetable. Se procura, pues, ahora que sea CERVÁNTES las más de las veces quien á sí se corrija, y se apela en otras ocasiones al sentido comun, como lo han hecho los que se han ocupado en purificar el *Quijote*. Mucho debemos al señor don Diego Clemencin, cuya pluma trazó el brillantísimo elogio de Isabel la Católica. En el año de 1833 principió á publicar en Madrid una edicion del *Quijote*, ilustrada con un detenido *Comentario*, acertado á veces, no siempre feliz, siempre útil para nosotros, porque notando en el *Quijote* el señor Clemencin todas las dificultades y tropiezos que hay, y áun algunos imaginarios, nos ha empeñado en la honrosa tarea de buscar solucion á las unas y allanar los otros. Las correcciones que introdujo Clemencin en el texto, y pasan de doscientas, fueron hechas con tino; otras indicó hábilmente ademas, aunque no las hizo. De todas nos hemos valido; á todos los que han escrito sobre el *Quijote*, como Rios y Pellicer, ya nombrados, don Vicente Salvá, don Antonio Eximeno, nuestros amigos los señores don Eugenio de Ochoa, don Aureliano Fernandez-Guerra, don Vicente Bastús y don Cayetano Alberto de la Barrera, nos confesamos deudores y nos declaramos agradecidos.

Con tales auxilios nos hemos propuesto hacer esta edicion nueva del *Quijote*, dividida, como la pequeña, en párrafos, para comodidad mayor del que lee.

Respetando las enmiendas hechas al texto por la Real Academia Española en sus cuatro ediciones; aceptando tambien casi todas las

de Pellicer, Clemencin y otros, añadimos aquí las nuestras, fundadas principalmente en el exámen de la primera edicion de la Primera Parte, donde mejor se ve que hay en el *Quijote* faltas y dislocaciones.

Imprímese el texto sin llamadas de nota, y al fin de cada tomo van las necesarias para justificar ó disculpar las variantes. Las hojas de una obra de entretenimiento, sembradas de señales de observaciones, distraen al lector; y con daño de ella y disgusto de él, le obligan tal vez á buscar la advertencia, que viene á decirle quizá lo que él se sabia, y por consiguiente no se necesitaba.

No á todas las variantes aplicamos nota, porque son algunas de poca importancia, y porque otras nos han parecido mal cuando estaban ya impresas. Conociendo nuestra insuficiencia, nos abstenemos de justificar cierto número de variantes : ponemos en la nota correspondiente la palabra ó palabras de la primitiva edicion, y acaso la de otras, y dejamos al lector que forme su juicio segun le pareciere.

No es difícil conocer que en muchas ocasiones viciaron á Cervántes (inocentemente, se supone) su manuscrito : adivinar lo que habia en él es lo dificultoso. Deseando el acierto, indicamos á veces dos, tres ó más sustituciones á una misma palabra; ponemos una en esta edicion y queda puesta otra en la chica. Para inteligencia del texto, damos alguna vez una ú otra explicacion, que nos ha parecido precisa : van de éstas poquísimas, porque teniendo ya escrito el señor don Nicolas Díaz de Benjumea un *Comentario del Quijote*, habiendo ya ofrecido una obra de la misma naturaleza el señor don Francisco María Tubino, amigos nuestros ambos, y debiendo, en fin, la Real Academia Española publicar una edicion monumental del *Quijote* con todo el aparato de erudicion y doctrina que libro tan insigne merece, razon era que no fuese más allá quien no debe ni puede ni quiere competir con nadie.

Creyeron ciertos críticos que Cervántes habia querido colocar la accion del *Quijote* en una época remotísima... No : de burlas, y remedando á los autores de libros de caballerías, aparentó prestarle una antigüedad, que desmiente luego á cada paso con referencias y citas modernas, y hasta con fechas de su tiempo. Domi-

naba entónces, prácticamente al ménos, la desahogada creencia de que en las obras literarias de pura invencion todo se podia considerar como fábula : no merecia más respeto la historia que la conseja; el órden de los tiempos habia de ceder al capricho del escritor; y su omnipotente querer, desencajando de su lugar la máquina entera del universo, la desterraba á los espacios imaginarios, trastornándola en su estructura, desfigurándola en el aspecto. CERVÁNTES condenó este delirio en su *Don Quijote* con juiciosa crítica, y lo ridiculizó en una imitacion parodiada : la época precisa, la duracion de las aventuras del insigne manchego, época y duracion que sin duda quiso CERVÁNTES hacer indeterminada y reducida á solos dos años, la fija contradictoriamente, y de intento la dilata y confunde entre nubes de anacronismos. Don Vicente de los Rios trabajó un plan cronológico del *Quijote* para las ediciones de la Real Academia Española : en él trajo la accion á los años de 1604 y 605; véase adelante en qué años queremos colocarla nosotros.

Ha extrañado alguno que apareciendo escrito el *Quijote* en concepto rigorosamente español y católico, suponga CERVÁNTES que es obra de moro. Ya observará el lector entendido que en la historia de *Don Quijote* se ocupan tres plumas, y se alude ademas á otras : Cide Hamete la escribe, la traduce un morisco, y un segundo autor, nada amigo de moros, publica el trabajo de aquellos, agregándole el suyo. El espíritu nacional y cristiano del *Don Quijote* no puede estar más completamente justificado.

Con más razon se lamentan otros de hallar en el *Quijote* palabras y acciones, hoy ofensivas á la decencia : el siglo de CERVÁNTES no era tan delicado. No en obras narrativas tan sólo; hasta en comedias que se representaban mucho, y habian sido compuestas por sacerdotes ilustrados y virtuosos, aparecian hechos y se proferian dichos, para nosotros insoportables : entónces ¡cosa rara! el verbo *regoldar* se consideraba como uno de los más torpes vocablos de nuestra lengua; y á cada paso se oia sin escándalo el nombre con que el ventero Juan Palomeque llamaba á gritos á su criada, la puntual Maritórnes.

Estas advertencias manifestarán á nuestros lectores que si la presente edicion ofrece el texto del *Quijote* en forma desusada,

con variantes notables, con voces, cláusulas y pasajes enteros en lugares no ocupados hasta ahora por ellos, el amor y el respeto al gran escritor nos guian; que no ofende á la imágen quien se propone librarla del polvo y la broza amontonados encima de ella. Temeridad, profanacion, sacrilegio parecerá tal vez á más de un bibliófilo tocar al *Quijote:* quien le tocó primero, quien trasladó infielmente, quien imprimió con groseros errores el parto mejor de las letras españolas, hizo necesario el estudio de restauracion que ántes de nosotros emprendieron algunos, que nosotros continuamos, y proseguirán otros por mucho tiempo.—«La obra de Cervántes (se nos dirá) fué escrita como á ratos perdidos; cada capítulo es una improvisacion pasada al papel; y esos descuidos que se le notan le dan un carácter de espontaneidad, que debe conservársele; porque si á pesar de ellos deleita y sorprende, si á pesar de ellos no hay libro de entretenimiento que la aventaje, ¿qué importan esos lunares, que son para muchos, para casi todos, imperceptibles? Obligacion del editor es reproducir lo que el autor escribió, no enmendarle la plana.—Preséntesenos el original del *Quijote*, y se verá si los errores de cierta especie son ó no de Cervántes; miéntras no parezca su borrador, niego y negaré que escribiese cuanto nos dan por suyo las ediciones antiguas, donde, si no me engaño, se echó muchas veces á perder lo que no necesitaba sino que lo entendieran. No pierde su naturalidad el *Quijote* porque se le quiten unos cuantos despropósitos; áun le quedan incorrecciones para los aficionados; y finalmente, siendo éste un libro de que hay un gran número de ediciones, más ó ménos conformes á las primitivas, aunque ninguna buena las sigue del todo, poco daño podrán hacer una ó dos, en las cuales, aunque remitida á las notas, se conserva la leccion antigua cuando introducimos variante. Prefiera quien guste (y algunas veces hará bien) lo antiguo á lo nuevo; pero no se tenga por absurda la pretension de que todavía pide la obra de Cervántes mayores estudios que los hasta hoy publicados.»

Sí: y por eso no nos atrevemos á juzgar aquí ni al autor ni el libro, lo cual para la Real Academia Española, y para nuestros amigos ántes nombrados, será fácil empeño: opiniones se han ver-

tido ya, que nos hacen dudar qué fin se propuso CERVÁNTES en el *Quijote*. El dice á lo ménos que movió á su pluma el deseo de combatir la comun aficion que habia en su tiempo á leer libros de caballerías, novelas de magia, cuyos héroes, dotados todos de valor sobrenatural, corrian el mundo, cubiertos de hierro, la lanza en la mano, con voto perpétuo consagrados á la defensa de la razon y al culto de la hermosura. Creaciones bizarrísimas en verdad, si á tan noble espíritu correspondieran obras fielmente ajustadas. Pero el defensor de la justicia la atropellaba á cada paso con piques pueriles, con duelos irracionales, producidos principalmente por el vano empeño de hacer confesar á todos que su dama, de nadie quizá conocida, era la más bella entre las hermosas : en encontrándose dos caballeros, la lucha era inevitable, natural el resentimiento del vencido, el deseo de venganza seguro, la enemistad vitalicia, transferible á los herederos. Entre un paladin y otro se interponian hechiceros ó encantadores, que se burlaban de todas las leyes de la naturaleza, creaban monstruos que vomitaban fuego, construian de improviso palacios de cristal y de oro, calabozos de hierro, volaban y hacian volar carros por el aire, islas por el agua. Gigantes como torres, feos y malignos enanos, de fuerzas insólitas, doncellas que, á la manera de las ninfas del paganismo, pululaban por todas partes, en los alcázares como en las cabañas, en los bosques y en las praderas, en los desiertos y en los caminos, eran comunes personajes de aquellos extravagantes poemas, cuyo contexto laberíntico daba al mareado lector, entre lo bueno y bello, que era harto poco, muchísimo malo, y nada verdadero. Supuso CERVÁNTES (y tal vez no tuvo necesidad de fingirlo) que un buen hidalgo de lugar, de honrado corazon y de juicio sano, lo perdió con la contínua lectura de tales libros ; creyó que debia tomar sus armas y caballo y salir por los caminos á buscar aventuras ; y saliendo en efecto, el forzoso contraste de sus locas ideas con la realidad de la vida, le atrajo multitud de lances de vivo interes y gustosa leyenda. Era el pensamiento magnífico, justo, necesario, y su aplicacion oportuna; era CERVÁNTES hombre con todas las facultades propias á su mejor desempeño : paje, soldado, prisionero y oficial público; habia vivido

cerca de los príncipes de la Iglesia y las armas, cerca tambien de perversos galeotes, y entre humildes labriegos; habia meditado en los palacios y en los bajeles, en las tiendas de los acampamentos y en el baño de los cautivos: observador sagaz, pinta con ligereza y frescura, da vida á la imágen, siente delicado; y, riquísimo en la invencion y en conocimiento de mundo, nos da una prodigiosa novela-verdad, cuadro vivo de las costumbres, fiel expresion de los caracteres, gravemente moral y sábia en las miras, abundante en personas y lances cómicos, la cual se alza sobre cuanto hay en aguda ironía, en sátira alegre sin hiel, en claridad, gracejo y travesura de estilo. Y á pesar de esto, se deleita el autor en el dibujo y colorido de la mujer, como hombre de corazon amante: son casi todas en su libro á cual más bellas y discretas y merecedoras de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo, para que no repugne. Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama *doncellas;* pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres, no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan, de *la Tolosa* y *la Molinera.* La soez Maritórnes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor con la congoja del manteamiento, le trae vino y se lo paga, y en otra ocasion ofrece oraciones para que se consiga volver á la razon al hidalgo demente. ¡Qué variedad de fisonomías y caracteres no se halla en este portentoso libro entre personas pertenecientes á una misma clase, ó de clases contiguas! Caballero es Cardenio, pero ¡cuán distinto de don Fernando! Ama vivamente Cardenio; don Fernando, superior á él, le quita su amor; respeta el caballero al hijo del Duque, pero enloquece de sentimiento. Compárese con don Fernando la persona del Duque: no haya miedo que se confundan; ni siquiera se parecen ahora: se podrá don Fernando parecer al Duque más adelante, casado y quieto en un cortijo con Dorotea; pero Dorotea no podria permitir, como la Duquesa, los martirios de Sancho, ni pondria sus manos en la dueña habladora. Cuatro venteros aparecen en nuestra novela: es muy de notar cómo los diferencia Cervántes. El hijo de San Lúcar, burlon y

desprendido, complace á Don Quijote, le defiende de los arrieros y le perdona el gasto; interesado y vengativo Palomeque el Zurdo, se queda con las alforjas de Sancho, en pago de lo que se le debe, y hace causa con los cuadrilleros contra Don Quijote, despues de haber apaciguado el buen caballero á los huéspedes que maltrataban al hospedador atrevido. El de la venta de los títeres, hombre de carácter sencillo, admira la generosidad del Ingenioso Hidalgo en medio de sus desaciertos; vano y pegadizo el de la otra venta en el camino de Zaragoza, pondera la provision de su casa, donde no habia más que una olla que servir, de la cual participa. Así se diferencia el cabrero amante de Leandra de los compañeros de Grisóstomo y del que pastoreaba su rebaño en Sierra Morena; así el despechado Basilio de Camacho el espléndido; así el Canónigo del Cura, y el Barbero Nicolás de su necio cofrade; así el caballero del Verde Gaban descuella entre todos, porque es en efecto la figura más noble de la vária galería que en el *Quijote* nos presenta Cervántes. La misma riqueza y variedad ofrece en los lances: muchos, demasiados parecen á ciertos críticos los que se amontonan en la venta cercana á la Sierra; yo diré, con Cervántes, que lo bueno jamas se hace mucho: la grave lectura del *Curioso impertinente* se interrumpe con el destrozo de los cueros de vino, precursor de la catástrofe de Anselmo, de su esposa y su amigo: á la relacion del cautivo Ruí Perez, de novedad grandísima; á la dulce historia del mocito de mulas, suceden el pleito de la albarda y la riña con los cuadrilleros. Aquí hallamos una descripcion halagüeña, un diálogo delicioso allí, despues un razonamiento elocuente: de sorpresa en sorpresa, con la risa en los labios á cada momento, con inquietud y con lástima no pocas veces, acompañamos á nuestro aventurero desde que le ciñen la espada, una jornada de su pueblo, hasta que le vencen en la playa de Barcelona; y llegándonos más á él en sus postrimeros instantes, riegan nuestras lágrimas el lecho en que espira... ¡Lágrimas en el más regocijado cuento que dejó escapar de su fresco labio la Musa del chiste! Feliz el pensamiento del libro, bien dispuesta su traza, maravilloso en sentencias, en gracejo y en belleza de lenguaje sin compañero (salvas ciertas incorrecciones,

hijas de la prisa, y no tomando en cuenta las que le fueron malamente pegadas); por más que el fin ostensible del autor esté siglos há conseguido; por más que no se lean ya libros de caballerías, agrada y sorprende y enseña el *Quijote* hoy como cuando fué divulgado, porque las condiciones de verdad, bondad y belleza que junta, no son transitorias; porque hay todavía, y nunca dejará de haber, escritos de errónea doctrina, muy capaces de seducir, de engañar, de enloquecer y formar Quijotes; porque hay y habrá siempre quien se deje llevar de un deseo irrealizable, hijo de una fantasía sin freno, y corriendo por la senda de la vida á ciegas, dará con la frente en rudos obstáculos, que le arrojarán al suelo, despechado y herido. Con muchos debió chocar CERVÁNTES en su fatigosa carrera: si hay en el *Quijote* más de lo que á primera vista descubre quien la tiene muy corta; si CERVÁNTES (que durante su cautiverio en Argel pretendió, pero en vano, sublevar á sus compañeros de servidumbre y alzarse con aquella ciudad por la fe y por España); si el desventurado CERVÁNTES adhirió su personalidad verdadera tal vez á su héroe fingido, nosotros lo ignoramos, y acogiendo bien la opinion, aguardamos á que el tiempo la califique. Término ponemos á este discurso, contra todo nuestro querer dilatado, añadiendo aquí unas coplas vulgares, oidas ya por el público de Madrid en diferentes representaciones teatrales dedicadas á la memoria del hijo de Alcalá más insigne en letras: así, al fin de una endeble comedia en prosa, pide temeroso el autor, en humildes versos, perdon á los benignos espectadores.

Para simples y discretos
Hay un libro encantador,
Que llama algun pensador
El libro de los secretos.
Su fama se extiende y medra
Cada vez más general:
Es el *Quijote*, de un tal
CERVÁNTES Y SAAVEDRA.
Al que busca y halla goces
En secretos literarios
Ofrece el *Quijote* varios,
Y dice el mayor á voces.

Libro á todos superior
En cuanto es gracia y belleza,
Su secreto es la grandeza
De ingenio del escritor.
Sin mucha dificultad
Se comprende su enseñanza:
Don Quijote y Sancho Panza
Compendian la humanidad.
Uno en sus delirios es
La ardiente imaginacion;
Pinta el otro la razon
Vencida del interes.
Loco Don Quijote va,
Léjos de villa y aldea,
Pensando en la Dulcinea,
Que el triste nunca verá.
Se burla de su señor
Sancho en su ruda malicia;
Mas le sigue, por codicia
De verse gobernador.
Mil con fin noble se entregan
A febriles desvaríos;
Mil tambien, cautos y frios,
Mirando por sí, se ciegan.
En Sancho sus faltas note
Cada cual y en el hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
No escapa de ser Quijote.
El, en su alucinamiento,
Traba con gigantes guerra,
Y échanle de un golpe á tierra
Las aspas que agita el viento.
En Argel sublime accion
Cervántes emprende así,
Y abatió su intento allí
El soplo de la traicion.
Por eso, pues, al talento
Juntando experiencia suma,
Trazó el *Quijote* con pluma
Que le prestó el escarmiento;
Y en su designio profundo,
Puso, al retratar su loco,
De sí Cervántes un poco;
Lo demas, de todo el mundo.

Aquí el cimiento mirad
En que esa fábula estriba,
Ficcion, en parte, festiva,
Y en parte, amarga verdad.
Si por las lenguas ingratas
Que el miedo al moro vendió,
Cervántes no conquistó
El reino de los piratas,
Su pluma ganó á lo ménos
Para su patria un laurel,
Que ha durado más que Argel
En dominio de agarenos;
Y por cuanto alumbra el sol,
Las naciones más distantes
Proclaman hoy á Cervántes
Rey del ingenio español.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

FIN DEL PRÓLOGO DE ESTA EDICION.

DIARIO

PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE LOS VIAJES Y AVENTURAS DE DON QUIJOTE.

Tomando por base los acontecimientos históricos mencionados en esta obra, la accion de la Primera Parte del *Ingenioso Hidalgo* (véase la nota relativa al Duque de Alba, mencionado en la página 193 de nuestro volúmen segundo) corresponde al año 1589; la Segunda pasa en el de 1614. Los veinticinco años, que realmente mediaron entre una y otra, quedan reducidos en la novela á uno, dos, ó tres á lo más, ya porque el autor considerase la historia como fábula cuando se valia de ella en una obra de pura inventiva, ya porque deseara poner de relieve con un anacronismo de bulto los que se notaban en los libros de caballerías y en las comedias, queriendo así manifestar que confundir, por ejemplo, la época del emperador Heraclio con la de Godofredo era todavía yerro mayor que aproximar la batalla de Lepanto á la expulsion de los moriscos. (Léanse las graves razones con que el Licenciado condena, en el capítulo XLVIII de la Primera Parte, las impropiedades de las obras dramáticas, y lo que en la Segunda se dice sobre el mismo asunto, á vista de la accion representada en el retablo de Maese Pedro.)

El año 1589 principió y acabó en Domingo; el de 1614 principió en Miércoles: para empalmar el un año con el otro, y hacer que el Miércoles vaya tras el Domingo, es necesario usar de la misma licencia con que nuestro autor aproximó los años distantes, ó suponer que pasaron tres desde que volvió Don Quijote á su lugar, conducido por sus amigos el Barbero y el Cura, hasta que tornó á salir de allí por tercera vez y postrera.

Ya dentro del año 1589, el diario de la Primera Parte del *Ingenioso Hidalgo* se funda en tres datos: primero, que Don Quijote hizo su primera salida en un Viérnes de Julio, en el cual, cerrada ya la noche, alumbraba la luna. Estas circunstancias corresponden perfectamente al Viérnes, dia 28 de dicho mes. El segundo y el tercer dato son la fecha de una libranza de Don Quijote, y la circunstancia de haber entrado en su pueblo en un Domingo, seis dias despues de unas rogativas de lluvia. La libranza de Don Quijote lleva la fecha de 22 de Agosto, en la primera y segunda edicion de Cuesta, y en la tercera se le pone la de 27: discordancia que prueba dificultad y duda, error acaso, en la lectura de los números escritos en el original de CERVÁNTES. Para que Don Quijote entrara en Argamasilla en el Domingo segundo de Setiembre de 1589, se ha dado á su carta la fecha de 30 de Agosto.

La Parte Segunda ofrece tres fechas importantes, que se han respetado, desatendidas las demas por contradictorias. Don Quijote sale de Argamasilla con Sancho dos dias ántes de la octava del Córpus de 1614, festividad que fué á 29 de Mayo, y su octava, por consiguiente, á 5 de Junio; Sancho escribe á su mujer una carta en 20 de Julio; Don Quijote entra en Barcelona un dia de San Juan, que debió ser el de la Degollacion, 29 de Agosto. Con arreglo á estas épocas, va ordenado nuestro *Diario*, que puede recibir otra distribucion de dias y hechos más acertada, pero que sirve siquiera para seguir la narracion de CERVÁNTES, y no tropezar donde algunos eruditos hallaron obstáculos, que les parecieron insuperables.

PRIMERA PARTE.

Viernes, 28 *de Julio de* 1589.—Sale Don Quijote de Argamasilla de Alba ántes que hubiese amanecido: al anochecer llega á una venta. Allí pide al ventero que le confiera la Orden de caballería, á lo cual se presta el ventero por divertirse, y vela Don Quijote las armas en un corral, á la luz de la luna.

Sábado, 29 *de Julio.*—Sale Don Quijote de la venta á la hora del alba, encuéntrase con Juan Haldudo y el muchacho Andres, y luego con unos mercaderes: le apalea un mozo de éstos. Pedro Alonso, vecino de Argamasilla, que halla á Don Quijote en el suelo sin poder levantarse, le lleva á su casa.

Domingo, 30 *de Julio.*—Escrutinio y quema de los libros de Don Quijote, que estaba en cama.

Lúnes, 31 *de Julio.*—Sigue en cama Don Quijote.

Martes, 1.º *de Agosto.*—Levántase Don Quijote, busca sus libros y no los encuentra.

Pasa despues Don Quijote quince dias muy sosegado: en este tiempo trata con Sancho Panza que le acompañe como escudero; despues vende, empeña y malbarata várias cosas, á fin de llevar alguna cantidad de dinero consigo.)

Juéves, 24 *de Agosto.*—Don Quijote y Sancho salen de Argamasilla durante la noche.

Viérnes, 25 *de Agosto.*—Aventura de los molinos de viento. El caballero y el escudero pasan la noche entre unos árboles.

Sábado, 26 *de Agosto.*—Aventuras de los monjes Benitos y del Vizcaíno. Don Quijote y Sancho cenan y pasan la noche en el rancho de los cabreros.

Domingo, 27 *de Agosto.*—Entierro de Grisóstomo. Aventura de los yangüeses. Al anochecer llegan amo y criado á la venta de Juan Palomeque el Zurdo, y en ella suceden los lances de Maritórnes, el arriero y el cuadrillero.

Lúnes, 28 *de Agosto.*—Manteamiento de Sancho. Aventura de las dos manadas de carneros. Por la noche la del difunto, y despues la del estruendo del agua.

Mártes, 29 *de Agosto.*—Descúbrense los mazos de los batanes. Aventura del yelmo de oro, que realmente era una bacía de azófar. Aventura de los galeotes, ántes de las diez de la mañana. Entranse Don Quijote y Sancho en Sierra Morena, hallan el cojin y la maleta, despues al Cabrero, despues á Cardenio. Por la noche Ginés de Pasamonte roba á Sancho el Rucio.

Miércoles, 30 *de Agosto.*—Escribe Don Quijote la carta para Dulcinea, y la libranza de los pollinos. Cabalga Sancho en Rocinante para ir al Toboso, dejando á Don Quijote solo en la Sierra.

Juéves, 31 *de Agosto.*—A mediodia llega Sancho á vista de la venta de Palomeque, y se encuentra allí con el Cura y Maese Nicolás el barbero. Con ellos retrocede á buscar á su amo.

Viérnes, 1.º *de Setiembre.*—El Cura y el Barbero, de quienes acababa Sancho de separarse, á la hora de las tres de la tarde, hallan á Cardenio, y á Dorotea poco despues. Vuelve Sancho, y los cinco buscan á Don Quijote, con quien se dirigen luego al camino real. Sancho recobra su jumento. Comen á la orilla de una fuente, donde conoce á Don Quijote el muchacho Andres.

Sábado, 2 *de Setiembre.*—Llegan á la venta de Palomeque Don Quijote, Dorotea, Cardenio, el Cura, el Barbero y Sancho ántes de mediodia. Lee el Cura durante la siesta la novela de *El Curioso impertinente.* Llegan á la venta don Fernando y su comitiva, trayendo á Luscinda: vienen despues el Cautivo y Zoraida. Cenan: refiere el Cautivo su historia. A media noche paran en la venta el Oidor y su hija Clara. Se recogen todos, ménos Don Quijote, que se queda fuera de la venta á caballo para guardarla. Maritórnes le ata de una mano al cerrojo de una puerta, dejándole de pié sobre Rocinante, sin poderse mover.

Domingo, 3 *de Setiembre.*—Al amanecer llegan los criados de don Luis á la venta; despues el barbero á quien Don Quijote quitó la bacía. Cuestion sobre ella y la albarda, contienda con los cuadrilleros, pacifícase todo. Determínase la manera de llevar á Don Quijote á su pueblo, haciéndole creer que iba encantado.

Lúnes, 4 *de Setiembre.*—Sacan de la venta enjaulado á Don Quijote, y le colocan en un carro de bueyes. Encuentro con el Canónigo, pendencia con el Cabrero, aventura de los disciplinantes.

Mártes, *Miércoles*, *Juéves*, *Viérnes y Sábado.*—El Cura y Maese Nicolás prosiguen su camino, conduciendo al pueblo á Don Quijote y á Sancho Panza.

Domingo, 10 *de Setiembre de* 1589.—Don Quijote, á la hora de mediodia, entra en Argamasilla con el Cura, el Barbero y Sancho.

SEGUNDA PARTE.

Mártes, dia 3 *de Junio de* 1614. — (Se supone, á pesar de esta fecha, que sólo habian pasado uno, dos ó tres años entre la Parte Primera y ésta.)

Al anochecer salen de Argamasilla Don Quijote y Sancho.

Miércoles, 4 *de Junio.* — Caballero y escudero caminan todo el dia. Al anochecer llegan á vista del Toboso, donde entran á media noche.

Juéves, 5 *de Junio, Octava del Córpus.* — Don Quijote y Sancho salen del Toboso ántes de amanecer. Aquella tarde hace Sancho creer á su amo que unas labradoras eran Dulcinea y dos doncellas suyas, que venian á verle: Don Quijote se figura que Dulcinea ha sido encantada. Despues, en la misma tarde, ocurre la aventura del carro ó carreta de las Córtes de la Muerte. Por la noche, el encuentro con el Caballero de los Espejos.

Viérnes, 6 *de Junio.* — A la madrugada pelean Don Quijote y el de los Espejos. Encuéntrase Don Quijote con don Diego Miranda. Aventura de los leones. Llega don Diego á su casa con Don Quijote y Sancho, á las dos de la tarde.

Sábado, Domingo y Lúnes. — En casa de don Diego.

Mártes, 10 *de Junio.* — Por la tarde salen Don Quijote y Sancho de casa de don Diego. Encuéntranse con el Licenciado espadachin y el Bachiller Corchuelo: pernoctan en el campo, cerca del lugar de Quiteria.

Miércoles, 11 *de Junio.* — Bodas de Camacho frustradas. Vanse Don Quijote y Sancho con Basilio y Quiteria.

Juéves y Viérnes. — En casa de Basilio.

Sábado, 14 *de Junio.* — Salen de casa de Basilio con el primo del Licenciado: los tres pernoctan en una aldea, dos leguas distante de la cueva de Montesinos.

Domingo, 15 *de Junio.* — Descuelgan á Don Quijote á la cueva de Montesinos: le suben, comen, se ponen en camino, llegan á una venta. Exposicion del retablo de Maese Pedro.

Lúnes, 16 *de Junio.* — Salen de la venta Don Quijote y su escudero ántes de las ocho de la mañana.

Mártes y Miércoles. — Caminan Don Quijote y Sancho sin que les sobrevenga aventura.

Juéves, 19 *de Junio.* — Rebuzno de Sancho: él varapaleado y su amo fugitivo pasan la noche en una alameda.

Viérnes, 20 *de Junio.* — Don Quijote y Sancho salen de la alameda al amanecer.

(Transcurren nueve dias sin aventuras.)

Lúnes, 30 *de Junio.* — Aventura del barco encantado.

Mártes, 1.º *de Julio.* — Sin aventura.

Miércoles, 2 *de Julio.* — Encuentro con la Duquesa. Llegada al castillo con esta señora y sus cazadores. Recibimiento magnífico. Disputa de Sancho con doña Rodriguez. Comida: cuestion con el Eclesiástico. Conversacion de la Duquesa y Sancho durante la siesta.

Se emplean quince dias en preparativos para la presentacion de Merlin en el bosque.

Juéves, 17 *de Julio.* — Van á caza los Duques, llevando consigo á Don Quijote y Sancho. Merlin viene en un carro con Dulcinea, y anuncia cómo ha de ser desencantada. Consiente Sancho en azotarse al efecto.

Viérnes, 18 *de Julio.* — Regreso al castillo desde el bosque de la cacería.

Sábado, 19 *de Julio.* — Por la noche se da Sancho los primeros azotes.

Domingo, 20 *de Julio.* — Dicta Sancho una carta, que dirige á su mujer con fecha de este dia. Vienen al castillo del Duque el escudero Trifaldin y la Condesa Trifaldi, y traen por la noche unos salvajes el caballo de madera, Clavileño el Alígero. Destruccion de éste.

Lúnes, 21 *de Julio.* — Avisa el Duque á Sancho que se prepare para ir á su gobierno. Consejos de Don Quijote á Sancho.

Mártes, 22 *de Julio.* — Por la tarde sale Sancho para su ínsula; por la noche Altisidora canta un romance amoroso, dirigido á Don Quijote.

Miércoles, 23 *de Julio.* — A las cuatro de la mañana escribe el Duque una carta á Sancho. Un paje de la Duquesa parte á Argamasilla con la de Sancho á su mujer y con otra de la Duquesa. Llega Sancho á su ínsula, toma posesion, decide varios pleitos, pónese á comer y no le dejan, recibe la carta del Du-

que. Por la noche canta Don Quijote un romance en contestacion al de Altisidora. Lance cencerril y gatuno.

Sin dia determinado se cuenta la visita de doña Rodriguez á Don Quijote, de la cual ella salió azotada y él pellizcado.

Miércoles, 30 *de Julio.* — Puédese suponer que el paje llegaria á Argamasilla de Alba en este dia.

Martes, 5 *de Agosto.* — Responde Sancho á la consulta de cuatro jueces, que dudaban si debian condenar ó dejar en libertad á un hombre. Recibe la carta de Don Quijote, y le contesta. Dicta sus constituciones.

Miércoles, 6 *de Agosto.* — Vuelve al castillo el paje que fué á Argamasilla, y entrega á los Duques las cartas de Teresa Panza. Doña Rodriguez pide á Don Quijote que desafie al labrador que no queria ser yerno de ella. Se aplaza el duelo para de allí á seis dias.

Sábado, 9 *de Agosto.* — Por la noche, fin del gobierno de Sancho.

Domingo, 10 *de Agosto.* — Sale Sancho de su ínsula, se encuentra con Ricote; aquella noche cae en una cueva.

Lúnes, 11 *de Agosto.* — Sacan de la cueva á Sancho.

Mártes, 12 *de Agosto.* — Batalla dispuesta, y no efectuada, entre Don Quijote y el lacayo Tosílos.

Sábado, 16 *de Agosto.* — Salen Don Quijote y Sancho del castillo del Duque. Encuentro con los labradores que llevaban las imágenes, encuentro con las doncellas disfrazadas de pastoras.

Domingo, 17 *de Agosto.* — Por la mañana, la aventura de los toros; por la noche, el encuentro en la venta con los dos caballeros que leian el mal *Quijote* de Avellaneda.

Lúnes, 18 *de Agosto.* — Salen de la venta Don Quijote y Sancho, dirigiéndose á Barcelona.

(Transcurren seis dias sin aventuras.)

Domingo, 24 *de Agosto.* — Por la noche intenta Don Quijote azotar á Sancho.

Lúnes, 25 *de Agosto.* — Encuentro con Roque Guinart y sus bandoleros. Arrojo de Claudia Jerónima. Muerte de don Vicente Torrellas. Los bandoleros sorprenden á varios caminantes.

Mártes y Miércoles. — En compañía de Roque Guinart.

Juéves, 28 *de Agosto.* — Don Quijote y Sancho, acompañados de Roque Guinart y seis de los suyos, llegan por la noche á las cercanías de Barcelona.

Viérnes, 29 *de Agosto*, *dia de la Degollacion de San Juan Bautista.* — Entra Don Quijote en Barcelona. Don Antonio Moreno saca por la tarde á paseo á su huésped con un letrero en las espaldas, que decia: «Este es Don Quijote.» Sarao aquella misma noche en casa de don Antonio.

Sábado, 30 *de Agosto.* — Prueba de la cabeza encantada: visita Don Quijote una imprenta. Por la tarde él y Sancho van á ver las galeras. Es apresado por ellas el bergantin en que venia la morisca Ana Félix, disfrazada de hombre.

Lúnes, 1.º *de Setiembre.* — El Renegado parte de Barcelona en un bergantin, para sacar de Argel á don Gaspar.

Miércoles, 3 *de Setiembre.* — Parten á Levante las galeras.

Desde aquí no tienen dia fijo las aventuras de Don Quijote, porque no se expresa en la narracion cuántos pasaron desde la partida de las galeras á la mañana en que Don Quijote fué vencido por el Caballero de la Blanca Luna, Sanson Carrasco. Pudo ser ántes del 6 de Setiembre, y tambien pudo ser despues: el Bachiller Sanson Carrasco dice que *habria tres meses* que Don Quijote le habia vencido, y este vencimiento ocurrió el dia 6 de Junio. Vencedor ahora Sanson, Don Quijote hizo cama seis dias, y áun tardó cuatro hasta ponerse en camino. Se puede entender que Don Quijote y Sancho saldrian de Barcelona hácia el 20 de Setiembre, y, á cortas jornadas, llegarian á Argamasilla á los veinte dias ó más, en un año en que duró el calor (como en España se ve muchas veces) hasta más de mediado Octubre. Por entónces (el 20 quizá de dicho mes, año de 1614) hubo de acabar sus dias, vuelto á la razon, querido y llorado de cuantos le conocieron, el insigne Alonso Quijano, á quien sus honradas costumbres granjearon el renombre de Bueno.

Históricamente, lo repetimos, la accion del *Quijote* comprende veinticinco años, desde 1589 á 1614; pero conforme al pensamiento de la fábula, la accion se verifica en dos años distintos, independientes de la historia, que pueden ser consecutivos ó intermediados con uno ó con dos.

FIN DEL DIARIO.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

AL DUQUE DE BEJAR,

MARQUÉS DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y ménos justicia los trabajos ajenos; que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al órden de naturaleza; que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion! El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en

este mi hijo vieres; pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion) : y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien, que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios, que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo.

Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero.

«Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años acuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por

hombres leidos, eruditos y elegantes! Pues ¿qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oille ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el márgen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zéuxis, aunque fué maldiciente el uno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

»En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido.»

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente, y disparando con una carga de risa, me dijo: «Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estais tan léjos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

»¡Cómo! ¿que es posible que cosas de tan poco momento, y tan

fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan, para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia: ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion?»

A lo cual él dijo: «Lo primero en que reparais, de los sonetos, epigramas ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos; y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste-Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan, y murmuren de esta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

»En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo ménos que os cueste poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non benè pro toto libertas venditur auro;

y luego en el márgen citar á Horacio ó á quien lo dijo.

»Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con

Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.

»Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina (que lo podeis hacer con tantico de curiosidad), y decir las palabras, por lo ménos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.*

»Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

»Y con estos latinicos y otros tales, os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy.

»En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera: Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías; y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes...*, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

»Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo cómo en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en* tal lugar, *y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro,* etcétera.

»Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que

la sé de coro; si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará á Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe; si de capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros.

»Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia.

»En resolucion, no hay más sino que vos procureis nombrar estos nombres (ó tocar estas historias en la vuestra) que aquí he dicho; y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros las márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

»Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que, puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro; y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello; cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles,

ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento; sólo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo ó en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.»

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion, por todos los habitadores del distrito

del Campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. *Vale.*

AL LIBRO

DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-,
Libro, fueres con letu-,
No te dirá el boquiru-
Que no pones bien los de-;
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-,
Verás, de manos á bo-,
Aun no dar una en el cla-;
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-,
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-,
Que da príncipes por fru-,
En el cual florece un Du-,
Que es nuevo Alejandro Ma-.
Llega á su sombra; que á osa-
Favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
Contarás las aventu-,
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-:
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-,
Que, cual Orlando furio-,
Templado á lo enamora-,
Alcanzó á fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-;
Que, cuando es todo figu-,
Con ruines puntos se envi-.
Si en la direccion te humi-,
No dirá mofante algu-:
«¡Qué don Alvaro de Lu-,
Qué Aníbal el de Carta,
Qué Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-!»

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-,
Hablar latines rehu-.
No me despuntes de agu-,
Ni me alegues con filó-;
Porque, torciendo la bo-,
Dirá el que entiende la le-,
No un palmo de las ore-:
«¿Para qué conmigo flo-?»

No te metas en dibu-,
Ni en saber vidas aje-;
Que en lo que no va ni vie-,
Pasar de largo es cordu-;
Que suelen en caperu-

Darles á los que grace-;
Mas tú quémate las ce-
Sólo en cobrar buena fa-;
Que el que imprime neceda-
Dalas á censo perpé-.

Advierte que es desati-,
Siendo de vidrio el teja-,
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-.
Deja que el hombre de jui-,
En las obras que compo-,
Se vaya con piés de plo-;
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-,
Escribe á tontas y á lo-.

AMADIS DE GAULA,

á Don Quijote de la Mancha.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida
Que tuve, ausente y desdeñado, sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida;
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre;
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida;
Vive seguro de que eternamente
(En tanto al ménos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo)
Tendrás claro renombre de valiente;
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA,

á Don Quijote de la Mancha.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Más que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis piés postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA,

á Dulcinea del Toboso.

SONETO.

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Lóndres con tu aldea!
¡Oh quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA,

á Sancho Panza, escudero de Don Quijote.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio; ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ¡oh Sancho! tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO,

á Sancho Panza y Rocinante.

Á SANCHO.

Soy Sancho Panza, escude-
Del manchego Don Quijo-:
Puse piés en polvoro-
Por vivir á lo discre-;
Que el tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira-,
Segun siente Celesti-,
Libro en mi opinion divi-,
Si encubriera más lo huma-.

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-,
Bisnieto del gran Babie-:
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo-.
Parejas corrí á lo flo-;
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-;
Que esto saqué á Lazari-,
Cuando, para hurtar el vi-
Al ciego, le vi la pa-.

ORLANDO FURIOSO,

á Don Quijote de la Mancha.

SONETO.

Si no eres par, tampoco le has tenido;
Que par pudieras ser entre mil pares;
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quijote, que, perdido
Por Angélica, vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual; que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que, como yo, perdiste el seso;
Mas serlo has mio, sin que al bravo moro
Y cita fiero domes; que hoy nos llama
Iguales el amar con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO,

á Don Quijote de la Mancha.

SONETO.

A vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á tu alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié; la monarquía,
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro;
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sábia.

DE SOLISDAN,

á Don Quijote de la Mancha.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por home de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman, vueso conhorte sea
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

SONETO.

B. ¿Cómo estais, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, Señor, que estais muy mal criado,
Pues vuestra lengua... de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna á la mortaja.
¿Quereislo ver? Miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafísico estais. *R.* Es que no cómo.
B. Quejaos del escudero. *R.* No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo
Son tan rocines como Rocinante?

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo, Don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicon las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro

hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de *Quijada* ó *Quesada* (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben); aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba *Quijano*. Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y áun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecian de perlas; y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desvaríos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razon de la sinrazon que á »mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que »con razon me quejo de la vuestra fermosura.» Y tambien cuando leia: «Los altos cielos, que de vuestra divinidad di»vinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merece»dora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.»

Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas

que don Belianis daba y recebia, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro, y todo el cuerpo, lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura; y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin, al pié de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y áun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar, que era hombre docto, graduado en Sigüenza, sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Ingalaterra ó Amadis de Gaula; mas Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolucion, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia más cierta en el mundo. Decia él que el Cid Ruí Diaz habia

sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó á Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reináldos de Montalban, y más cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y áun á su sobrina de añadidura.

En efeto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo, y fué, que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo ménos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efeto lo que deseaba; y lo primero que hizo fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orin y

llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que, para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes; y con el primero, y en un punto, deshizo lo que habia hecho en una semana. Y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos; y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin; y aunque tenia más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantùm pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban.

Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién habia sido ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces; pues estaba muy puesto en razon que, mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva Orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así, despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memo-

ria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre, á su parecer, alto, sonoro, y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo; y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia de llamar *Quijada*, y no *Quesada*, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no se habia contentado con sólo llamarse *Amadis* á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó *Amadis de Gaula*, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que, á su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias, pues, sus armas, hecho el morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.

Decíase él: «Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que éntre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, y rendido «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Ma-

lindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero, Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante!» ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar, cerca del suyo, habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, á su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPITULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo con su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana, ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta

su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apénas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué, que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que, conforme á ley de caballería, ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero; y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar ésta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos; y apénas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada

Aurora (que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.» Y era la verdad que por él caminaba; y añadió diciendo: «¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.» Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece.»

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje: con esto, caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar, luego, luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento;

pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vió, no léjos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella que, no á los portales, sino á los alcázares de su redencion, le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia.

Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó más á la puerta de la venta, y vió á las dos destraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdon, así se llaman), tocó

un cuerno, á cuya señal ellos se recogen; y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y así, con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre, de aquella suerte armado y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo: « Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca á la Orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. »

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubria; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera, que Don Quijote vino á correrse y á decirles, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro: « Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mio non es de ál que de serviros. »

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y ella en él el enojo; y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento; mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y

así le dijo: «Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia.»

Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta), respondió: «Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta; porque *mis arreos son las armas, mi descanso el pelear*», etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó paje; y así, le respondió: «Segun eso, las *camas* de vuestra merced serán *duras peñas*, y su *dormir, siempre velar;* y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.» Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor bestia que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decia, ni áun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna ma-

nera; y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante; que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mio; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.»

Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; sólo le preguntaron si queria comer alguna cosa.

«Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote; porque, á lo que entiendo, me haria mucho al caso.»

A dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura

comeria su merced truchuela; que no habia otro pescado que darle á comer.

« Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que en una pieza de á ocho: cuanto más, que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.»

Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porcion de mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan muy negro, y como una argamasa duro. Era materia de grande risa verle comer, porque, como tenia puesta la celada, y era alta la babera, no podia poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponia; y así, una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna, sin recebir la Orden de caballería.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: « No me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. »

El ventero, que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamas quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia.

« No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote; y así, os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana, en aquel dia, me habeis de armar caballero; y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo, velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. »

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle semejantes ra-

zones; y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba; y que él asimismo, en los años de su mocedad, se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riaran, Compas de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condicion que fuesen, sólo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no se pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traia dineros; respondió Don Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido.

A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña, llena de ungüentos, para curar las heridas que recebian; porque no todas veces, en los campos y desiertos, donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella ó enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le

daba por consejo (pues áun se lo podia mandar como á su ahijado, que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas cuando ménos se pensase.

Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba; y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde léjos, y vieron que, con sosegado ademan, unas veces se paseaba, otras, arrimado á su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamas se ciñó espada! mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.»

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud); ántes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: « Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta, que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. » Y diciendo éstas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque áun estaba aturdido el arriero), llegó otro, con la misma intencion de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: « ¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo. » Con esto cobró, á su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pié atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde léjos á llover piedras sobre

Don Quijote, el cual, lo mejor que podia, se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas.

El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon, y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recebido la Orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; «pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía.»

Decia esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian; y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar, y darle la negra Orden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la Orden, y que aquello, en mitad de un campo se

podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto más que él habia estado más de cuatro.

Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien, por su respeto, dejaria.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros; y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas, que ya habian visto, del novel caballero les tenian la risa á raya.

Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: «Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides.»

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.

Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon, natural de Toledo, que vivia á las Tendillas de Sancho Bienaya; y que donde quiera que ella estuviese, le serviria y le tendria por señor.

Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa.

Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada.

Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual tambien rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él; y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir en buen hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba seria cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hácia su aldea, el cual así, conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los piés en el suelo.

No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apénas las hubo oido, cuando dijo : « Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda. » Y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad

de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: « La lengua queda y los ojos listos. »

Y el muchacho respondia: « No lo haré otra vez, señor mio; por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato. »

Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: « Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua); que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. »

El labrador, que vió sobre sí aquella figura, llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: « Señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada dia me falta una; y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo; y en Dios y en mi ánima, que miente.

— ¡Miente, delante de mí, ruin villano! dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego. »

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, des-

ató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debia su amo.

El dijo que nueve meses, á siete reales cada mes.

Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello.

Respondió el medroso villano que, para el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y áun no habia jurado nada), que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo.

« Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que, por esta parte, no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa; que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¡Irme yo con él! dijo el muchacho. Mas ¡mal año! No, señor, ni por pienso; porque en viéndome solo, me desuella como á un San Bartolomé.

—No hará tal, replicó Don Quijote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre, y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho; que este mi amo no es caballero, ni ha recebido

Orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

—Importa poco eso, respondió Don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros : cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andres, respondió el labrador; y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las Ordenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y áun sahumados.

—Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote : dádselos en reales; que con eso me contento : y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais más que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la sentencia pronunciada. » Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos.

Siguióle el labrador con los ojos; y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvió á su criado Andres y díjole : «Venid acá, hijo mio; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.

—Eso juro yo, dijo Andres; y ¡cómo que andará vuestra

merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! que, segun es de valeroso y de buen juez, ¡vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

—Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.»

Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

«Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios... veréis cómo no desface aqueste: aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.» Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia.

Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero, con todo esto, él se partió llorando, y su amo se quedó riendo.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfacion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: «Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la

Orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad : hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. »

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion lo de las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un gran tropel de gente, que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apénas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar, en todo cuanto á él le parecia posible, los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo : « Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. »

Paráronse los mercaderes al són destas razones y á ver la

extraña figura del que las decia, y por la figura y por las razones, luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: «Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decis: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria! La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora vengais uno á uno, como pide la Orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida (y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura), que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y áun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra

azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote, encendido en cólera; no le mana, digo, eso que decis, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.»

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo; y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: «Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva: atended; que no por culpa mia, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.»

Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera.

Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre

el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines que tal le paraban.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre apaleado, el cual, despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho! Y áun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo, pues, que, en efeto, no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros; y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovínos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y áun creida de los viejos; y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido Caballero del Bosque:

¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal!
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tio y señor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo (que venia de llevar una carga de trigo al molino), el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era y qué mal sentia, que tan tristemente se quejaba.

Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua, su tio, y así, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que le tenia cubierto de polvo, y apénas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: «Señor Quijano (que así se debia de llamar cuando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?» Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni herida alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pen-

sativo de oir los disparates que Don Quijote decia; y no ménos iba Don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentia. Y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos; porque en aquel punto, olvidándose de Baldovínos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo á su alcaidía; de suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leido la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan á propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades, por donde conoció que su vecino estaba loco; y dábase priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga.

Al cabo de la cual dijo : «Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa, que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, ven, ni verán en el mundo.»

A esto respondió el labrador : «Mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Baldovínos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano.

—Yo sé quién soy, respondió Don Quijote; y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y áun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas, que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias.»

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.

Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en la casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el Cura y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote; y estaba diciéndoles su ama á voces: «¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura), de la desgracia de mi señor! Dos dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender (y así es ello la verdad como nací para morir) que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. ¡Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que habia en toda la Mancha!»

La Sobrina decia lo mismo, y áun decia más: «Sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos,

y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo tambien, dijo el Cura; y á fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion, á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.»

Todo esto estaba oyendo el labrador, con que acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así, comenzó á decir á voces: «Abran vuestras mercedes al señor Baldovínos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.»

A estas voces salieron todos; y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que áun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: «Ténganse todos; que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sábia Urganda, que cure y cate de mis feridas.

—¡Mirá, en hora mala, dijo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazon del pié que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que, sin que venga esa hurgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced!»

Lleváronle luego á la cama; y catándole las feridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caida con Rocinante, su caballo, combatiéndose con trece jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

«¡Ta, ta! dijo el Cura : ¿jayanes hay en la danza! para mi santiguada, que yo los queme mañana ántes que llegue la noche.»

Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba.

Hízose así, y el Cura se informó muy á la larga, del labrador, del modo que habia hallado á Don Quijote. El se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolas, con el cual se vino á casa de Don Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

(El cual áun todavía dormia.) Pidió á la Sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo : «Tome vuestra merced, señor Licenciado : rocíe este aposento; no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar, echándoles del mundo.»

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban; pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

«No, dijo la Sobrina; no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores : mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.»

Lo mismo dijo el Ama : tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos fué los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el Cura : «Parece cosa de misterio ésta;

porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y orígen deste; y así, me parece que, como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

—No, señor, dijo el Barbero; que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto; y así, como á único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad, dijo el Cura; y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.

—Es, dijo el Barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis de Gaula.

—Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora Ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer.»

Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

«Adelante, dijo el Cura.

—Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadis de Grecia*, y áun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linaje de Amadis.

—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura; que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo, dijo el Barbero.

—Y áun yo, añadió la Sobrina.

—Pues así es, dijo el Ama, vengan, y al corral con ellos.»

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

«¿Quién es ese tonel? dijo el Cura.

—Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura.*

—El autor dese libro, dijo el Cura, fué el mesmo que compuso á *Jardin de flores;* y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, ménos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Felixmarte de Hircania,* dijo el Barbero.

—¿Ahí está el señor Felixmarte! replicó el Cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras; que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora Ama.

—Que me place, señor mio», respondia ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

«Este es *El Caballero Platir,* dijo el Barbero.

—Antiguo libro es ése, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca vénia: acompañe á los demas sin réplica»; y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título: *El Caballero de la Cruz.*

«Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir: «tras la cruz está el diablo». Vaya al fuego.»

Tomando el Barbero otro libro, dijo: «Este es *Espejo de caballerías.*

—Ya conozco á su merced, dijo el Cura; ahí anda el señor Reináldos de Montalban, con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero; mas no le entiendo.

—Ni áun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura; y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor; y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles;* que éstos, en llegando á mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego, sin remision alguna.»

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era

Palmerin de Oliva, y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra;* lo cual visto por el Licenciado, dijo: «Esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que áun no queden della las cenizas; y esa Palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que éste y *Amadis de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre, replicó el Barbero; que éste que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*.

—Pues ése, replicó el Cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino; y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejeis leer á ninguno.

—Que me place», respondió el Barbero.

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al Ama que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral.

No se dijo á manca ni á sorda, sino á quien tenia más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana.

Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del Barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.*

«¡Válame Dios! dijo el Cura, dando una gran voz: ¿que aquí está Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Kirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalban y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, el escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo ciertas necedades sino de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadle á casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será, respondió el Barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

—Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía»; y abriendo uno, vió que era la *Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran

del mismo género) : «Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay señor! dijo la Sobrina; bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas, porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacérse poeta, que, segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella, dijo el Cura; y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion de delante. Y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sábia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue, dijo el Barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino;* y éste, otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa; que se va haciendo tarde.

—Este libro es, dijo el Barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lo-Frasso*, poeta sardo.

—Por las Ordenes que recebí, dijo el Cura, que desde

que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ése no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leido puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre; que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia.»

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo: «Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos*.

—Pues no hay más que hacer, dijo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama; y no se me pregunte el por qué; que seria nunca acabar.

—Este que viene es *El Pastor de Fílida*.

—No es ése pastor, dijo el Cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande, que aquí viene, se intitula, dijo el Barbero, *Tesoro de várias poesías*.

—Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es, siguió el Barbero, *El Cancionero*, de Lopez Maldonado.

—Tambien el autor de ese libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno

fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ése, que está junto á él?

—*La Galatea*, de MIGUEL DE CERVÁNTES, dijo el Barbero.

—Muchos años há que es grande amigo mio ese CERVÁNTES, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte, que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Que me place, respondió el Barbero; y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla; *La Austríada*, de Juan Rufo, Jurado de Córdoba; y *El Monserrate*, de Cristóbal de Virues, poeta valenciano.

—Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.»

Cansóse el Cura de ver más libros, y así, á carga cerrada, quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

«Lloráralas yo, dijo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar; porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.»

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: «¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!»

Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban; y así, se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oidos, *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis Zapata, que sin duda debian de estar entre los que quedaban; y quizá, si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido.

Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dijo: «Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el Cura; que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora; que me parece que debe de estar

demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.

—Ferido no, dijo Don Quijote, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reináldos de Montalban si, en levantándome deste lecho, no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.»

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el Ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entónces, para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa, cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos pasmado, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su Ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros.

El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo : « ¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced! Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.

—No era diablo, replicó la Sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche, despues del dia que vuestra merced de aquí se partió; y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento; y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acudimos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien á mí y al Ama que, al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria. Dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton.

—Friston, diria, dijo Don Quijote.

—No sé, respondió el Ama, si se llamaba Friston ó Friton; sólo sé que acabó en *ton* su nombre.

—Así es, dijo Don Quijote; que ése es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar; y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? dijo la Sobrina; pero ¿quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo

á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

—¡Oh sobrina mia! respondió Don Quijote, y ¡cuán mal que estás en la cuenta! Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.»

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendia la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince dias en casa, muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres, el Cura y el Barbero, sobre que él decia que la cosa de que más necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia; porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador, vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino.

Dió luego Don Quijote órden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas,

allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una lanza, que pidió prestada á un su amigo; y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaria, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenia, muy bueno, porque él no estaba hecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero, caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado: todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su Ama y Sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que habia tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea.»

A lo cual le respondió Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; ántes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos; y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo mucho de marqués, de algun valle ó provincia de poco más á ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á milagro; que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar áun más de lo que te prometo.

—Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey, por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo ménos Teresa, mi oíslo, vendria á ser reina, y mis hijos infantes.

—Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.

—Yo lo dudo, replicó Sancho Panza; porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para reina; condesa le caerá mejor, y áun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote; que él te dará lo que más te convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con ménos que con ser adelantado.

—No haré, señor mio, respondió Sancho; y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.»

CAPITULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento, que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: « La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes! dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento; y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si

tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.»

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; ántes iba diciendo en voces altas: «Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.» Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Pues aunque movais más brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar.»

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su adarga, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

«¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento? Y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas á contínua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Friston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento (tal es la enemistad que me tiene); mas, al cabo, al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede», respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque, allí, decia Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: «Yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó trancon, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machucó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro trancon, tal y tan bueno como aquel; que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apénas podrán ser creidas.

—A la mano de Dios, dijo Sancho: yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice. Pero enderécese un poco; que

parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caida.

—Así es la verdad, respondió Don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo qué replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara, cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.»

No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella; que hasta entónces no habia leido cosa en contrario en la Orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entónces no le hacia menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco,

que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse, dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche ántes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra de las diez del dia le descubrieron. «Aquí (dijo en viéndole, Don Quijote) podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja; que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto: y más, que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni penden-

cias; bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo ménos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo.»

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la Orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apénas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero: «O yo me engaño, ó ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.»

Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian; y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: «Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: «Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas; que ya yo os conozco, fementida canalla», dijo Don Quijote: y sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y áun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles San-

cho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole : « La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par hermosa, doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. »

Todo esto, que Don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no queria dejar pasar el coche adelante,

sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera: «Anda, caballero, que mal andes: ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno!»

Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: «Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.»

A lo cual replicó el vizcaíno: «¡Yo no caballero! Juro á Dios, tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira, si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrájes», respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su adarga, y arremetió al vizcaíno con determinacion de quitarle la vida.

El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula (que, por ser de las malas de alquiler, no habia que fiar en ella), no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo; y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí al-

gun poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro, por encima del adarga, que, á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.

Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura! socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su adarga, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio; y el vizcaíno le aguardaba, asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las dueñas ó criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto en que en este punto y

término dejó pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose con que no halló más escrito destas hazañas de Don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginacion, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte (1).

CAPITULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que, si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirian y fenderian de arriba abajo, y abririan como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destron-

(1) Cervántes dividió el primer tomo de su *Don Quijote* en cuatro partes; pero continuó la numeracion de los capítulos hasta el fin del volúmen. Cuando publicó, diez años despues, el segundo tomo, le dió el título de *Segunda Parte*, por lo cual se ha considerado siempre dividida la obra en dos partes no más, y no se ha puesto título especial á las secciones en que salió distribuida ésta *Primera*, que comprendia primera, segunda, tercera y cuarta parte. Sigue, pues, la numeracion de los capítulos, y se omite la division en *partes* que sacó el primer tomo, entónces único, de esta gran obra, cuando fué dado á luz.

cada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba.

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que, á mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes, de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que, no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así, no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida.

Por otra parte, me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de zelos* y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso, y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo

y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon, ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante, las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo, pues, que, por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Don Quijote de contínuas, innumerables alabanzas; y áun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que, bien seguida ahora, podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caractéres que conocí ser arábigos; y puesto que, aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo

un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle yo que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo : Está, como he dicho, aquí en el márgen, escrito esto : «Esta Dulcinea del Toboso, tantas ve-»ces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano »para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.»

Cuando yo oí decir *Dulcinea del Toboso*, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quijote. Con esta imaginacion, le dí priesa que leyese el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia : *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recebí, cuando llegó á mis oidos el título del libro; y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde, en poco más de mes y medio, la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su adarga, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los piés escrito el vizcaíno un título, que decia: *Don Sancho Azpeitia*, que sin duda debia de ser su nombre; y á los piés de Rocinante estaba otro, que decia: *Don Quijote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas;* y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre de *Panza* y de *Zancas;* que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia; que ninguna es mala como sea verdadera.

Si á ésta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado: y así me parece á mí; pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de

industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo de ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor ni la aficion no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya imágen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, ántes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, á no volvérsele la espada en el encuentro, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á la rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios! y ¿quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga

más, sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos; y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con el dolor, sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos; y la mula, espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote; y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podia responder palabra; y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: «Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.»

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedia, y sin preguntar quién

Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado.

«Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenia bien merecido.»

CAPITULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula, de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo; y ántes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó, y le dijo: «Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar, tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.»

A lo cual respondió Don Quijote: «Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja ménos. Tened paciencia; que aventuras se ofrecerán, donde, no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.»

Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante, hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo: «Paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia; que, segun quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe, que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.

—Calla, dijo Don Quijote: y ¿dónde has visto tú, ó leido jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido!

—Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le tuve á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo; y en esotro no me entremeto.

—Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote; que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido

ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced, yo no lo he servido en todos los dias de mi vida; y ¡quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho! Lo que le ruego á vuestra merced, es que se cure; que le va mucha sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

—Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras; que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ése? dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer... bonitamente, la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo (y con mucha sotileza, ántes que la sangre se hiele), la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo; luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor; que para mí tengo que valdrá la onza, adonde quiera, más de á dos reales; y no

he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.

—Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote.

—¡Pecador de mí! replicó Sancho; pues ¿á qué aguarda vuestra merced á hacelle y enseñármele?

—Calla, amigo, respondió Don Quijote; que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos; que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.»

Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: «Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantua, cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovínos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas (que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas), hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.»

Oyendo esto Sancho, le dijo: «Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumpliere lo que se le deja ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote; y así, anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de

nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada, tal y tan buena como ésta, á algun caballero: y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto; que bien tengo á quien imitar en ello; que esto mesmo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.

—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho; que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida.

—Engáñaste en eso, dijo Don Quijote; porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.

—Alto, pues, sea así, dijo Sancho; y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo; y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar.

Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo, donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho; porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leido tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacian; y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho; que, como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé si he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca

para vuestra merced, que es caballero; y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco.

—Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas; que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. »

Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida; subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de parar allí; que, cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormir al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que, hirviendo al fuego, en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles cinco dellos, de seis que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo, que vuelto del reves le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: «Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están, los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí, á mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.

—¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra

merced que, como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador. Y áun, si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que cómo en mi rincon, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio desde aquí para el fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza»; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto dél se sentase.

No entendian los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo (ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones:

«¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados! y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interes alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia; áun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseian. ¡Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra! Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púr-

pura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas, de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se declaraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje áun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento les menoscabasen y supeditaran el que nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el soplo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta Orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero; que, aunque

por ley natural están, todos los que viven, obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía, por saber que, sin saber vosotros esta obligacion, me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.»

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero; porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de lo cual uno de los cabreros dijo: « Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.»

Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el són del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: « De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas

habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado, tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place», respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni áun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.
Porque te quiero y lo sabes,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá, entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
Mi fe, en que nunca he podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque, si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lúnes
Lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
«Tal piensa que adora un ángel,
Y viene á adorar á un jimio,
»Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.»
Desmentíla, y enojóse;
Volvió por ella su primo;
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice y él hizo.
No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía;
Que más bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo:
Pon tu cuello en la gamella,
Verás cómo pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro,
Por el santo más bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto; y aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones; y así dijo á su amo: « Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

—No lo niego, replicó Don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres; que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo eso, será bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.»

Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena; que él pondria remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian de la aldea el bastimento, y dijo: «¿Sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros?

—¿Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos.

—Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante, llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza del aldea, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

—Por Marcela, dirás, dijo uno.

—Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del Alcornoque; porque, segun es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera; y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel su gran amigo Ambrosio, el estudiante que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo; y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho; y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo ménos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.

—Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos.

—Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos; aunque no será menester usar de esa diligencia; que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié.

—Con todo eso, te lo agradecemos», respondió Pedro.

Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquél y qué pastora aquélla.

A lo cual Pedro respondió que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. « Principalmente, decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna.

—Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores », dijo Don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo : « Asimesmo adivinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil.

—Estéril, querréis decir, amigo, dijo Don Quijote.

—Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles : Sembrad este año cebada, no trigo; en éste podeis sembrar garbanzos, y no ceba-

da; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota.

—Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo Don Quijote.

—No sé yo cómo se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y áun más. Finalmente, no pasaron muchos meses, despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que, como escolar, traia; y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo; y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansí en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros, de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denántes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y

quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza; quizá, y áun sin quizá, no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais más años que sarna.

—Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

—Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo, dijo Don Quijote; que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra, os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que Sarra : y proseguid vuestra historia; que no os replicaré más en nada.

—Digo, pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, áun más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tio suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y con todo esto, se juzgaba que la habia de pasar la de la hija; y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la mi-

raba que no bendecia á Dios, que tan hermosa la habia criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento; y á fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que, en estos lugares cortos, de todo se trata y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debe de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

—Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante; que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia.

—La del Señor no me falte, que es la que hace al caso; en lo demas sabréis que, aunque el tio proponia á la sobrina y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas, dejaba el tio

de importunarla, y esperaba á que entrase algo más en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto; porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos: uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo; que, puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á térmi-

nos de desesperarse; y así, no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á éstos semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan; y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno una corona grabada en el mesmo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí, sin pegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halla el sol á la mañana; y cuál hay que, sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo; y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela; y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es lo que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así, os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no

está deste lugar aquél donde manda enterrarse, media legua.

— En cuidado me lo tengo, dijo Don Quijote; y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento.

—¡Oh! replicó el cabrero, áun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese. Y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida; puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.»

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPITULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apénas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego

todos en camino; y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando, al cruzar de una senda, vieron venir hácia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano; venian con ellos asimismo dos gentiles hombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié, que los acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortesmente; y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así, comenzaron á caminar todos juntos.

Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo: «Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro; que no podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida.

—Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera, á trueco de verle.»

Preguntóles Don Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo.

El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que, por haberlos visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera; que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban: final-

mente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió Don Quijote: «El ejercicio de mi profesion no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen porte, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.»

Apénas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes.

«¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Quijote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comunmente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver á su ser y á cobrar su reino y cetro, á cuya causa no se probará que, desde aquel tiempo á éste, haya ningun inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen Rey fué instituida aquella famosa Orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera

dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónces, de mano en mano, fué aquella Orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros dias oimos y comunicamos y vimos al invencible y valeroso caballero don Belianis de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la Orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo; y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la más peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos.»

Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio, y del género de locura que le señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el

poco camino que decian que les faltaba para llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase más adelante con sus disparates; y así le dijo: «Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que áun la de los frailes Cartujos no es tan estrecha.

—Tan estrecha bien podrá ser, respondió nuestro Don Quijote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy á dos dedos de ponello en duda; porque, si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mesmo capitan que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caba-

lleros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor; y que, si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad.

—Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y áun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende; y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

—Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego, sin más ni más, á todo el correr dellos, se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tan bien, que, á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

—Eso no puede ser, respondió Don Quijote. Digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladron.

—Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada, á

quien pudiese encomendarse; y con todo esto, no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero.»

A lo cual respondió nuestro Don Quijote: «Señor, una golondrina sola no hace verano; cuanto más, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero, en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola, á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

—Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendrá por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.»

Aquí dió un gran suspiro Don Quijote y dijo: «Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos

del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas.

—El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber», replicó Vivaldo.

A lo cual respondió Don Quijote: «No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos; ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni ménos de los Rebellas y Villanovas de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Zerbino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

Nadie las mueva,
Que estar no pueda con Roldan á prueba.

—Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha; puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos.

—Como eso no habrá llegado», replicó Don Quijote.

Con gran atencion iban escuchando todos los demas la

plática de los dos, y áun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote; sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que, á lo que despues pareció, eran cuál de tejo y cuál de cipres. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos, lo cual visto por uno de los cabreros, dijo : « Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y al pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. » Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña.

Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quijote, y los que con él venian, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Alrededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados; y así, los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al

muerto trujeron dijo á otro: «Mirá bien, Ambrosio, si es éste el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

—Este es, respondió Ambrosio; que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.» Y volviéndose á Don Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: «Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.

—De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien ordena lo que va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que dais el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido; que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo, en los tiempos que están por venir, á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida; de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Há poco supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado; y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos ¡oh discreto Ambrosio! (á lo ménos yo te lo suplico de mi parte) que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.»

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano

y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo: « Por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de abrasar los que quedan, es pensamiento vano.»

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título: *Cancion desesperada.*

Oyólo Ambrosio y dijo: « Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leedle de modo que seais oido; que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.

—Eso haré yo de muy buena gana», dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él, leyendo en voz clara, vió que así decia:

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un són doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza;
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados, por mayor tormento,

Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oido,
No al concertado són, sino al rüido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale, y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar; el triste canto
Del infamado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un són de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos;
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas;
Que allá se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
O ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
O adonde el sol jamas mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libio llano;
Que, puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia,
O verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor más fuerte;

Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte;
En todo hay cierta, inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto;
Y en el olvido, en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo, desesperado, la procuro;
Antes, por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el desengaño está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas
¡Oh amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira!
¡Oh, del reino de amor fieros tiranos,
Celos! ponedme un hierro en estas manos;
Dame, desden, una torcida soga...
Mas ¡ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es más libre el alma más rendida
A la de amor antigua tiranía;
Diré que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que, en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene:
Y con esta opinion y un duro lazo,

Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
A la cansada vida que aborrezco;
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco;
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas;
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos;
Antes con risa, en la ocasion funesta,
Descubre que el fin mio fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Ixïon no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto;
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas,
Al cuerpo, á quien se niegue aún la mortaja;
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil mostros,
Lleven el doloroso contrapunto;
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.

Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura, no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian, la cancion de Grisóstomo; puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido, del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela; á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los más escondidos pensamientos de su amigo : « Señor, para que os satisfagais desa duda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa... la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

—Así es la verdad », respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella), que improvisamente se les ofreció á los ojos; y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo : « ¿Vienes á ver por

ventura ¡oh fiero basilisco destas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Neron, el incendio de tu abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Servio Tulio? Dínos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas; que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que, áun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

—No vengo ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos; que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostrais, decis, y áun quereis, que esté yo obligada á amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más, que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir : Quiérote por hermosa; hasme de amar, aunque sea feo. Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los

deseos; que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habian de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y, segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene (puesto que con ella mata), por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda; que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas

comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léjos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el sí de ninguno dellos, bien se puede decir que ántes le mató su porfía que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino! Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su culpa se me dé á mí la pena. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo, áun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan en su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama

fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llame ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, no los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera; que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á éste, ni solicito aquél; ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene; tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. »

Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido; lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo : « Ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir

á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; á cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo; pues merece que en él halle estima la que con tan honesta intencion vive. »

O ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que habia de decir desta manera :

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva, hermosa, ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en

cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones y malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que, así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela; y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado, lleno de fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto, que les convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho; y dejando al jumento y á Rocinante

á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que muy pocas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy al propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas; y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotico algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que, á lo que pareció, debian de tener más gana de pacer que de él, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que á pocos lances le rompieron las cinchas, y quedó sin silla, en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué, que, viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron, mal parado, en el suelo.

Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: « A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea; dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y áun quizá no somos sino uno y medio!

—Yo valgo por ciento», replicó Don Quijote; y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y, á las primeras, dió Don Quijote una cuchillada á uno, que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo; y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que áun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza; y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: «¡Señor Don Quijote! ¡Ah señor Don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida

del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano: quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas.

—Pues á tenerla yo aquí ¡desgraciado yo! ¿qué nos faltaba! respondió Don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

—Pues ¿en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo; que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así, creo que, en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es, que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ello, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder; que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.» Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno.

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: «Señor, yo soy

hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: así que, séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta, ora baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna.»

Lo cual oido por su amo, le respondió: «Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo, para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometidas, ¿qué seria de tí, si, ganándola yo, te hiciese señor della! Pues lo vendrias á imposibilitar, por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.

—En éste que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que

vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamas tal creí de Rocinante; que le tenia por persona casta, y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas!

—Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir, de puro enojo.»

A esto replicó el escudero: «Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

—Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni ménos están en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como

lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado; y estos mesmos se vieron ántes y despues en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo, Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio; y áun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los piés en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de piés y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que mayores afrentas son las que éstos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas; que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traian, con que nos machacaron, no eran otras que sus

estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal.

—No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apénas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los piés, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso, te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma.

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, áun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponernos en buen término siquiera.

—Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote; que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante; que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

—No hay que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballería andante: de lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote; dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Roci-

nante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis feridas; y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

—Verdad será que ese viejo iria á placer, como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.»

A lo cual respondió Don Quijote : « Las feridas que se reciben en las batallas, ántes dan honra que la quitan : así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme, de la manera que más te agradare, encima de tu jumento; y vamos de aquí ántes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

—Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

—Eso es, dijo don Quijote, cuando no pueden más, ó cuando están desfavorecidos en sus amores; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora; y uno destos fué Amadis, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, no sé si ocho años ú ocho meses; que no estoy muy bien en la cuenta : basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

—Aun ahí seria el diablo», dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo destraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó, poco más á ménos, hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, áun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de Don Quijote, habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar á ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguacion, con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y

se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego á curar á Don Quijote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto la cargaban, le hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchon que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años; en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quijote, que sólo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que, á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó Don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritórnes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecian golpes que caida.

«No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y cada uno habia hecho su

cardenal»; y tambien le dijo: «Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas; que no faltará quien las haya menester; que tambien me duelen á mí un poco los lomos.

—Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer.

—No caí, dijo Sancho Panza, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

—Bien podrá ser eso, dijo la doncella; que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido.

—Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor Don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero! preguntó la asturiana Maritórnes.

—Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.

—¡Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos! respondió Sancho Panza; pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun condado!

—Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea; y tal vez hay, que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quijote sana desta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España.»

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote; y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: «Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo miéntras la vida me durare; y ¡pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes! que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.»

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritórnes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le

dejaron, y la asturiana Maritórnes curó á Sancho, que no ménos lo habia menester que su amo.

Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego, junto á él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenia una estera de enea y una manta, que ántes mostraba ser de anjeo tundido que de lana; sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, y que eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y áun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apénas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignoran-

cia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquél del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas!* y ¡con qué puntualidad lo describen todo!

Digo, pues, que, despues de haber visitado el arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado; y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y Don Quijote, con el de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que, colgada en medio del portal, ardia.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y

la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apénas llegó á la puerta, cuando Don Quijote la sintió; y sentándose en la cama, á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido, topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama; tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia; y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció un olor suave y aromático que arrojaba de su boca; y finalmente, él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que él habia leido en sus libros, de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura.

Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le co-

menzó á decir: « Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho donde yago, tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y más, que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que, si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. »

Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió; estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decia, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero, como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenella; pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y

de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza.

La moza, viendo que su amo venia, que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que, aunque mal, ya dormia; y allí se acorrucó y se hizo un ovillo.

El ventero entró diciendo: «¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.»

En esto despertó Sancho; y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritórnes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritórnes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama; dejando á Don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así, como suele decirse, «el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo

bueno, que al ventero se le apagó el candil; y como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que adoquiera que ponian la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento, diciendo: «¡Ténganse á la justicia! ¡ténganse á la Santa Hermandad!» Y el primero con quien topó fué con el apuñeado Don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «¡Favor á la justicia!» Pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores; y con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo: «Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie; ¡que han muerto aquí á un hombre!»

Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió á buscar luz, para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia; y fuéle forzoso al cuadrillero acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió otro candil.

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó Don Quijote que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote; y con el mismo tono de voz con que el dia ántes le habia llamado á él su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: «Sancho amigo ¿duermes? ¿duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir, pesia á mí! respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.

—Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quijote; porque, ó yo sé poco, ó este castillo es encantado; porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte.

—Sí juro, respondió Sancho.

—Dígolo, replicó Don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie.

—Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!

—¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad!

—No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas.

—Sea por lo que fuere, dijo Don Quijote; que más fio

de tu amor y de tu cortesía; y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer; y por contártela en breve, sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que, envidioso el diablo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios; sin que yo la viese ni supiese por dónde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer, cuando los arrieros, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco, respondió Sancho; porque más de cuatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á ésta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos! Aun vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida! ¡Des-

dichado de mí y de la madre que me parió! que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.

—Luego ¿tambien estás tú aporreado? respondió Don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje! dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo, dijo Don Quijote; que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.»

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza, y el candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: «Señor, ¿si será éste á dicha el moro encantado, que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro, respondió Don Quijote; porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho; si no, díganlo mis espaldas.

—Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ése para creer que éste que se ve sea el encantado moro.»

Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que áun Don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: «Pues ¿cómo va, buen hombre?

—Hablara yo más bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos. ¿Usase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero!»

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y alzando el candil con todo su aceite, dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó medio descalabrado; y como todo quedó á escuras, salióse luego; y Sancho Panza dijo: « Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

—Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con encantados; que, como son invisibles y fantásticos, no hallaremos de quién vengarnos, aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. »

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba el diálogo, le dijo: « Señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama, mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. »

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel

buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos; y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo; y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero; que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba; y así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido, casi media azumbre; y apénas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago; y con las ánsias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio

podia acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco ménos que su amo. Es, pues, el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo; y así, primero que vomitase, le dieron tantas ánsias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado.

Viéndole así Don Quijote, le dijo: «Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

—Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?»

En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubria, fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que, no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida; duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero Don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que

todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó el jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno; púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta, asió de su trancon, que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas; y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas; á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: « Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida; si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías; recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo, por la Orden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. »

El ventero le respondió con el mismo sosiego: « Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me

vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen; sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

—Luego ¿venta es ésta! replicó Don Quijote.

—Y muy honrada, respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote; que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga; que yo no puedo contravenir á la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: páguese me lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

—Vos sois un sandio y mal hostalero», respondió Don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor

no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razon corria por él como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida; porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales, que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la gente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope

llegó á la venta; y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que áun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que, de puro cansados, le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: « Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas, sanarás sin duda.»

A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: « Por dicha, ¿hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de ántes? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí. » Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le trujese de vino, y así

lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y léjos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno; y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo, marchito y desmayado, tanto, que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo : «Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo! Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro, por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que

yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—Tambien me vengara yo, si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero; pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres; que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pié derecho; y lo que seria mejor y más acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de ven-

cer una batalla y al de triunfar de su enemigo! Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamas hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y áun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos; que despues acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos; y áun podria ser que me deparase la ventura aquélla de Amadis cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque, fuera de que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo; y á los escuderos... que se papen los duelos.

—No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote; que mejor lo hará el cielo contigo.»

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo : «Este es el dia ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; éste es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es causada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.»

Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle : «Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué! dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.

—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.

—¡Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin! y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle, despues de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que áun corre peligro Rocinante no le trueque

por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.»

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran bien las dos manadas, que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: «Aquel caballero, que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata. El otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia. El otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido, Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado, con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe.

El otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Piérres Papin, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Esparraguilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.* » Y desta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: « Este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los medos; los partos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios

campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza, á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubria á ninguno, le dijo: «Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo ménos yo no los veo: quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso! respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros»; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las co-

sas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo; que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.» Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace! ¡Pecador soy yo á Dios!»

Ni por esas volvió Don Quijote; ántes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana.»

Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dábanle voces, que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras; ántes, discurriendo á todas partes, decia: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí; que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta.»

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer. Viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: «¿No le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese? ¿que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, San-

cho, por mi vida, porque te desengañes, y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como, en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero... Pero no vayas ahora; que he menester tu favor y ayuda : llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguna en la boca. »

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca; y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

« ¡Santa María! dijo Sancho : y ¿qué es esto que me ha sucedido! Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. » Pero reparando un poco más en ello, echó de ver, en la color, sabor y olor, que no era todo sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo; y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los

dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole Don Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo: «Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no! respondió Sancho: por ventura el que allá mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que aquí me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho! dijo Don Quijote.

—Sí que me faltan, respondió Sancho.

—Dese modo, no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quijote.

—Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.

—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.

Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar (y más andando tan en su servicio como andamos), pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y injustos.

—Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.

—De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote; porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

—Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guia tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos. Pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta; que allí siento el dolor.»

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: «¿Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma, alguna.

—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna; que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba; que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la caballería. Sube, amigo, y guia; que yo te seguiré al paso que quisieres.»

Hízolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que les sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

«Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras, que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la Orden de caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro; que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razon, Sancho, dijo Don Quijote; mas, para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto que, por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda; que modos hay de composicion en la Orden de la caballería para todo.

—Pues ¿juré yo algo por dicha! respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote; basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro; y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento: quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y áun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.»

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del

camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen; y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre; que, con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y miéntras más se llegaban, mayores parecian; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo: «Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! respondió Sancho. Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran!

—Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las

paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?

—Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place», respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser; y de allí á muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente descubrieron que detras de los encamisados venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas; que bien conocieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision, á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y áun en el de su amo; y así fué que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo; lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas, donde debia de ir al-

gun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: «Deteneos, caballeros, ó quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais y qué es lo que en aquellas andas llevais; que, segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado; y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léjos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís»; y picando la mula, pasó adelante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: «Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.»

Era la mula asombradiza; y al tomarla del freno, se espantó de manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño por las ancas, y consigo en el suelo. Un mozo, que iba á pié, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzon, arremetió al mozo enlutado y mal sufrido, y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba; que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin

armas; y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo, envueltos y revueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover: así que, muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: « Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba una hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote; y llegándose á él, le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataria.

A lo cual respondió el caido: « Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna quebrada. Suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio; que soy licenciado, y tengo las primeras Ordenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traido aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor? replicó el caido: mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denántes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y

llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcobéndas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once, sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató? preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller.

—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha Nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el Bachiller, pues á mí, de derecho, me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquesas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando,

cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo: y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos Satanases del infierno; que por tales os juzgué y tuve sin duda.

—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan?»

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado, desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de una loba que halló en el suelo, y recogiendo todo lo que pudo, y cupo en ella, la ató, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberles hecho.

Díjole tambien Sancho: «Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.*»

Con esto se fué el Bachiller. Olvidábaseme de decir que ántes dijo á Don Quijote: «Advierta vuestra merced que

queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo*, etc.

—No entiendo ese latin, respondió Don Quijote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto más, que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo: y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruí Díaz cuando quebró la silla del Embajador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó; y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.»

En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra; y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura*, más entónces que nunca.

—Yo se lo diré, respondió Sancho; porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante; y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamas he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso, respondió Don Quijote, sino que al sabio, á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Doncellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por

estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra: y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

— No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho; sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren; que sin más ni más, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*: y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. »

Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado.

Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole: « Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y que corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga: no hay que hacer más sino retirarnos con gentil compas de piés; y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura, y el vivo á la

hogaza ». Y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar, le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni áun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

«No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo, que estas yerbas humedece: y así, será bien que vamos un poco más adelante; que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.»

Parecióle bien el consejo á Don Quijote; y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena

quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo, que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba; añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quijote, aconsejado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su adarga, terció su lanzon y dijo: « Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama; y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Ti-

rantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos, las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto, que yo te pinto, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestre : así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no más, despues de los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea; y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia, Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decille : «Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer ésta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie : bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos

vea, ménos habrá quien nos note de cobardes: cuanto más, que yo he oido muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que, no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra, y dejé hijos y mujer, por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más, y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas; pues cuando más vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana; que, á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo; puesto que por buen discurso bien se puede entender que falta poco de aquí al dia.

—Falte lo que faltare, respondió Don Quijote; que no se ha de decir por mí ahora, ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y así, te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en condicion de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aquí; que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto.»

Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: «Ea, señor; que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante: así pues, querer porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon.»

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponia las piernas al caballo, ménos le podia mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease,

creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo : «Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar, respondió Sancho; que yo entretendré á vuestra merced, contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el dia, y punto de acometer ésta tan desemejable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear ó á qué dormir! dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres; que yo haré lo que viere que más viene con mi pretension.

—No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho; que no lo dije por tanto.»

Y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo : tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido; á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oia.

«Pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar, y no me van á la mano, es la mejor de las historias : y estéme vuestra merced atento; que ya comienzo. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien le fuere á buscar... Y advierta vues-

tra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera; que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice : *Y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote; y del camino que hemos de seguir, déjame á mí el cuidado.

—Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo (quiero decir que guardaba cabras), el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

—Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

— De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas; y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quisieres, respondió Don Quijote; que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y

tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—Luego ¿conocístela tú? dijo don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo. Así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales, que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas. La Torralba, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, más que nunca le habia querido.

—Esa es natural condicion de mujeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

—Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion; y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralba, que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde léjos, con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas llevase lo que llevase (que yo no me quiero meter ahora en averiguallo), sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Gua-

diana; y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre; y por la parte que llegó, no se veia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte; de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralba venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador, que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra; y con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra; volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra... Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto, volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote: no andes yendo y viniendo desa manera; que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.

—Yo ¿qué diablos sé! respondió Don Quijote.

—Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues, por Dios, que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso! respondió Don Quijote. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir; y á fe que era de mucha verdad y contento.

—De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada.

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamas se podrá ver, ni habrá visto en toda la vida; aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir; que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante.» Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser, ó que del frio de la mañana, que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana,

tampoco era posible: y así, lo que hizo, por bien de paz, fué soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo más que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero, con todas estas diligencias, fué tan desdichado, que, al cabo, al cabo, vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo.

Oyólo Don Quijote y dijo: «¿Qué rumor es ése, Sancho?

—No sé, señor, respondió él: alguna cosa mala debe de ser; que las aventuras y desventuras nunca comienzan para poco.»

Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como Don Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apénas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: «Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo, respondió Sancho; mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quijote.

—Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mia; que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho», respondió Don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas, viendo Sancho que á más andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo, pues, Don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura; sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podia causar; y así, sin más detenerse, hizo

sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo más largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que, en lo que tocaba á la paga de sus servicios, no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy más que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza sacó el segundo autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo ménos cristiano viejo; cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia.

Seguíale Sancho á pié, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas,

que más parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que áun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios, que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Unos cien pasos serian los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido... Y eran (si no lo has ¡oh lector! por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don

Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga : « Has de saber ¡oh Sancho amigo! que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro : yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos »; y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales, que si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo : « Sosiéguese vuestra merced; que, por Dios, que me burlo.

—Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre : ¿paréceos á vos que si, como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo, como soy, caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? Y más, que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos; y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

—No haya más, señor mio, replicó Sancho; que yo confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido?... á lo ménos el que yo tuve; que de vuestra merced, ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse; que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas.

—A lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oido decir: «Ese te quiere bien que te hace llorar»; y más, que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas; aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme.

—Tal podria correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo; y en

verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco; mia, en que no me doy á estimar en más. Sí, que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo, *more turquesco.* Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sólo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia! De todo lo que he dicho, has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho.

—Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir á lo de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir.

—No creo yo, respondió Don Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieran á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podia suceder; que áun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima

en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en éste no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.

—Desa manera, replicó Don Quijote, vivirás largo tiempo sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen. »

CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en las casillas de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote, por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y apénas le hubo visto, cuando alegre se volvió á Sancho y le dijo : « Paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice : « Donde una

puerta se cierra, otra se abre. » Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho; que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.

—¡Válate el diablo por hombre! replicó Don Quijote: ¿qué va de yelmo á batanes!

—No sé nada, respondió Sancho; mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote. Dime: ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio, rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo ú columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ése es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar de tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo, que tanto he deseado.

—Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho;

mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso, más eso de los batanes, dijo Don Quijote; que ¡voto... y no digo más, que os batanee el alma!»

Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliese el voto; que le habia echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él, sí; y así, el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el Barbero, y traia una bacía de azófar; y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover; y porque no se le mojase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza; y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y ésta fué la ocasion por que á Don Quijote le pareció caballo rucio, rodado, y caballero y yelmo de oro; que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre Barbero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: «Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe.»

El Barbero, que, tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir

aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe del lanzon, sino fué el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento.

Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido.

Mandó á Sancho que alzase el yelmo; el cual, tomándole en las manos, dijo: « Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí »; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje; y como no se le hallaba, dijo: « Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es que le falta la mitad. »

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.

« ¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote.

—Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la una mitad para aprovecharse del precio,

y de la otra mitad hizo ésta, que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere; que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutacion; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni áun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entre tanto la traeré como pudiere; que más vale algo que nó nada: cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

—No me da mucha pena el haberle perdido; que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.

—Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere, ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto más, que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada; que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

—Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla

quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo; que, á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena... la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene »; y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes.

Y dijo Sancho: « Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas los estacazos de los yangüeses. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio, rodado (que parece asno pardo), que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que, segun él puso los piés en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas; y ¡para mis barbas, si no es bueno el rucio!

—Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié; si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea; que, como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él.

—Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería,

pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro: y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera.

—En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote; y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.

—Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester más.» Y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian, por el miedo en que los habian puesto. Cortada, pues, la cólera, y áun la malenconía, subieron á caballo; y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y áun la del asno, que siempre le seguia, por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía; con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura, sin otro designio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: «Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia, que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola, que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse.

—Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos; que ninguno hay gustoso, si es largo.

—Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpétuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen : y así, me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar, á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpétua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones.

—No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en probacion, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la Corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces diciendo: « Este es el caballero del Sol (ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes

hazañas); éste es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno, de la gran fuerza; el que desencantó al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años. » Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos; y luego, al alboroto de los muchachos y de la demas gente, se parará á las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reino; y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: « Ea, sús, salgan mis caballeros, cuantos en mi Corte están, á recebir á la flor de la caballería, que allí viene »; á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puedan hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana; y sin saber cómo, ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ánsias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reina é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los cir-

cunstantes; y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña, que, entre dos gigantes, detras del enano, viene con cierta armadura, hecha por un antiquísimo sabio, que al que le asentare, será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno se dará maña á ponérsela encima, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro, tan poderoso como él; y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face; y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas del aposento donde ella duerme, que caen á un jardin, por las cuales ya otras muchas veces la habrá fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho, porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos, por la honra de su señora; finalmente, la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la Princesa que se de-

tenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará para acabar la vida. Vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir, del dolor de la partida; madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reina y de la Infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no; asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero, sino en sujeto real y grave; consuélase con esto la cuitada, y procura contenerse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la Corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer, en pago de sus servicios: no se la quiere dar el Rey porque no sabe quién es; pero, con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la Infanta, queda rey el caballero, en dos palabras. Aquí entra luego el

hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal...

—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura.*

—No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote; porque del mesmo modo, y por los mesmos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Sólo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto; pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la Corte. Tambien me falta otra cosa: que, puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podrá hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo ménos primo segundo de emperador; porque no me querrá el Rey dar á su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos: así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descenden-

cia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al reves; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron; y podria ser yo destos y que, despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el robarla y llevarla donde más gusto me diere; que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

—Ahí entra tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: «No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza»; aunque mejor cuadra decir: «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.» Dígolo porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregalle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces, y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.

—Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote.

—Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino en-

comendarnos á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor la encaminare.

—Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester; y ruin sea quien por ruin se tiene.

—Sea por Dios, dijo Sancho; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde, esto me basta.

—Y áun te sobra, dijo Don Quijote; y cuando no lo fueras, no hacia nada al caso; porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada; porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero: y digan lo que dijeren; que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

—Y ¡montas, que no sabria yo autorizar el litado! dijo Sancho.

—Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo.

—Sea así, respondió Sancho Panza. Digo que le sabria bien acomodar; porque, por vida mia, que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas, á uso de conde extranjero! Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.

—Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo; que, segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

—¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero y

tenerle asalariado en casa? Y áun si fuere menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

—Pues ¿cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballerizos?

—Yo se lo diré, respondió Sancho. Los años pasados estuve un mes en la córte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél; respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

—Digo que tienes razon, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y áun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde.

—Así será», respondió Don Quijote; y alzando los ojos, vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII.

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce y nunca imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, Don Quijote alzó los ojos y vió que, por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos.

Venian asimismo con ellos tres hombres de á caballo y dos de á pié: uno de á caballo con escopeta de rueda, y los demas con dardos y espadas; y así como Sancho Panza los vió, dijo: «Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras.

—¿Cómo, gente forzada! preguntó Don Quijote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que, por sus delitos, va condenada á servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolucion, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

—Así es, dijo Sancho.

—Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecu-

cion de mi oficio : desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.»

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba á galeras; y que no habia más que decir, ni él tenia más que saber.

«Con todo eso, replicó Don Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.»

Añadió á éstas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo : «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos á sacarlas ni á leellas : vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos; que ellos lo dirán, si quisieren; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.»

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.

El respondió que por enamorado.

«¿Por eso no más! replicó Don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias há que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced

piensa, dijo el galeote; que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, á no quitármela la justicia por fuerza, áun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas? preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras», respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo: «Este, señor, va por canario... digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo! replicó Don Quijote: por músicos y cantores ¿van tambien á galeras?

—Sí, señor, respondió el galeote; que no hay peor cosa que cantar en el ánsia.

—Antes he oido yo decir, dijo Don Quijote, que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al reves, dijo el galeote; que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo», dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: «Señor caballero, cantar en el ánsia significa entre esta gente *non sancta* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias; y por haber confesado, le condenaron por seis años á galeras, amén de docientos azotes, que ya lleva en las espaldas; y va siempre

pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y acriminan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un *no* como un *sí*, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así», respondió Don Quijote, el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: «Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia y basta.»

Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: «Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido, en pompa y á caballo.

—Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

—Así es, replicó el galeote; y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y áun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

—A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahueteo limpio, no merecia él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas; porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida; y áun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarian muchos males, que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más á ménos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la más necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar; sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero... aunque bien

sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce : lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

— Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero, que no tuve culpa; en lo de alcahuete no lo puedo negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello; que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo, para dejar de ir á donde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato »; y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna.

Pasó adelante Don Quijote, y preguntó á otro su delito : el cual respondió con no ménos, si no con mucha más gallardía que el pasado : « Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias; finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare : probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí... castigo es de mi culpa : mozo soy, dure la vida; que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caba-

llero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. » Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco. Venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié, tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera, que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos.

Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.

Respondióle la guarda que porque tenia aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir.

« ¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido más pena que echarle á las galeras?

—Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil : no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor Comisario, dijo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo; y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

—Hable con ménos tono, replicó el Comisario, señor ladron de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—Pues ¿no te llaman así, embustero? dijo la guarda.

—Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios; que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad, dijo el Comisario; que él mesmo ha escrito su historia, que no hay más que ver, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.

—Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos ducados.

—¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.

—Es tan bueno, respondió Gines, que ¡mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren! Lo que le sé decir á voacé es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote.

—*La vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo.

—Y ¿está acabado? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si áun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto, que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quijote.

—Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines; y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que seria menester; aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

—Hábil pareces, dijo Don Quijote.

—Y desdichado, respondió Gines; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen á los bellacos, dijo el Comisario.

—Ya le he dicho, señor Comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco; que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, si no para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda; si no, ¡por vida de... Basta; que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor: y caminemos; que ya es mucho regodeo éste.»

Alzó la vara en alto el Comisario para dar á Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho

que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: « De todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades; todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y áun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y Comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de

grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza.

—¡Donosa majadería! respondió el Comisario. ¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato.

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco», respondió Don Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados.

Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes, que se desataban, ya por acometer á Don Quijote, que los atendia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado; y arremetiendo al Comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de

la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes; y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la Sierra, que estaba cerca.

« Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga»; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al Comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda, para ver lo que les mandaba, y así les dijo : « De gente bien nacida es agradecer los beneficios que recibe, y uno de los pecados que más á Dios ofenden es la ingratitud. Dígolo porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recebido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero, el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura. »

Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo : « Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas

de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced; y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que áun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues ¡voto á tal, dijo Don Quijote (ya puesto en cólera), don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas!»

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros; y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con el adarga, y el pobre de Rocinante no hacia más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apénas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro

golpes en el espaldar y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querrian quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, dejándole en pelota; y repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron, cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que áun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos; Rocinante, tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote, mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: «Siempre, Sancho, lo he oido decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar desde aquí para adelante.

—Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se

excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da á ella, por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero, porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion: que jamas, en vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello; y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres: y no me repliques más; que en sólo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, lo cual parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad, que dices, y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete Macabeos, y á Cástor y á Pólux, y áun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á las fuerzas, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sí-

game; que el caletre me dice que hemos menester ahora más los piés que las manos. »

Subió Don Quijote, sin replicarle más palabra; y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.

Así como Don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado; y así, iba tras su amo, sentado á la mujeriega sobre su jumento, sacando de su costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto, que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y cuando llegó, fué á

tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos; y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta estaba cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro. Y así como los vió, dijo: «¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura, que sea de provecho!» Y buscando más, halló un librillo de memoria, ricamente guarnecido: éste le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced; y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra; y salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron á enterrar en ésta tan escondida parte.

—No puede ser eso, respondió Sancho; porque, si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices, dijo Don Quijote; y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Abrióle, y lo primero que halló en él, escrito como en

borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género más duro de tormento.
Pero, si Amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un dios no sea cruel: pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento!
Si digo que sois vos, Fili, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta rüina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto;
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

«Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada; si ya no es que por ese hilo que está ahí, se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote.

—Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí *hilo*.

—No dije sino *Fili*, respondió Don Quijote; y éste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

—Luego ¿tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas?

—Y más de lo que tú piensas, respondió Don Quijote; y veráslo cuando lleves una carta, escrita en verso de arriba abajo, á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que

sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades (ó gracias, por mejor decir) son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

—Lea más vuestra merced, dijo Sancho; que ya hallará algo que nos satisfaga.»

Volvió la hoja Don Quijote, y dijo: «Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote.

—Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho; que gusto mucho destas cosas de amores.

—Que me place», dijo Don Quijote; y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á »parte, donde ántes volverán á tus oidos las nuevas de mi »muerte que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡oh »ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más que »yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no en»vidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo »que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por »ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres »mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el »cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubier»tos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y »yo no tome venganza de lo que no poseo.»

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote: «Ménos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algun desdeñado amante»; y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento; y aunque no halló más de lo ya hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero, como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquél que Rocinante queria (que era por donde él podia

caminar), siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figurósele que iba medio desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los piés descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos le cubrian unos calzones, al parecer, de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traia la cabeza descubierta; y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar aprisa por aquellas asperezas, y siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquél era el dueño del cojin y de la maleta; y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle; y así, mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña; que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les habia quitado de delante.

«No podré hacer eso, respondió Sancho; porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será, dijo el de la Triste Figura; y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te

ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela: quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.»

A lo que Sancho respondió: «Harto mejor seria no buscalle; porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el Rey me hacia franco.

—Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote; que ya que hemos caido en sospecha de tener el dueño casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselo; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo.»

Y así, picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caida muerta, y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada: todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle

que bajase donde estaban. El respondió á gritos que quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras, ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darian buena cuenta.

Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo: «Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla, que no léjos deste lugar hallamos.

—Tambien la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta all hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho; que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba; que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote: ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses, poco más á ménos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta, que decis que hallastes y no tocastes. Preguntónos

que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida; dijímosle que era ésta donde ahora estamos; y es ansí la verdad, porque si entrais media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la Sierra; y desde entónces nunca más le vimos, hasta que, desde allí á algunos dias, salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada, se llegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á emboscar en la Sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos, metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte, que apénas le conocimos; sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente; y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte; porque así le convenia, para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él; pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento,

sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos; porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon del asalto pasado, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos, si en él no le acompañáramos, considerando cómo le habíamos visto la vez primera, y cuál le veíamos entónces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró, enmudecióse, y clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque, por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á

puñadas y á bocados; y todo esto hacia diciendo: «¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste; estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño»; y á éstas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido.

»Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre; y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite si no lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos, yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallemos; y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto

es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez »; que ya le habia dicho Don Quijote cómo habia visto pasar aquel hombre saltando por la Sierra; el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle.

Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció (por entre una quebrada de la Sierra, que salia donde ellos estaban) el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto más de léjos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que, llegando cerca, vió Don Quijote que un coleto hecho pedazos, que sobre sí traia, era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no ménos comedimiento; y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote *el de la Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando, como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de

ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijoté lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que Don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el cual, principiando su plática, dijo: «Por cierto, señor, quien quiera que seais (que yo no os conozco), yo os agradezco la amistad y la cortesía que conmigo habeis usado; y quisiera yo hallarme en términos, que con más que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa, con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo, respondió Don Quijote, son de serviros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podria hallar algun género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera; que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y jun-

tamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha traido á vivir ó á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ajeno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro, añadió Don Quijote, por la Orden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante (si en esto, señor, me complaceis), de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido.»

El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo; y despues que le hubo bien mirado, le dijo: «Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios, que me lo den; que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.»

Luego sacaron, Sancho de su costal y el cabrero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que, á la vuelta de una peña, poco desviado de allí estaba. En llegando á él, se sentó en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: «Si gustais, señores, que os

diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ése se quedará lo que fuere contando.»

Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo: «Esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que de añadir otras de nuevo; y miéntras ménos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas; puesto que no dejaré por contar cosa alguna, que sea de importancia para satisfacer del todo á vuestro deseo.»

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demas, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

«Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo

que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello; porque bien veian que cuando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella tanto el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que, por buenos respetos, estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion más determinada y la lengua más atrevida.

»¡Ay, cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que, siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agra-

decí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese; y con este intento, luego, en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual ántes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: « Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. » Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía.

» Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde el Duque estaba; que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decia: « De aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y da gracias á Dios, que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces »: añadió á éstas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darle estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil de fiel amor. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba; fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela

los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; que, aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que don Fernando me queria y trataba.

»Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora, vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia, ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlos y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle, y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el

Duque venia; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que daria él al Duque, de que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo.

»Apénas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi aficion... aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor... quiero decir, que así como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion.

»Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase; venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta, por mi mal, á don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada; cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana, por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla en signo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo que á mí me celaba, y al cielo á solas descubria, quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que, puesto que yo veia con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer y á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática, aunque la trujese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo

eso, me hacia temer mi suerte en lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho : acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer (de quien era ella muy aficionada), me escribió un billete diciéndome que la pidiese á su padre por esposa, y lo puso, y lo halló luego don Fernando, dentro del libro, que era el de *Amadis de Gaula*...»

No hubo bien oido Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo : « Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que con sólo haber entendido su aficion, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado, junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no durará más en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea; que allí le podré dar más de cien libros,

que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida... aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores... y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interromper su plática; pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ello, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.»

En tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: «No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madásima.

—Eso no ¡voto á tal! respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre); y ésa es una muy gran malicia, ó bellaquería, por mejor decir. La reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como más gusto le diere.»

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madásima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho; y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa, de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decia Sancho, asido con el cabrero: «Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste,

que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado.

—Así es, dijo Don Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.»

Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle, ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo de la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: «Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es en-

terrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, morrillazos y puñadas; y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea así, dijo Sancho: hable yo ahora; que despues, Dios sabe lo que será. Y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara por ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y áun más de seis torniscones.

—A fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabad, que el

loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que, cuando lo dijo, ya estaba sin juicio.

—Eso digo yo, dijo Sancho: que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, ¡buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda! Pues ¡montas, que no se librara Cardenio por loco!

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades (que las tuvo muchas); y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba: y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

—Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan; con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto más, que

desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que de Dios dijeron.

—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas! Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería; que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual, despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote; porque te hago saber que no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

—No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de

tal manera podia correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia! dijo Sancho.

—Sí, dijo Don Quijote; porque, si vuelves presto de donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de las más perfectos caballeros andantes... no he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el fénix de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal año y mal mes para don Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo! porque se engañan, juro, cierto. Digo asimismo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulíses, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitan; no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dar ejemplo á los venideros hombres, de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera del amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el

caballero andante que más le imitare, estará más cerca de alcanzar la perfecion de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido. Así que, me es á mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en éste tan remoto lugar?

—¿Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, qué! Quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil violencias, dignas de eterno nombre y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ú Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren ser más esenciales; y podria ser que viniese á contentarme con

sólo la imitacion de Amadis, que, sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados, y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?

—Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado! Cuánto más, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia, Dulcinea del Toboso; que, como ya oiste decir á aquel pastor de márras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras; y siéndolo, no sentiré nada: así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que

le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.»

A lo cual respondió Sancho: «¡Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de cuatro horas, ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me hiciere tanta gracia que algun dia me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mesmo que denántes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Que es posible que, en cuanto há que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves! Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á tí te parece bacía de barbero, me pa-

rece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo; que por ahora no le he menester; que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldan que á Amadis. »

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y áun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba; y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena, por virtud y locura de Don Quijote, se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas; y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines,

que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese, se halló bien léjos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque echó ménos su Rucio; el cual, viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo; y fué de manera, que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: «¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada dia mediaba yo mi despensa!»

Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de asnos, para que le diesen tres en su casa, de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia; y cargando con todo aquello que habia de llevar el Rucio, merced á Ginesillo de Pasamonte, siguió á pié á su amo por donde Rocinante le llevaba, hasta que en diversas pláticas llegaron al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacian

el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: «Este es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto; éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos sospiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh vosotras, Napeas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canseis de oilla. ¡Oh Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad! dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. ¡Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos! toma bien en la me-

moria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello »; y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas le dijo : « Libertad te da el que sin ella queda ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres; que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. »

Viendo esto Sancho, dijo : « ¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio! que á fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para qué; que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria ; y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta; que si la hago á pié, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolucion, soy mal caminante.

— Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres; que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

— Pues ¿qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto!

— ¡Bien estás en el cuento ! respondió Don Quijote. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y

darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar.

—Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que á tal peña podria llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y seria yo de parecer que, ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase (pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla), se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon: y déjeme á mí el cargo; que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera seria contravenir á las Ordenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos; y el hacer una cosa por otra lo mesmo es que mentir: así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno, respondió Sancho, que si se perdieran sin él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje; que en sólo oirle mentar se me revuelve el alma, no que el estómago: y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las

locuras que hace; que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho! dijo Don Quijote; mejor hicieras de llamarle infierno, y áun peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien ha infierno, respondió Sancho, *nula es retencio*, segun he oido decir.

—No entiendo qué quiere decir *retencio*, dijo Don Quijote.

—*Retencio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura; pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho.

—Todo era necesario, dijo Don Quijote; y seria bueno,

ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de ciertos árboles ó en unas tablitas de cera; aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien, y áun más que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos; ó si no, cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la dés á trasladar á ningun escribano; que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho.

—Nunca las cartas de amores se firman, respondió Don Quijote.

—Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar; y ésa, si se traslada... dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mesmo librillo firmada, y en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena; porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que á un honesto mirar, y áun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que há que la quiero más que á la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y ésas de léjos; y áun podrá ser que destas cuatro veces no

hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—Ta, ta, dijo Sancho: ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo!

—Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco, dijo Sancho, puesto que nunca la he visto; y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo á qualquier caballero andante ó por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar á unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre; y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino, sólo por vella; que há muchos dias que lo deseo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Qui-

jote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo áun no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo (digo, á la señora Dulcinea del Toboso) de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos, que vuestra merced envia y ha de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo; alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda, por vía de fraternal reprension: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir «este

quiero, aqueste no quiero»; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en Fulano, por idiota que le parezca; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles.» Así que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que celebran damas debajo de un nombre, que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarílis, las Fílis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que los más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para ser queridos; y así, bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y lo del linaje importa poco; que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito; y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas buenas incitan á amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sóbre ni falte nada; y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra

alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere; que, si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos.

—Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno... mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y á Dios, que me mudo.»

Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta; y en acabándola, llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer, porque la tomase de memoria, por si acaso se le perdiese por el camino; que de su desdicha todo se podia temer.

A lo cual respondió Sancho: «Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele; que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate; que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígamela vuestra merced; que me holgaré mucho de oilla; que debe de ir como de molde.

—Escucha; que así dice, dijo Don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO.

»SOBERANA Y ALTA SEÑORA:

»El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas »del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la »salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu

»valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afinca-
»miento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sos-
»tenerme en esta cuita, que, ademas de ser fuerte, es muy
»duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion
»¡oh bella ingrata, amada enemiga mia! del modo que por
»tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si
»no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi
»vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

»Tuyo hasta la muerte,

»*El Caballero de la Triste Figura.*»

—¡Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamas he oido! ¡Pesia á mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere! y ¡qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que trayo.

—Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place, dijo Don Quijote»; y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

«Mandará vuestra merced por ésta primera de pollinos,
»señora Sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de
»los cinco que dejé en casa y están á cargo de vuestra mer-
»ced; los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por
»otros tantos, aquí recebidos de contado; que con ésta, y

»con su carta de pago, serán bien dados. Fecha en las en-»trañas de Sierra Morena, á treinta de Agosto deste pre-»sente año.»

—Buena está, dijo Sancho: fírmela vuestra merced.

—No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y áun para trecientos, fuera bastante.

—Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion; que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras (que las haré en ménos de media hora), porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced; que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que ántes hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento: cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece; y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena res-

puesta del estómago á coces y á bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué, por una... No me lo haga decir la señora, porque, por Dios que despotrique, y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! Mal me conoce; pues á fe que si me conociese, que me ayunase.

—A fe, Sancho, dijo Don Quijote, que, á lo que parece, no estás tú más cuerdo que yo.

—No estoy tan loco, respondió Sancho; mas estoy más colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores?

—No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quijote; porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren; que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.»

A esto dijo Sancho: «¿Sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está escondido.

—Toma bien las señas; que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo Don Quijote; y áun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas: cuánto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo.

—Así lo haré», respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de retama, como su amo se lo habia aconsejado: y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: «Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien; que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decia yo? dijo Don Quijote. Espérate, Sancho; que en un credo las haré.» Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales; y luego sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas, la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco; y así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

FIN DEL TOMO PRIMERO DEL QUIJOTE.

NOTAS.

NOTAS.

1 Portada, líneas 7 y 8.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

La portada de la primera edicion es ésta, fielmente copiada la ortografía :

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año

Aquí la empresa ó escudo del impresor : una mano, y sobre ella un halcon, puesto el capirote : en el suelo, un leon echado.

Al rededor de la empresa : *Post tenebras spero lvcem.*

1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rev nro. señor.

Un tomo en 4.°, de 312 fólios numerados, sin contar los principios, que son : la primera página, para la portada; la segunda, en blanco; la tasa ocupa la tercera; la cuarta, el testimonio de las erratas; quinta y sexta, el privilegio; séptima y octava, la dedicatoria; desde la nona hasta la décimasexta, el prólogo; llenan otras ocho páginas los versos de Urganda, Amadis y demas elogiadores del *Quijote*. Al fin del tomo se advierte que despues del fólio 312 siguen cuatro hojas de texto de la novela, no numeradas, y tampoco lo está la tabla de los capítulos, que ocupa otras cuatro hojas. Los números de la foliatura corresponden á caractéres diferentes : el fólio octavo tiene repetido el número 7; el décimooctavo lleva el número 15, repetido tambien; el vigésimoquinto está señalado con el número 225; el vigésimoséptimo con el número 227; hay dos 182, uno á continuacion de otro, y no hay 183; hay, en fin, dos 311, y no hay 310.

La segunda edicion de Juan de la Cuesta ofrece la misma portada; pero en la línea séptima dice *Conde de Barcelona* en lugar de *Conde de Benalcázar*, y en la décima, *Burgillos* por *Burguillos*. Debajo del escudo ó empresa del impresor se lee : «Con privilegio de Castilla, Aragon y Portugal.»

La errata de *Barcelona* por *Benalcázar* (ó por mejor decir, *Belalcázar*) es muy notable : sabe todo el mundo que el título de *Conde de Barcelona* es propio de los reyes de España.

En la tercera edicion de Juan de la Cuesta se corrigió la errata de *Barcelona*, pero conservaron la de *Burgillos*. A un lado y otro del espacio cerrado con líneas : «Año 1608»; debajo : «Con privilegio de Castilla, Aragon y Portugal.»

Esta nota de privilegio, igual en una edicion de 1605 y en ésta de 1608, contribuyen á probar que fué la primera edicion la de 1605, donde se lee simplemente *con privilegio*. Si al publicar el editor la primera edicion hubiese tenido privilegio para los reinos de Aragon y Portugal, no hubiera omitido circunstancia tan importante : por falta de ella le reimprimieron inmediatamente su libro en Valencia y Lisboa.

La portada de la primera edicion de la Segunda Parte es la que sigue, copia que debemos á la fineza del excelente impresor, señor don Tomás Gorchs, porque el ejemplar de la Academia Española que nos ha sido facilitado carece de la primera hoja y las últimas.

SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QUIXOTE DE LA
MANCHA.

Por Miguel de Ceruantes Saauedra, autor de su primera parte. Dirigida á D. Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade y de Villalua, Marques de Sarria, Gentil hombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça de la orden de Alcantara, Virrey, Gouernador, y capitan general del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

Año Empresa con el lema: POST TENEBRAS SPERO LVCEM. 1615.

CON PRIVILEGIO
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.

2 Portada, línea 9.

Texto corregido con especial estudio de la primera edicion.

Se sigue en ésta la primera edicion de la Primera Parte, pero sin omitir las adiciones de la segunda y la tercera impresion de Juan de la Cuesta. Respecto á la Segunda Parte, no hay que elegir: seguimos la única impresa en vida de CERVÁNTES por el propio Cuesta.

3 Pág. VIII, líneas 12 y 13. (No se cuenta por línea la de letras mayúsculas que llevan, por título general, todas las páginas.)

El Trato de Argel.

CERVÁNTES, en el prólogo á sus *Ocho comedias*, anunció ésta con el título de *Los Tratos de Argel;* en la edicion de Sancha (Madrid, 1784),

donde se publicó, precedida de *El Viaje del Parnaso* y la tragedia de *Numancia*, se titula *El Trato de Argel;* y en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, el título es éste : *Comedia llamada trato de Argel hecha por miguel de Zerbantes questuuo cautiuo en el siete años.* — *Cinco* escribiria CERVÁNTES, con un *cinco* mal hecho, y no *siete;* pues en el prólogo de sus *Novelas* habia declarado que sólo habia permanecido en cautividad *cinco años y medio:* ya se ve aquí la mala suerte de sus papeles, nunca fielmente reproducidos. El cautiverio de MIGUEL DE CERVÁNTES duró cinco años ménos una semana, desde 26 de Setiembre de 1575, hasta 19, tambien de Setiembre, de 1580, habiendo permanecido CERVÁNTES en Argel algun tiempo ademas, probablemente otro medio año, tal vez aguardando á que el padre redentor fray Juan Gil y sus compañeros hubiesen cumplido los empeños piadosamente contraidos para rescatar á nuestro cautivo y á otros con dinero prestado. Véase la *Vida de Miguel de Cervantes* por don Martin Fernandez de Navarrete, la cual suele acompañar á la cuarta edicion del *Quijote*, corregida por la Real Academia Española.

4 Pág. VIII, líneas 3 y 4, contando desde la última del párrafo de enmedio.

Con el apellido de *Saavedra*, que el de Alcalá no tiene.

Era costumbre muy general en España por aquellos tiempos, y lo habia sido en los anteriores, tomar el apellido de alguna persona de la familia, y dejar el de la madre y áun el del padre. La bisabuela de CERVÁNTES, doña Juana de *Avellaneda*, fué hija de don Juan Arias de *Saavedra*, y no se llamó *Saavedra* como su padre, sino *Avellaneda* como su madre. De aquí tomó su segundo apellido CERVÁNTES.

5 Pág. IX, al medio.

Un escritor que ocultó su nombre.

Lo disfrazó llamándose *el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda.* (Véase la nota 2 del tomo IV en esta edicion.) En la dedicatoria al Alcalde, Regidores é hidalgos de Argamasilla, patria de Don Quijote, pide Avellaneda que admitan bajo su proteccion el libro y *el celo* de quien le ha trabajado, *contra mil detracciones;* y dice en el prólogo que es ménos *cacareado y agresor* de sus lectores, que el de CERVÁNTES. «Esta historia (añade) se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que á su *mano* llegaron; y digo *mano*, pues confiesa de sí que sólo tiene *una;* y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su *Segunda Parte;* pues no podrá, por lo ménos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa licion de los vanos libros de ca-

ballerías, tan ordinaria entre gente rústica y ociosa; si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender *á mí*, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é inumerables comedias, con todo el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.»

«...He tomado por medio entremesar la presente comedia con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie ni de hacer ostentacion de sinónomos voluntarios... Y pues MIGUEL DE CERVÁNTES es ya de viejo como el castillo de San Cervántes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, habia de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizas que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura (y ¡plegue á Dios áun deje ahora, que se ha acogido á la Iglesia y sagrado!), conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus novelas; no nos canse. Santo Tomás... enseña que la envidia es tristeza del bien y aumento ajeno... (Siguen unas líneas en que se nombra á San Juan Damasceno, San Gregorio, Job y San Pablo.) Pero disculpa los yerros de su Primera Parte en esta materia (no se aludirá á la primera parte de Santo Tomás ni de los otros cuatro santos que se nombran despues) haberse escrito entre los de una cárcel: y así no pudo dejar de salir tiznada dellos, ni salir ménos que quejosa, mormuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados. En algo diferencia esta Parte de la Primera suya, porque tengo opuesto humor tambien al suyo.»

De este Prólogo sacamos en limpio que el supuesto Alonso Fernandez de Avellaneda escribió la continuacion del *Quijote* para defenderse á sí propio y defender á Lope de Vega de ofensas, murmuraciones y *detracciones* de CERVÁNTES: el autor fecundo, tan celebrado en las naciones extranjeras y en España por sus innumerables comedias, no puede ser otro que Lope. Aquel murmurar, aquellas detracciones, aquellas ofensas, deben entenderse con relacion al saber y al ingenio del uno y del otro; con relacion á sus escritos, y no á su conducta: no habia entónces periódicos donde reñir literariamente, y los autores se valian de las comedias ó de los libros para el ataque y para la defensa. No sabemos en qué habria ofendido CERVÁNTES al Avellaneda, esto es, cómo habria censurado sus obras; lo que dijo de las de Lope de Vega nos es conocido. Acuda el lector al capítulo XLVIII de la Primera Parte de nuestro *Quijote*, y allí verá que expo-

niendo los defectos del teatro español en aquellos tiempos, crítica general, extensiva á todos los autores contemporáneos, incluso él propio, dedica CERVÁNTES á Lope estas notabilísimas cláusulas: «Y que esto sea verdad vese por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren.» Con tan gran elogio y tan buena disculpa, no habia ni asomo de razon para sostener que CERVÁNTES hubiese ofendido á Lope en el *Ingenioso Hidalgo;* y si la ofensa recibida por Avellaneda fué de esta especie, difícil es figurarse ente más vano y vengativo que el tal Licenciado, el cual, asegurando que no tiene el humor quejoso, impaciente y colérico de CERVÁNTES; dulce él y pío, le nota de manco, viejo, soldado con más lengua que manos, mal contentadizo, hombre sin amigos, murmurador y envidioso. Con la autoridad de Santo Tomás, San Juan Damasceno, San Gregorio, y el Apóstol de las Gentes por añadidura, dice que es la envidia, entre otras cosas, *gozo de los pesares del prójimo;* y poco ántes parece que el docto moralista se regocija con la idea de quitar á CERVÁNTES la utilidad que se podia prometer con la venta de su continuacion al *Quijote:* ¡excelente muestra de amor al pobre! Sostiene que no habria *quizá* título en España que no se ofendiera de que le nombrara CERVÁNTES; y sus *Novelas* y sus *Comedias* y su *Persíles* y la Segunda Parte de su *Quijote* están dedicados al CONDE DE LÉMOS; y cuando Avellaneda le injuriaba de esta manera (no lo consideraria como ofensa el magnánimo Alonso), CERVÁNTES vivia casi á expensas de este señor y del ARZOBISPO DE TOLEDO, DON BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS. Los nombres de estos favorecedores de CERVÁNTES deben aparecer en toda edicion del *Quijote;* el verdadero de Avellaneda (sea ó no quien se dice) no se ha de imprimir en la nuestra: guardemos á la presuncion y á la perfidia su secreto infeliz.

Y es lo bueno, que el *Quijote* de Avellaneda salió sin más recomendacion ni elogio de chico ni grande, que un soneto del mismo autor, disfrazado por segunda vez con el nombre de Pedro Fernandez; y es lo bueno, que ántes de imprimir su *Quijote* CERVÁNTES, ya se lo desacreditaban algunos, como consta de una carta de Lope, con fecha de 4 de Agosto de 1604, de la cual publicó parte el señor Baron de Schack, en el Apéndice á la segunda edicion de su *Historia de la literatura dramática en España.* Escribiendo Lope desde Toledo al Duque de Sessa, residente en Valladolid, le dice: «De poetas... muchos en cierne para el año que viene; pero *ninguno hay tan malo como Cervántes*, *ni tan necio*, *que alabe á Don*

Quijote... No más, por no imitar á Garcilaso en aquella *figura correctionis*, cuando dijo:

A sátira me voy mi paso á paso,

cosa más odiosa para mí *que* mis librillos á Almendáres y *mis comedias* á *Cervántes.*» Se ve, pues, que por los años de 1604, ántes de la publicacion del *Quijote*, CERVÁNTES y Lope andaban desavenidos, por cuestiones literarias probablemente; que CERVÁNTES censuró en la Primera Parte de su *Quijote* las comedias de Lope, elogiando mucho al autor, y que Avellaneda, poniendo delante de sí el gran nombre de Lope, insultó á CERVÁNTES en el prólogo de una obra, cuyo pensamiento era un robo, hecho al mismo CERVÁNTES.

En cuanto al genio de éste, nada apacible, segun el benignísimo Licenciado Pedro Alonso Fernandez, conviene tener presente lo que se lee en las primeras líneas del prólogo á las *Novelas* de nuestro MIGUEL: «Desto tiene la culpa algun amigo, de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado, ántes *con mi condicion* que con mi ingenio.» Y en la *Adjunta al Parnaso* escribió: «Salí á recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que *pienso que no tengo ninguno*, todavía no me aseguro de la comun suerte.» Y algo despues: «Vuesa merced, señor CERVÁNTES, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por sus obras, como *por la fama de su apacible condicion.*»

Nadie escribe de sí en términos como éstos, á no tener seguridad de que no podrán desmentirle. Mas para un presuntuoso, quien le nota un defecto es un hombre vitando.

6 Pág. XI, líneas 3 y 4 de la inscripcion.

AÑO DE. MDC.I ENCOMENDÁNDOSE Á ESTA. S.

Antes de la M y despues de la C hay punto en la inscripcion: ignoramos si deberemos leer *año de* 1600, ó *año de* 1601. Por un lado parece puesto el punto despues de la C, á fin de señalar que los números terminan allí, y que la I ya es conjuncion; pero despues vemos expresada la misma conjuncion dos veces en su forma ordinaria, Y. Quizá esos puntos fueron puestos mucho despues de asentar la inscripcion.

7 Pág. XIII, lín. 8.

Y tirar por su propia mano ejemplares.

Fué el dia 9 de Mayo de 1863.

8 Pág. XIII, líneas 10 y 11 despues de la division de párrafo.

¿Ha sido juzgado el *Quijote* segun esta obra merece?

Se publicó en el periódico titulado *Liceo valenciano*; lo reimprimió el

señor don Eugenio de Ochoa, en el segundo tomo de sus *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*. París, 1840. El señor don Cayetano Alberto de la Barrera citó con el debido aprecio la observacion del señor Salvá, en un artículo para la *Revista de Ciencias, Literatura Artes*, que se publicaba en Sevilla por los años de 1855 y siguientes.

9 Pág. XIV, líneas 6 y 7, contando desde la última de la plana.

En la primera edicion ni hay robo... ni hallazgo del Rucio.

CERVÁNTES, en el tercer capítulo de la Segunda Parte de nuestra obra, hizo, por boca del Bachiller Sanson Carrasco, dirigiéndose á Sancho Panza, esta reclamacion importante: «Algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvidó contar quién fué el ladron que hurtó el Rucio á Sancho; que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido.»

Muchos escritores, que tuvieron por primera edicion del *Ingenioso Hidalgo* la que en 1605 dió á luz Juan de la Cuesta, con privilegio para Castilla, Aragon y Portugal, pararon la atencion en el trozo arriba copiado, y lo citaron como prueba segura de que CERVÁNTES olvidaba lo que escribia, y no se acordaba de repasarlo. En efecto, en la que tenian por primera edicion, y en la otra de Juan de la Cuesta, repetida el año 1608, se lee, en el capítulo XXIII, el robo del Rucio, expresándose que Gines de Pasamonte lo habia robado. «¿Cómo pudo afirmar CERVÁNTES (decian) que no constaba quién habia sido el robador, si CERVÁNTES le habia nombrado con su nombre y apellido, y haciendo especial mencion de su índole inicua? Ligereza, olvido, falta de esmero en recorrer los borradores, distraccion de CERVÁNTES.»

No; CERVÁNTES, que en efecto se distrajo no pocas veces en su *Quijote* y en otras obras, no se distrajo aquí: esos señores no habian visto la edicion á que se referia el autor, en la cual no se halla el robo ni el hallazgo del Rucio; así como se refirió CERVÁNTES á la segunda, cuando añadió que poco despues Sancho iba montado en el Rucio sin haber parecido. Y quién omitió en la primera edicion del *Quijote* el robo del asno, lo dice claramente CERVÁNTES en el capítulo XXVII de la Segunda Parte: «Gines de Pasamonte... fué el que hurtó á Sancho el Rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la Primera Parte, *por culpa de los impresores*, han dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor *la falta de emprenta*.» Con que CERVÁNTES habia escrito en su original el robo; pero al imprimir su obra, se le suprimieron. ¿Por qué? Sin saberlo de cierto, algo podemos indicar.

En el capítulo IV de la Segunda Parte, satisfaciendo Sancho al Bachi-

ller Sanson Carrasco acerca de la pérdida asnal, Sanson le replica : «No está en eso el yerro... sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mesmo Rucio.—A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, si no es que *el historiador se engañó*, ó ya seria descuido del impresor.—Así es sin duda, dijo Sanson.»

Vemos ahora que CERVÁNTES, con una ingenuidad que le honra infinito, declara expresamente *haberse engañado :* ¿en qué consistiria su engaño?

A mi entender, CERVÁNTES habia puesto el robo del Rucio, no en el capítulo XXIII de la Primera Parte, donde se lee en la segunda edicion de Juan de la Cuesta y en las demas, sino en el capítulo XXV, poco más ó ménos donde en esta edicion se coloca; porque observamos en la primera que Sancho hasta allí va en su jumento, y á mediados del capítulo XXV echamos de ver que ya no le tiene. Hubo CERVÁNTES de creer que habia introducido ya bastantes aventuras en un solo dia, ó que el hallazgo de la maleta de Cardenio, y el encuentro con el Cabrero, y con Cardenio mismo poco despues, adquiririan mayor verosimilitud colocados ya más adentro de Sierra Morena, para lo cual era necesario que Don Quijote y su escudero hubiesen caminado más y hecho una noche en lo interior de la Sierra, noche en que Gines habia de ejecutar el robo. Sacaria, pues, CERVÁNTES de su lugar la hoja en que se contaba este lance, ó haria una llamada en el capítulo XXIII, olvidándosele variar las expresiones en que se nombraba, ó se aludia por lo ménos, al tal pollino en la redaccion primitiva del texto. Se halló de este modo el copiante ó el impresor con la rara contradiccion de que no bien se referia el hurto, cuando aparecia Sancho caminando, como ántes, en la caballería hurtada; y cortando por lo sano, dejaria fuera los dos trozos correspondientes al hurto y al recobro. Los echaria ménos CERVÁNTES al recorrer la primera edicion, escribiria á Madrid para que en la segunda se repusiera la falta : se repuso en efecto; pero sin deshacer las contradicciones, que tampoco desaparecieron por completo en la tercera edicion, y áun se les añadió alguna en la Segunda Parte : el engaño ú error de CERVÁNTES debió ser el no haber hecho las enmiendas precisas cuando llevó de un capítulo á otro ese robo fatal del Rucio, que hurgado cuatro veces, todavía cocea. En esta edicion, siguiendo á la primera en el capítulo XXIII, y pasando al XXV el robo, que la segunda edicion de Cuesta sacó en el mismo capítulo XXIII muy poco á propósito, la narracion corre sin inconveniente ninguno.

10 Pág. XV, fin del primer párrafo.

Incompleto y defectuoso.

Lo es en efecto, y mucho, el trabajo presente. Años necesitaba yo para

él, y he tenido que despacharlo en ménos de uno, aprovechando los ratos que me dejaban libres ocupaciones preferentes. Una buena edicion del *Quijote* pide persona que pueda exclusivamente dedicarse á tan grave estudio. En esta edicion se han corregido ciertas faltas de la pequeña; se indican en las Notas algunas más. Supla el resto la inteligencia de nuestros lectores.

11 Pág. XVI, lín. 9.

Unos anteojos de Cervántes.

Esta carta, los originales de las que extractó el señor Baron Schack en el *Apendice* á su *Historia de la literatura dramática española*, y otras, existen en el precioso archivo del excelentísimo señor Conde de Altamira. *Antojos* dice la carta de Lope.

12 Pág. XVI, lín. 3 del segundo párrafo.

Savedra.

La copia exacta que existe en nuestro poder es debida al favor del señor Archivero general de Simancas, don Manuel García Gonzalez.

13 Pág. XVI, al fin.

En el fac-símile que damos...

Aunque no es difícil de leer, no dañará que lo reproduzcamos aquí en letra de molde.

Muy P.º (*poderoso*) Señor.

Escribi a V Mgd. los dias pasados lo que haui hecho en la cobrança q Por mandado de V. Mgd. vine a hazer de las fincas de Las tercias y alcabalas de algunos lugares deste Reyno de granada yacuse quedos Partidas contenidas en mi Comision qᵉ fueron la de la casa de la moneda de granada y la de Motril y Salobrena y al munecar hauian salido inciertas Porque estauan ya Pagadas delas demas qᵉ son Baça gudix Aguela de Granada y loxa e cobrado y el dinᵒ dellas excepto dos mil Reales e embiado en poliza segura a esa corte Remitida A Alonso Perez de Tapia Criado del licenciado laguna despues aca e estado en velez malaga y por estar la tierra apretada y los Receptores no poder cobrar de los aRendadores me e contentado de tomar cedulas del dinᵒ para Sevjᵃ (*Sevilla*) que me lo daran dentro de ocho dias no me queda. Por cobrar mis de la Partida de Ronda qe. son 400,000 ms. aseme acabado el termino V. Mgᵗ sea seruido de que se me den 20 dias mas en el qual abre acabado con todo y ire aentrga el dinᵒ donde se me manda Y Puedeseme embiar el despacho a Malaga donde qued esperandole Nvᵒ 17 (Noviembre 17 de 1594).

Miguel de Cerbantes
Saauedra.

Publicó esta carta don Martin Fernandez de Navarrete en su *Vida de Cervántes*, de donde copiamos las dos notas siguientes:

Dice en la carpeta: Recibida en 28 de Noviembre de 94.

El sobrescrito: Al Rey nuestro señor.—En manos de Juan de Velasco, su secretario del consejo de Hacienda.

Obsérvese, ademas de lo que va dicho en el prólogo, que CERVÁNTES forma dos veces la abreviatura de *Magestad* con *m*, *g* y *d*, y una vez con *m*, *g* y *t*; que al querer escribir la palabra *embiado*, trazó la curva menor de la *d* con lo que debia ser la última parte de la *a* precedente, por lo cual, si no se tuviese en cuenta el sentido, se pudiera leer *embudo* ó *embiido*, y no *embiado*, porque falta algo para la *a* ó para la *d*. Cosa parecida se nota en la palabra incompleta *entrga*, que se debe leer *entregar:* parece que CERVÁNTES quiso formar la *r* segunda con el trazo recto de la *a* y un rasguillo: parece, en fin, que realmente CERVÁNTES escribió la *r* de ese infinitivo, pero principiándola sobre la *a*, porque no veia bien. Lo mismo indican varios puntos que hay esparcidos por la plana donde no hacen al caso, como si CERVÁNTES sentara la pluma en el papel sin advertirlo. De la falta de puntuacion propia, del innecesario uso de mayúsculas, la omision de otras y demas anomalías ortográficas de este documento, no se debe hacer caso, porque en la época de CERVÁNTES no escribian mejor las personas cultas.

14 Pág. XVIII, líneas 3 y 4.

El órden de las escenas es otro, y es más acertado.

Las alteraciones que se notan en la comedia de *El Trato de Argel*, impresa, debieron nacer de que los últimos actos, en los cuales se hallan, se copiarian por los papeles de los cómicos, no de un manuscrito de la comedia.

15 Pág. XXI, líneas 5 y 6 despues de la primera division de párrafo.

Un segundo autor, nada amigo de moros.

En la página 62 de este mismo volúmen hallará impreso el lector: «Bien es verdad que el *segundo autor* desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido.» Y en la 66: «Si á ésta (historia) se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion *ser mentirosos*... si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del *galgo* de su autor, ántes que por falta del sujeto.»

16 Pág. XXIII, líneas 6 y 7, contando desde la última.

El verbo *regoldar*... etc.

Véase, hácia el medio, la página 22 en el tomo IV de esta edicion. Vuélvase luego á la página 130 de este tomo primero, párrafo penúltimo.

17 Pág. XXIX, lín. 15, contando desde la última.

Viérnes, dia 28 de dicho mes.

«En el mes de Julio de 1589 fué la luna nueva el dia 12, y la llena el dia 27. Es evidente que no pudo alumbrar la luna al anochecer en los dos primeros Viérnes del mes; pero sí en los últimos, correspondientes á los dias 21 y 28. En el primero de éstos, la luna tenia nueve dias de edad, alumbrando desde que desapareció la luz del dia, y sólo hasta las 12 de la noche, por hallarse entónces nuestro satélite muy distante del ecuador y en el hemisferio austral. Pero el dia 28 fué el inmediato al de la luna llena, y debió alumbrar toda la noche con una intensidad muy superior á la del dia 21. Si suponemos que CERVÁNTES siguió la verdad de los fenómenos naturales en este punto, es indudable que el Viérnes á que se refiere es el 28 de Julio de 1589.»

Esta nota es del dignísimo Director del Observatorio astronómico de Madrid, el señor don Antonio Aguilar y Vela.

18 Dedicatoria, lín. 4, contando desde la última.

Suelen condenar... los trabajos ajenos.

Escribe CERVÁNTES como si supiera lo mal que se hablaba de su *Quijote* ántes de publicarlo. Recuérdese lo que decia Lope al Duque de Sessa, en 4 de Agosto de 1604.

19 Pág. XXXVII, lín 5.

Contravenir *al* órden de naturaleza.

Así dice la primera edicion: la segunda y las demas traen: «Contravenir *la* órden.»

20 Pág. XXXVII, líneas 9, 10 y 11.

Se engendró en una cárcel donde... todo triste ruido hace su habitacion.

CERVÁNTES dice que su *Quijote* fué *engendrado* en una cárcel, no que *naciese* en ella: parece que nos quiso dar á entender que lo ideó, lo trazó, lo inventó en fin, hallándose preso; no dice que lo escribiera durante su encarcelamiento. Tampoco tendria mucha comodidad para escribir en un sótano con poquísima luz, ni es muy verosímil que se le dejara sin que se enterase álguien de lo que escribia. Si hubieran leido algo del *Quijote* los que le tenian allí, nada hubiera ganado el ilustrador futuro de Argamasilla. Dice Avellaneda, ó quiere decir, en el prólogo de su *Quijote*, que la Primera Parte del de CERVÁNTES fué *escrita* entre los *hierros* de una cárcel; pero en tal cuestion ha de hacer más fe la declaracion de CERVÁNTES que la de otro. Si habia ruidos de varios géneros donde ocurrió á CERVÁNTES el pensamiento de su *Quijote*, no estaba él solo en aquella prision: otra

dificultad para que escribiese. Con todo, no es imposible que, empleando la necesaria cautela, borrajeara CERVÁNTES en la cueva de Medrano algun capítulo de su obra inmortal.

21 Pág. XXXVIII, línea primera.

Pues ni eres su pariente ni su amigo.

En lugar de *pues*, traen *y* la primera y la segunda edicion de Juan de la Cuesta; la tercera dice: «*Y pues* ni eres su pariente ni su amigo... y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, *así* puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere.»

Hay primeramente en esta cláusula un error, que es la mala colocacion del punto entre *mato* y *Todo*, en lo cual convienen las tres ediciones de Cuesta y muchas modernas: incluyendo en un paréntesis lo que hay desde *todo* hasta *obligacion*, el texto de la edicion tercera no está mal; pero estaria mejor suprimiendo la conjuncion *y* delante de *pues*, como se suprimió en el tomo primero de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Habiendo afirmado CERVÁNTES que no queria irse con la corriente del uso, necesitaba expresar el *porqué*.

22 Pág. XXXVIII, líneas 10, 11 y 12.

Sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse.

Costumbre de aquellos tiempos, general entre los escritores de España: no hay aquí tiro á determinada persona.

23 Pág. XXXVIII, línea última, y pág. XXXIX, línea primera.

Tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y *elegantes*.

Elocuentes dice la primera edicion, equivocadamente quizá, porque la costumbre de llenar con citas en latin las márgenes y los fines de un libro de entretenimiento, á nadie puede parecer elocuencia. En la dedicatoria que precede al Prólogo, pide CERVÁNTES al Duque de Béjar su proteccion, para que la novela de *Don Quijote* obtenga favorable juicio de algunos lectores, *aunque desnuda de aquel precioso ornamento de* elegancia *y* erudicion *de que suelen andar vestidas las obras que se componen en casa de los hombres que saben*. Aquí se ve que nuestro autor califica de *eruditos* y de *elegantes* á los escritores á quienes alude luego en el Prólogo; pero no les da el título de *elocuentes*. Y en llamarlos *elegantes* pudo haber su malicia, porque á ciertas colecciones de frases latinas, para uso de los estudiantes de gramática, se solia dar el nombre de *elegancias*, como acontece con las de Paulo Manucio, traducidas al castellano por Lorenzo Palmireno: en este

sentido, *elegantes* equivaldria casi á *centonistas*. Ponemos, pues, *elegantes* en lugar de *elocuentes*, valiéndonos para hacer esta correccion de lo que dice el mismo CERVÁNTES en la dedicatoria del *Quijote*, cita á la cual se puede agregar otra, todavía más decisiva. En el capítulo XII de la Segunda Parte se dice de Sancho: «Y en lo que el se mostraba más *elegante* y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo.» La manía de Sancho y la de los novelistas aficionados á citas inoportunas eran en sustancia lo mismo.

24 Pág. XXXIX, líneas 7 y 8.

Ni tengo qué acotar en el márgen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo.

Porque no tendria libros: clara manifestacion de su pobreza.

25 Pág. XXXIX, lín. 2 del penúltimo párrafo.

Disparando *con* una *carga de* risa.

Dice la primera edicion: «Disparando *en* una carga de risa.» La segunda y las modernas: «Disparando *en* una *larga* risa.»

CERVÁNTES aplicaba al verbo *disparar* la preposicion *con*, segun se observa en la Parte Segunda. En el tomo III de esta edicion, página 6, verá el lector *disparaba* con *necedades;* en el tomo IV, página 138, *disparaba* con *una risa que le duraba una hora*. Se sigue aquí la primera edicion, y se sustituye *con* á *en*.

26 Pág. XL, al fin.

Non benè pro toto libertas venditur auro.

El año de 1604 habia publicado Lope de Vega, en Sevilla, una novela titulada *El Peregrino en su patria*, precedida de varios sonetos y otras composiciones poéticas, escritas en elogio del autor y del libro. Hay al fin de ellas una del mismo Lope, en la cual, hablando por boca del *Peregrino*, dice:

Bástame aqueste sombrero
para el frio y el calor,
pues no conocí señor,
ó natural ó extranjero,
que me le diese mejor.

Andaban ya Lope y CERVÁNTES desavenidos. A esta queja, que tenia Lope de los señores á quienes habia servido, pudo CERVÁNTES contestar indirectamente con el verso latino arriba copiado, como dando á entender á Lope que debiera estar prevenido á todo quien se resignaba á tener un amo. CERVÁNTES ni áun eso tenia.

27 Pág. XLI, hácia el medio.

Donec eris *félix*, etc.

El segundo nombre de Lope era *Félix*.

28 Pág. XLI, línea antepenúltima del párrafo antepenúltimo.

En el valle *de* Terebinto.

Llamaria nuestro autor irónicamente *grande* á esta nota, porque algun escritor, ignorando que *terebinto* es nombre de árbol, creyó que era nombre de localidad.

29 Pág. XLI, lin. 4 del penúltimo parrafo.

El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas...

Censura CERVÁNTES en general á los autores que recargaban con notas eruditas impertinentes las obras que escribian de puro entretenimiento; mas parece que se dirige aquí en particular á Lope de Vega, porque en el índice de cosas notables, puesto al fin de la novela pastoril que intituló *La Arcadia*, impresa seis años ántes que el *Don Quijote*, tropezamos con estas líneas: «Tajo, rio de Lusitania; *nace* en las sierras de Cuenca, y tuvo entre los antiguos fama de llevar, como el Pactolo, *arenas de oro*... En sus postreras orillas... entra en el mar por *la insigne Lisboa*.»

Nótese la incorreccion cometida en llamar simplemente *rio de Lusitania* al Tajo, que nace en las sierras de *Cuenca*: algunas leguas anda en España hasta introducirse en Portugal. Quizá los contrarios de Lope habian hecho gran reparo en aquel descuido, y por eso tal vez, aludiendo á esta cita, CERVÁNTES la calificó burlescamente de *famosa*.

30 Pág. XLII, líneas 6 y 7.

Plutarco os dará *mil Alejandros*.

En las *Vidas paralelas* de Plutarco no hay más *Alejandro* que uno, el *Magno*, y parece que no llamaria CERVÁNTES *Alejandros* á todos los varones célebres de Plutarco; porque Licurgo, por ejemplo, Numa, Solon, Arístides, Caton, los Gracos, Demóstenes, Ciceron y Marco Bruto, cuyas vidas escribió en sus *Paralelos*, no se parecen mucho al conquistador de la Persia. Hay tambien un libro de *Apotegmas* del mismo Plutarco: ¿escribiria CERVÁNTES: *Plutarco os dará mil apotegmas?* A la verdad, el número de sus *apotegmas* es mucho mayor que el de sus *varones ilustres*.

31 Pág. XLIII, líneas 1 y 2.

Ni caen debajo de la *cuenta* de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad.

Parece que los *disparates* de que en este lugar se trata, son los de los li-

bros de caballerías, y la *cuenta* es la que CERVÁNTES da, toma ó ajusta de los yerros de aquellos libros en su *Quijote:* de manera que *cuenta* viene á significar aquí lo mismo que *crítica* ó *censura;* y Dios sabe si en efecto escribiria CERVÁNTES *censura* ó *crítica* donde traen *cuenta* las ediciones primitivas. Conste, pues, que CERVÁNTES previno á sus lectores, en el prólogo de *El Ingenioso Hidalgo*, que no se iba á sujetar en su obra á las *puntualidades de la verdad*, porque para burlarse de los libros de caballerías no lo tenia por necesario. Así, no hay que extrañar que la accion de la Primera Parte se suponga ocurrida en el año 1589, y se diga al fin de ella (habiéndola dado á imprimir en 1604) que unos pergaminos relativos á la historia de Don Quijote, escritos en letra gótica (desusada ya), habian sido hallados dentro de una caja de plomo, al remover los cimientos de una ermita arruinada. Por eso, cuando escribió la Segunda Parte no debió reparar tampoco en referir las aventuras de su héroe al verano y otoño de 614.

32 Pág. XLV, versos 1 y 2.

Si de llegarte á los bue-,
Libro, fueres con letu-.

Ir con letura es locucion que usó CERVÁNTES con dos significados. En el primer capítulo del *Viaje del Parnaso* la empleó en el trozo siguiente:

Son hechos los poetas de una masa
Dulce, suave, correosa y tierna,
Y amiga del hogar de ajena casa.
El poeta más cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno y de ignorancia eterna.
Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico como á honroso estado.
Vayan pues los leyentes *con letura*
(Cual dice el vulgo mal limado y bronco)
Que yo soy un poeta desta hechura.

Ir con letura significa en estos tercetos *llevar entendido*, *llevar por delante* ó cosa igual. *Sepan desde luego mis lectores*, dice aquí CERVÁNTES, *adviertan*, *entiendan*, *que yo soy un poeta* así.

En el segundo verso de Urganda, *ir con letura* quiere decir *ir con el ánimo*, *llevar el propósito de* hacer tal ó tal cosa; esto es:

«Libro del *Quijote*, si sales á luz *con ánimo* de llegarte á los buenos, el boquirubio no te dirá que no pones los dedos bien (para escribir ó para tocar)», etc.

33 Pág. XLVI, versos 11 y 12.

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-, etc.

Como Urganda encamina sus razones á un libro, parece que en los primeros versos de esta décima se ha de tratar de jeroglíficos ó figuras puestas en el escudo de algun otro libro. La *Arcadia* de Lope Félix de Vega Carpio, novela pastoril con notas, á una de las cuales aludió CERVÁNTES en el prólogo del *Quijote*, sacó en la portada el escudo de su autor, que contiene diez y nueve torres, y encima esta leyenda, alusiva, al parecer, á Bernardo del Carpio y al mismo Lope: *De Bernardo es el blason, las desdichas mias son.* En la portada de *El Peregrino*, novela asimismo de Lope, impresa en Sevilla el año 1604, repitió el escudo de las diez y nueve torres, colocándolo entre los pedestales de dos figuras, la de la envidia y la de un peregrino; de un pedestal al otro corre esta inscripcion: *Velis nolis, Invidia, aut unicus aut peregrinus.* Como queda el escudo en medio (y aunque no quedara), parece que el letrero latino quiere decir: *Envidia, quieras ó no quieras, Lope es ó el único ó peregrino*, esto es, *raro ingenio.* En lo alto de la portada se ve al Pegaso, y por encima de él vuela una cinta con este otro lema: *Sejanus mihi Pegasus*, «el caballo Pegaso ha sido para mí el caballo de Seyano», fatal á sus dueños. Sacó ademas el *Peregrino* un retrato de Lope con el escudo de las torres otra vez, y tenemos ya treinta y ocho en el libro. Parece que CERVÁNTES aludió á todas estas figuras de escudo y portada, cuando hizo decir á la maga *Desconocida:* «Libro, no estampes en tu escudo jeroglíficos indiscretos; cuando todo se vuelve figuras, la obra suele valer poco.» En el juego de la *primera*, las figuras son puntos bajos: quien envida con ellas, ha de hacer precisamente mala jugada.

Si en la *direccion* te humi-

Direccion significa *dedicatoria.* El *Viaje del Parnaso* está *dirigido* á don Rodrigo de Tapia. En el fólio VII de los principios de esta obrita (Madrid, imprenta de la Viuda de Alonso Martin, 1614) leemos: *Dedicatoria. Dirijo* á vuestra merced este *Viaje* que hice *al Parnaso.* En el fólio 78 vuelto hay esta advertencia: «Si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por *dirigirle* á algun monarca, el tal libro ha de ser estimado; porque si él no es bueno, no le adobará la *direccion*, aunque sea hecha al Prior de Guadalupe.»

Parece que el resto de esta décima quiere decir: «Libro, si te humillas en la *dedicatoria*, ningun mofante (ó burlon) dirá: ¡Miren quién se queja de la fortuna!»

CERVÁNTES, en efecto, se habia humillado en la dedicatoria de su *Qui-*

jote, diciendo de él que iba desnudo del precioso ornamento de *elegancia* y *erudicion* de que otros se visten, y pidiendo por ello al Duque de Béjar su proteccion, para presentarlo con seguridad al juicio de los rigorosos. El de los contemporáneos y el de la posteridad le fueron y le son tan propicios, que la súplica de CERVÁNTES al Duque de Béjar nos parece hoy, cuando ménos, inútil. Se ha dicho ya que en el mismo año de la publicacion del *Quijote* se hicieron seis ediciones de él. Habia cumplido CERVÁNTES el encargo de *Urganda*, y por eso es natural suponer que aludiria en los cinco versos últimos de esta décima á otro escritor, que en alguna dedicatoria se hubiese quejado sin mucha causa de la fortuna. Lope habia escrito estas palabras en la dedicatoria de su *Peregrino:* «Si á tan peregrino príncipe y bienhechor mio no he podido dar peregrinas grandezas, le he dado á lo ménos *desdichas peregrinas*, hábito que me vistieron el tiempo *y* la *fortuna* en los brazos de mis padres.» Puédese creer que se dirigiria CERVÁNTES á Lope, como á otro cualquier autor que, ménos maltratado de la fortuna que el propio CERVÁNTES, se quejara más de ella. Lope era persona de excelentes prendas; pero en el lema de *La Arcadia*, donde comparó sus desdichas á las de Bernardo del Carpio, y en la direccion ó dedicatoria del *Peregrino*, llevó sus quejas más allá de lo justo. El Fénix de los ingenios, el poeta victoreado en todos los teatros de España, secretario del Marqués de Sarria, y despues del Duque de Sessa, no podia pasarlo tan mal como el pobre alcabalero cesante, manco, viejo y autor de una obra desacreditada ántes de su publicacion.

Qué Rey Francisco en Espa-

Que Rey (sin acento el *que*) traen las tres ediciones de Cuesta; las modernas varian, diciendo:

Que el Rey Francisco en Espa-

Se justifica el texto de las ediciones primeras con el de una composicion que imitó aquí CERVÁNTES. Preso el insigne fray Luis de Leon en la Inquisicion de Valladolid, escribió, quejándose de su cautiverio, dos quintillas, que más adelante fueron glosadas en defensa del Santo Oficio por un fray Domingo de Guzmán, asimismo en quintillas, una de las cuales es ésta:

¡Que don Alvaro de Luna,
qué Aníbal cartagines,
qué Francisco, rey frances,
se queja de la fortuna,
que le derribó á sus piés! etc.

Dió cuenta de esta composicion el señor don Cayetano Alberto de la Barrera, en la *Revista de Ciencias*, *Literatura y Artes* de Sevilla.

Hablar latines rehu-

Abundan las citas latinas en el *Peregrino* y otras obras de Lope.

34 Pág. XLVII, último verso del soneto.

Tu sabio autor, al mundo *único* y solo.

Jactanciosa expresion, remedo quizas del lema que se ve en la portada del *Peregrino: aut* unicus *aut* peregrinus.

35 Pág. XLIX, cuarto verso del soneto.

Que lo pasaste sin desgracia alguna.

Aunque esté dirigido á Sancho este soneto, de seguro no habla con él; por Sancho Panza, escudero de Don Quijote, no pudo decirse que no habia pasado ninguna desgracia: no fueron venturas por cierto las palizas que recibió, amén del manteamiento y otros percances. Otro Sancho Panza era éste, cuyas alforjas merecieron envidia; las que iban sobre el Rucio no solian llevar más que pan y queso.

36 Pág. XLIX, últimos versos del mismo soneto.

Que *á solo tú* nuestro español *Ovidio*
Con buzcorona te hace reverencia.

CERVÁNTES, en su comedia titulada *El Gallardo Español*, primera jornada, pone en boca de un don Fernando el verso: *Sólo á mí me desafia.* No le hizo decir: *A solo yo desafia.* Tal vez copiaria CERVÁNTES aquella expresion del Sancho á quien va dirigido el soneto.

Han creido algunos que el *Ovidio español* es el mismo CERVÁNTES. Quien dijo de sí al principio de su *Viaje del Parnaso:*

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo;

este hombre, buen conocedor de sus facultades, en ningun tiempo hubo de creerse comparable al fecundo y facilísimo autor latino, que sin querer se expresaba en verso, *et quod tentabat dicere versus erat.* Por las cualidades preciosas de fecundidad y dulzura conviene, mucho mejor que á CERVÁNTES, á Lope de Vega el título poético de *Ovidio español;* y áun parece que él dió á entender que le aplicaban el nombre de *Ovidio*, cuando al fin de su *Jerusalen conquistada* (impresa en 1609) escribió la octava siguiente:

Yo, siempre de la envidia perseguido,
Extranjero en mi patria y desterrado,

A *Ovidio sólo en esto parecido*,
Aunque por las extrañas siempre honrado,
De sola mi verdad favorecido,
Y del mortal poder desengañado,
Dejo estas líneas bárbaras y viles
A los pinceles que vendrán, sutiles.

37 Pag. XLIX, décima del *Donoso poeta entreverado*, versos 3, 4, 5, 6 y 7.

Puse piés en polvoro-
Por vivir á lo discre-;
Que el tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira-.

Sancho Panza el de Argamasilla, cuando publicaba CERVÁNTES la Primera Parte de su *Quijote*, no habia hecho retirada ninguna para vivir *á lo discreto*, y áun cuando abandonó el gobierno de la ínsula Barataria, no se fué á su casa *discretamente*, sino á servir de nuevo á su *loco* señor. La décima del poeta *entreverado* hubo de ser compuesta para algun Sancho Panza que no es el nuestro, y que habria hecho alguna escapatoria conveniente á sus circunstancias.

Creo, como don Juan Antonio Pellicer, que *tácito* es en esta décima simple adjetivo, equivalente á *callado:* así, en el capítulo XVI (Primera Parte de este libro) cuenta nuestro Cide Hamete, ó nuestro CERVÁNTES, que entró Maritórnes en el aposento de Don Quijote con *tácitos* y atentados pasos. En el mismo sentido usó Lope de Vega esta voz en su *Peregrino*, libro II, refiriendo la religiosa determinacion de un mancebo, que tomó hábito en un monasterio del *tácito* San Bruno. Se cita ademas la tragicomedia *Celestina*, en comprobacion del dictámen de *Villadiego*, y en la Celestina sólo se hace mencion (véase el acto XII) de Villadiego el de las calzas. A este personaje, tan *tácito*, que si no fuera por Quevedo, en su *Visita de los chistes*, no sabríamos si habló una palabra en su vida, parece que se referiria CERVÁNTES en la décima del *poeta donoso;* no á don Gonzalo de Villadiego, que escribió el tratado *De hæreticis*, ni á don Alfonso de Villadiego, que ilustró el *Fuero Juzgo*.

38 Pág. L, versos últimos de la décima de Rocinante.

Que esto saqué á Lazari-
Cuando, para hurtar el vi-
Al ciego, le *vi* la pa-

«Le *dí*», traen las demas ediciones.

Que Rocinante viese al Lazarillo de Tórmes hurtar al ciego el vino,

chupándolo con una paja, y que de aquel hurto aprendiese á hurtar el de otra suerte, parece suposicion admisible; que Rocinante diese por sí á Lazarillo la paja, ni consta de la novela célebre de Mendoza, ni es ficcion oportuna. *Vi*, y no *di*, escribiria CERVÁNTES.

Se debe esta feliz correccion al excelentísimo señor don Manuel Breton de los Herreros, y es como suya.

39 Pág. L, líneas antepenúltima, penúltima y última.

> Mas serlo has mio, sin que al *bravo* moro
> Y cita fiero *domes;* que hoy nos llama
> Iguales *el amar* con mal suceso.

Se lee en la primera edicion:

> Mas serlo has mio, si al *soberbio* moro
> Y cita fiero *domas*, que hoy nos llama
> Iguales *en amor* con mal suceso.

Para que el *cita* (ó escita) y el moro llamaran á Orlando y á Don Quijote *iguales en amor*, era necesario que uno y otro conociesen á nuestro caballero, lo cual no consta por el soneto cuyos versos citamos, ni por otros versos ni prosa. Orlando, fuera de esto, ha dicho ántes que Don Quijote no habia tenido *par* (esto es, *igual*), ni podia tenerle; declarando que él mismo, el propio Orlando, no podia ser igual al héroe manchego: ¿cómo, pues, habia de añadir en seguida que Don Quijote seria igual suyo si domaba al escita y al moro? Sin que los domara, le habia ya reconocido por superior. No pudo CERVÁNTES incurrir en tal contradiccion, y mucho ménos escribiendo un soneto, que no se compone tan de prisa como un párrafo en prosa. Supuesto que el soneto es hiperbólicamente encomiástico hasta no más, lo natural es creer que CERVÁNTES dijese, por boca de Orlando, que áun sin haber vencido Don Quijote á escitas ni moros (los cuales no debian abundar desde Argamasilla á Sierra Morena, teatro de las hazañas de nuestro aventurero en su primera y segunda salida), áun sin esto, se igualaba Don Quijote con Orlando, por *amar con mal suceso*, como él. El monosílabo *que*, estampado despues del verbo *domes*, ha de ser, en nuestro concepto, no relativo, enlazado con los sustantivos *moro* y *cita*, sino conjuncion causal, equivalente á *pues* ó *porque*, la cual da principio á una nueva oracion, cuyo sujeto es *el amar*. Entendemos que el impresor Juan de la Cuesta ú otra persona, no comprendiendo la letra de CERVÁNTES, y corrigiéndole á la ventura, puso *si al soberbio moro domas*, en lugar de *sin que al bravo moro domes*, y *en amor* por *el amar*. Las palabras *moro* y *cita* pueden aludir á dos sonetos dirigidos á Lope, uno del Marqués de la Adrada, que se halla entre las poesías lau-

datorias impresas al principio de la *Angélica*, y otro de don Alvaro de Guzmán, elogiador de *El Peregrino en su patria*. El soneto del señor Marqués principia con el cuarteto siguiente:

Lope segunda vez nos vuelve al mundo
A la famosa Angélica y Medoro;
El indio, el *scita*, el español, el *moro*,
Hermosos vienen con valor profundo.

Don Alvaro escribe en el cuarteto segundo de su soneto y en el primero de los tercetos:

No la (*tierra*) que el mar Atlántico guarnece,
Dando al *scita* coral, perlas al *moro*,
Ni la vega en que vive el bien que adoro,
A quien Genil de jaspes enriquece,
. . . . . .
Tu vega igualan, de tu patria gloria.

40 Pág. LI, tercer verso del primer soneto.

Ni á *tu alta* gloria de valor mi mano.

Léase: «Ni á *tanta* gloria.» Las primeras ediciones dicen: «Ni á *la alta* gloria de valor.»

Equivocacion de copia ó de imprenta. No pudo el Caballero del Febo decir que su diestra no habia llegado á la *gloria del valor;* diria, para lisonjear á Don Quijote burlescamente, que no habia llegado á *tanta*, y bastaba para la broma con eso.

41 Pág. LI, título del segundo soneto.

SOLISDAN.

«No encuentro semejante nombre en los libros caballerescos», dice el señor Clemencin. Obsérvese que *Solisdan* y *Sin lados* tienen las mismas letras. ¿Seria *Solisdan* algun personaje, de apellido *Redondo?*

42 Pág. I, principio de la narracion.

En un *lugar* de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivia un hidalgo.

Se entiende que este *lugar* es *Argamasilla de Alba*, porque CERVÁNTES, al fin de la Primera Parte de nuestro libro, puso á los versos que allí se incluyen el siguiente encabezamiento: «Los Académicos de la *Argamasilla*, lugar *de la Mancha*, en vida y muerte del valeroso Don Quijote, *hoc scripserunt.*»

Avellaneda dedicó el *Segundo tomo de Don Quijote* al Alcalde, Regidores é hidalgos de la noble villa del *Argamesilla* de la Mancha, *patria* de Don Quijote.

Hay otra *Argamasilla* en la Mancha, que es la de *Calatrava :* la de *Alba* se llama tambien *Lugar Nuevo.* Como CERVÁNTES puso la mencionada Academia en *Argamasilla*, *lugar* de la Mancha, y Avellaneda llamó á la patria de Don Quijote *Argamasilla de la Mancha*, y no de *Calatrava*, parece que *Argamasilla*, *lugar*, es *Argamasilla*, *Lugar Nuevo*, donde acerca de CERVÁNTES hay tradiciones, no habiendo ninguna en *Argamasilla de Calatrava.*

La situacion geográfica de *Lugar Nuevo* se acomoda bien á la narracion de CERVÁNTES; no así la de la otra *Argamasilla.*

Dió CERVÁNTES á imprimir la Primera Parte de su *Quijote* en el año de 604, y al fin del tomo habla ya de la muerte del héroe : segun las fechas y contexto de la Segunda Parte, murió Don Quijote en Octubre de 614. Prueba convincente de que CERVÁNTES quiso que se considerase su obra como escrita sin el intervalo de los diez años que realmente mediaron entre la publicacion de la Primera Parte y la última, y que dispuso de los hechos históricos mencionados en su fábula como si al introducirlos en ella se hubiesen convertido en materia tambien fabulosa. La época del *Quijote*, en rigor, es indeterminada, á pesar de sus fechas determinadas.

43 Pág. 2, lín. 6.

Se deja entender que se llamaba *Quijano.*

Quijana dicen las primeras ediciones; pero en la Segunda Parte de la novela, capítulo último, CERVÁNTES pone en boca de Don Quijote esta decisiva expresion : «Ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso *Quijano*, á quien mis costumbres dieron renombre de *Bueno.*» *Quijano*, pues, y no *Quijana*, era el apellido de Don Quijote, segun la última declaracion de CERVÁNTES.

44 Pág. 2, lín. 7 ántes de la division de párrafo.

Requiebros y cartas de *desvaríos.*

Las primeras ediciones dicen *desafíos :* errata evidente, porque los dos fragmentos que inmediatamente se copian, corresponden á cartas de *amor*, no á cartas de *desafío.* Pudo escribir CERVÁNTES aquí *amores*, *amoríos*, *desvaríos*, ó quizá *devaneos ; desafíos* no. En la edicion pequeña hemos puesto *cartas de amoríos :* la variante de aquí fué propuesta por nuestro buen compañero y amigo el señor don Cayetano Rosell.

Os hacen merecedora, se lee en nuestra edicion, más abajo; en todas las demas leemos : *y os hacen merecedora.* O sobra la conjuncion, ó es necesario poner puntos suspensivos al fin de la cita, dejando la cláusula incompleta. El lector elegirá el sentido que más le guste; pero hay que tener

presente que no son pocas las veces en que la conjuncion *y* sobra en la primera edicion del *Quijote*, ya sea descuido de pluma, ya de la imprenta.

45 Pág. 4, lín. 6.

Hércules... ahogó á *Anteo*.

Así en la primera edicion; en las sucesivas alteraron malamente este nombre, imprimiendo *Anteon*.

46 Pág. 4, líneas 3 y 4 despues de la division de párrafo.

Le pareció convenible... para el servicio de *la* república.

« Para el servicio de *su* república », se lee en las ediciones de la Primera Parte, impresas por Cuesta; pero en el primer capítulo de la Segunda, que imprimió el propio Cuesta, leemos la palabra *república*, usada en el mismo sentido, con el artículo, y no con el posesivo. Dice allí : « De tal manera renovaron *la república*, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua y sacado otra. » Se imprime por eso en esta edicion *la* en vez de *su*.

47 Pág. 6, líneas 11 y 12.

Con *sólo* llamarse *Amadis*.

Las primeras ediciones traen : « Pero acordándose que el valeroso Amadis, no *sólo* se habia contentado con llamarse *Amadis* á secas, sino que añadió el nombre de su reino... »

Parece que ó sobra el *sólo* ó falta un *no* despues, ó está colocado por el impresor fuera de su lugar, que es lo más probable; y por eso va ese adverbio en nuestra edicion delante del *se*.

48 Pág. 7, líneas 7 y 8.

En un lugar cerca del suyo.

Argamasilla de Alba dista del Toboso unas siete leguas.

49 Pág. 7, líneas 2, 3 y 4 del capítulo 11.

Apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo *por* su tardanza.

En las primeras ediciones falta la preposicion *por*, la cual, ó la de *con*, es, al parecer, necesaria. Pudiera tambien sustituirse *presencia* á *tardanza*. Véase en nuestro tomo 11, pág. 259, la línea quinta.

50 Pág. 9, líneas 6 y 7, contando desde la última de la plana.

Fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Si es cierto que Don Quijote fué real y verdaderamente el caballero á

quien, segun la inscripcion que hay en la iglesia de Argamasilla, *se le cuajó una frialdad dentro del celebro*, se puede entender que CERVÁNTES alude aquí á la tal inscripcion, y quiere decir que la fuerza del sol hubiera derretido los sesos á Don Quijote, si no los tuviera *cuajados*, de resultas de aquella *gran frialdad*.

51 Pág. 10, líneas 6 y 7.

Su mucha *hambre* y necesidad.

La voz *hambre*, que se lee en la primera edicion de Cuesta, no se halla en las otras: á la verdad no es muy necesaria.

52 Pág. 10, líneas 8 y 9.

Una estrella, que *no* á los portales, sino á los alcázares de su redencion, le encaminaba.

Don Diego Clemencin creyó que debia leerse de este modo el texto, á pesar de que en las ediciones antiguas reconocidas por él se omitia la negacion. Creyó bien: así dice la primera edicion; pero áun sin el *no* tiene la cláusula un sentido admisible.

53 Pág. 10, lín. 6, contando desde la última de la plana.

Se llegó *más* á la puerta de la venta.

En las primeras ediciones se dice solamente que *se llegó;* pero habiéndose dicho ántes *fuése llegando*, ocurre que, para la gradacion oportuna, se necesita el adverbio *más*, tal vez omitido por el copiante ó por el cajista, ó involuntariamente por el autor. El verbo *llegar* con el pronombre *se*, tiene aquí la significacion de *acercarse;* por sí solo equivale á dar fin al camino, estar ya donde se queria ir. Así, en el caso presente, Don Quijote *se fue llegando* (esto es, *se fué acercando*) á la venta; despues *se llegó* (se acercó) *más;* por último, *llegó á la venta y á las damas*, esto es, acabó su viaje, parando á la puerta de la venta, donde estaban la Tolosa y la Molinera. Habia precedido á todo esto expresar que Don Quijote *llegó* á la venta *á tiempo que anochecia*. Aquello es, digámoslo así, la noticia dada por adelantado, con la circunstancia única de la hora; despues se refieren todas las demas circunstancias de la llegada.

54 Pág. 11, líneas 7 y 8.

Coligiendo por su huida su miedo, con gentil talante... les dijo...

En las primeras ediciones, á las palabras *coligiendo por su huida su miedo*, siguen estas otras: *alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro*. No lo escribiria CERVÁNTES así: debian estar esas cláu-

sulas entre renglones ó á la márgen del manuscrito, y el copiante ó el impresor no supo colocarlas en su lugar, produciendo así la grave contradiccion que se observa en este pasaje, en el cual aparece por una parte que Don Quijote se alzó la visera y se descubrió el rostro; y por otra parte que, despues de esto, las mozas no veian el rostro de Don Quijote, porque la visera se lo encubria. Se ha colocado en su lugar cada circunstancia, como de seguro lo desearia CERVÁNTES.

55 Pág. 11, líneas 2 y 3 del último párrafo.

Acrecentaba en ellas la risa, y *ella* en él el enojo.

El pronombre *ella* falta en las ediciones primeras, y es necesario, ó hay que repetir las palabras *la risa*. Uno ú otro escribió CERVÁNTES, ó fué distraccion, que puede repararse, por no ser de aquellas que merecen respeto.

56 Pág. 12, lín. 11.

Ni ménos maleante que *estudiante* ó paje.»

Primera edicion: «Ni ménos maleante que *estudiantado* paje.

Seguimos el texto comun; pero con recelo de que en efecto escribiese CERVÁNTES *estudiantado* ó *estudianton*.

57 Pág. 14, líneas 2 y 3 del segundo párrafo.

Una porcion *de* mal remojado y peor cocido bacallao.

Del se lee en las ediciones primeras, equivocadamente; porque si bien se habia ya hecho mencion del bacallao ó truchuela, no se habia dicho que estuviese bien ni mal remojado, mal ni bien cocido.

58 Pág. 14, líneas 3 y 4 del segundo párrafo.

Un pan *muy* negro, y como una *argamasa duro*.

En las primeras ediciones: «*Un pan* tan *negro* y mugriento *como sus armas*.»

Que el pan fuese negro en aquella venta es harto creible; mas para que fuese *mugriento*, era menester expresar de dónde le habia venido la mugre. Sospecho que hubo de haber aquí alguna enmienda de CERVÁNTES y palabras no bien escritas y no bien borradas, y que el copiante ó el cajista cogió todo lo que pudo, con poca fortuna. Donde uno ú otro leyó *mugriento*, diria probablemente *muy negro;* donde se entendió *armas*, habria escrito el autor *argamasa;* donde se puso *pero*, principiando oracion, deberia leerse *duro*. Creo que CERVÁNTES escribió primeramente en este lu-

gar *un pan tan negro;* y al llegar aquí, varió de idea, y sin tachar quizá las tales dicciones, puso á continuacion *muy negro*, *y como una argamasa duro*. El copiante ó impresor, que no veia claro el escrito, no comprendió la necesidad de omitir las palabras *tan negro*, y lo arregló todo como le pareció que hacia sentido, convirtiendo el adjetivo *duro* en la conjuncion *pero*, que ninguna falta hace, y áun perjudica, á la cláusula siguiente. Por lo ménos se debe notar que CERVÁNTES usó más de una vez la voz *argamasa* para término de comparacion de la *dureza*. Así se lee en el capítulo XI de esta Primera Parte que los cabreros presentaron á Don Quijote, por postre de su rústica cena, *un medio queso*, más duro *que si fuera hecho de* argamasa.

59 Pág. 14, lín. 14.

Como tenia puesta la celada, y *era alta* la *babera*.

En todas las ediciones leemos: «Como tenia puesta la celada y *alzada la visera*, no podia poner nada en la boca con sus manos.»

Pero alzada la visera, no le podia estorbar para comer, porque le dejaba descubierta la boca: otra parte de la celada seria la que se la tapase. En el capítulo XXXV de esta Parte Primera, cuando se trate de la bacía de barbero, yelmo de Mambrino para Don Quijote, se verá que Maese Nicolás dice: «Aunque ése es yelmo, no es yelmo entero.—No por cierto, le contesta Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la *babera*.» La *babera*, pues, era la parte inferior de la celada ó yelmo, que cubriendo la barba, podia, si era alta, cubrir la boca. En tal supuesto, deberíamos leer en este lugar: «Como tenia puesta la celada y *atada la babera*, no podia poner nada en la boca con sus manos.» Pero los cascos ó celadas que se ven en las armerías, dejan descubierta la boca; y así entendemos que la babera hecha por Don Quijote, como obra de un pobre loco, le salió más *alta* que lo ordinario, y por eso, en lugar de *atada*, hemos impreso *era alta*. El adverbio *bien*, que se añade más adelante, pudo ser una omision del autor, contra su voluntad y su pensamiento.

60 Pág. 16, líneas penúltima y última.

Que no *se* pudiese ser más en el mundo.

En las demas ediciones no se halla el pronombre *se*, que parece preciso.

61 Pág. 21, fin del segundo párrafo.

Las proezas, que ya habian visto, del novel caballero les *tenian* la risa á raya.

Tenia, se lee en las primeras ediciones, que indudablemente debe ser yerro de pluma ó de impresion.

62 Pág. 21, párrafo penúltimo.

Dios haga á vuestra merced muy *venturoso* caballero, y le dé *ventura* en lides.

Si Dios hacia *venturoso* caballero á Don Quijote, *ventura* le daria en lides y en todo: sospechamos que CERVÁNTES hubo de escribir *valeroso* donde en todas las ediciones leemos *venturoso*.

63 Pág. 22, líneas 1 y 2 del penúltimo párrafo.

Dijo que se llamaba *la Molinera*, y que *era hija de* un honrado *molinero* de Antequera.

Funda CERVÁNTES el mote de *la Molinera*, pero no el de *la Tolosa*, que era natural de *Toledo*. ¿Escribiria CERVÁNTES *la Toledana?* ¿Escribiria *la Golosa?* Ciertamente, á nuestro parecer, el nombre de *doña Golosa* tiene más gracia que el de *doña Tolosa:* nos inclinamos por eso á creer que los impresores pudieron equivocar aquí una *G* con una *T*.

64 Pág. 22, fin del capítulo III.

Le dejó ir *en buen* hora.

Primera edicion: «*A la buen* hora.» Todas las demas: «*A la buena* hora.» No se halla en las obras de CERVÁNTES otra vez (ó no la recordamos) esta locucion, sino *en buen hora* y *en hora buena*. «Entren mucho *en buen hora*», vemos en el entremes de *Los Alcaldes de Dabanzo*, y «vengan en *hora buena*», en el del *Rufian viudo*, ambos de CERVÁNTES.

65 Pág. 23, líneas 3 y 4 del capítulo IV.

Que el gozo le reventaba
Por las cinchas del caballo.

Parecen dos versos de algun romance, conocido en tiempo de CERVÁNTES por bueno ó por malo. Hay muchos versos incluidos entre la prosa del *Quijote*.

66 Pág. 23, líneas 7 y 8.

Prevenciones tan necesarias... *especialmente* la de los dineros y camisas.

Especial se imprimió en las primitivas ediciones; creemos, empero, que CERVÁNTES debió escribir aquí el adverbio *especialmente*, que se halla en esta obra, en casos iguales, con gran frecuencia.

67 Pág. 23, líneas 13 y 14.

El cual *así*, conociendo la querencia.

Las demas ediciones: «El cual *casi* conociendo la querencia.»
Rocinante, conociendo la querencia sin *casi*, no hubiera podido hacer

más que andar tan listo, que pareciese no poner los piés en el suelo. Se muda por esto *casi* en *así*.

68 Pág. 23, líneas penúltima y última.

Y atado *á* otra un muchacho.

Las demas ediciones: «Atado *en* otra.»

Debe ser *á*, y no *en*, porque se dice más adelante (página 27): «le tornó á atar *á* la encina»; en el tomo II, página 29, «hallé atado *á* una encina á este muchacho», y en la siguiente: «me volvió á atar *á* la mesma encina.»

69 Pág. 25, líneas 7 y 8.

Para el paso en que estaba.

Así dice la primera edicion; dicen las otras: «*por* el paso.» Uno y otro se puede admitir. La declaracion tomada á CERVÁNTES en Valladolid, á 27 de Junio de 1605, sobre las heridas que habia recibido don Gaspar de Ezpeleta, concluye con estas palabras: «Y esto es verdad, *para* el juramento fecho:—y lo firmó.» En la edicion pequeña se ha impreso *por*.

70 Pág. 25, lín. 2 del antepenúltimo párrafo.

En viéndome solo, me *desuella*.

La edicion primera trae *desuelle*; las otras dos de Cuesta, *desollará*.

71 Pág. 26, lín. 9, contando desde abajo.

So pena de la *sentencia* pronunciada.

Las demas ediciones: «So pena de la *pena* pronunciada.»

«*So la pena* pronunciada», escribiria CERVÁNTES, ó «so pena *de la* pronunciada».

72 Pág. 28, lín. 3.

Desapiadado enemigo.

Seguimos aquí el texto ordinario; pero no alcanzamos la razon por que en la segunda y tercera edicion de Cuesta se sustituyó *desapiadado* á *despiadado*, que trae la edicion primitiva.

73 Pág. 28, lín. 2 despues de la primera division de párrafo.

Se le vino á la imaginacion *lo de* las encrucijadas.

En esta edicion se añaden los monosílabos *lo de*; no escribiria CERVÁNTES: «se le *vino las* encrucijadas.»

En el *Viaje del Parnaso*, capítulo III, se hallan estos versos:

Mas podrá ser que *ocupaciones nuevas*
Les *obligue* á olvidar lo que dijeron.

Tenemos allí otra concordancia viciosa de plural con singular, y si queremos leer *obliguen*, ya no consta el verso; pero es muy probable que escribiera CERVÁNTES *hagan* ó *lleven* donde se imprimió *obligue*. *Los lleven á olvidar*, *les hagan olvidar* ó *les dejen olvidar*, son locuciones propias del caso y acomodables al endecasílabo de que se trata.

74 Pág. 28, lín. 6, contando desde abajo.

A trecho que *le* pudieron ver y oir.

Las primeras ediciones traen *se* en lugar de *le*. De seguro es una equivocacion, porque Don Quijote habia visto ya á los mercaderes; ellos no habrian reparado en él.

75 Pág. 31, lín. 3.

A los malandrines que tal le *paraban*.

Las demas ediciones: «Que tal le *parecian*.»

Más natural era que amenazara Don Quijote á los mercaderes y sus criados porque uno de ellos estaba apaleándole, que no porque todos le *parecian* malandrines. Y luego «*malandrines* que le parecian *tal*», es locucion viciosa, que no debemos atribuir á CERVÁNTES, cuando habia escrito, en la página 28, con relacion á las mismas personas: «aquellos *caballeros;* que ya él (Don Quijote) por *tales* los tenia y juzgaba.» Malandrines que le trataban *de aquella manera* parece que deberemos entender en la expresion *que* tal *le paraban: tal* es entónces indeclinable, por ser adverbio.

76 Pág. 31, línea antepenúltima ántes de los versos.

Se comenzó á *revolcar* por la tierra.

El texto ordinario dice *volcar;* pero Don Quijote, caido en el suelo, y que habia recibido palos en las costillas, ya estaba anteriormente *volcado*.

77 Pág. 32, líneas 18 y 19.

Señor *Quijano*.

Todas las demas ediciones: «Señor *Quijana*.»

De esto se habló ya en el prólogo: en esta edicion el apellido de Don Quijote siempre es *Quijano*.

78 Pág. 32, líneas 5 y 6, contando desde la última de la plana.

No vió sangre ni *herida* alguna.

Texto ordinario: «No vió sangre ni *señal* alguna.»

Si Pedro Alonso registró hasta las carnes á Don Quijote, hubo de verle señales de golpes; si no, estaba de más decir que no se las vió. CERVÁNTES formaba las haches en figura de cinco ó de *s* alta, y solia no poner tilde á la *ñ*, de modo que sus eñes venian á ser enes; una *r* en la cual se agrande y

baje un poco la pequeña curva con que concluye, se convierte en una *n*, como le sucede al que escribe esta nota : por eso donde el copiante ó el impresor del *Quijote* leyó *señ*, leo yo *her*, y supongo que es el principio de la palabra *herida*, más oportuna en esta ocasion que la de *señal*.

79 Pág. 33, líneas 5 y 6.

Obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentia.

Dicen las demas ediciones : « Obligó á que el labrador le preguntase *le dijese* qué mal sentia. »

Creemos que se le debió de olvidar al autor borrar esas palabras de *le dijese*, que no hacen falta.

80 Pág. 33, lín. 6, contando de abajo arriba.

Que se han visto, *ven* ni verán en el mundo.

Las demas ediciones : « *Vean* ni verán. »

Probablemente escribiria CERVÁNTES *veen*, á uso de su tiempo, y el copiante ó el tipógrafo entendió que la segunda *e* era una *a*.

81 Pág. 34, lín. 13.

Y estaba diciéndoles su ama.

Las demas ediciones : « *Que* estaba diciéndoles su ama. »

Creemos que en esta obra se ha impreso várias veces *que* en lugar de *y*, porque la abreviatura de *que* seria confusa en el borrador de CERVÁNTES.

82 Pág. 34, al medio.

Dos dias há que no parecen él ni el rocin.

La primera edicion : « *Tres* dias há. » La segunda y todas las demas : « *Seis* dias. »

Cuando en la primera edicion de Juan de la Cuesta se imprimió *tres*, y en las otras dos *seis*, el número ó las letras con que se escribió esta cantidad no estaban muy legibles en el manuscrito, y con muchos números de los que hay en el *Quijote* debió pasar lo mismo. En las tres ediciones de Juan de la Cuesta se lee, en el capítulo IV, que el salario del chico azotado por su señor eran siete reales al mes, y que habiendo servido nueve, le debia su amo *setenta y tres* reales : las ediciones modernas corrigieron *sesenta y tres*, como era debido. Aquí la primera edicion dió el texto mal, y la correccion de la segunda lo dejó peor. Don Quijote, el dia 27 de Julio, se recogeria temprano para madrugar, y por consiguiente, se separaria de su ama y de su sobrina como á las nueve de la noche : á las nueve de la siguiente se hallaba en la venta del andaluz; y seria la misma hora de la noche tercera cuando Pedro Alonso estaba ya con Don Quijote, oyendo en la calle lo que hablaban en casa de éste : debia pues el Ama decir que

hacia justamente *dos dias* que no veian á su amo. Ni CERVÁNTES escribiria *tres* en su manuscrito, ni ménos corregiria *seis* en la segunda edicion; pues ya se ha dicho que CERVÁNTES residia en Valladolid cuando Juan de la Cuesta hizo en Madrid las dos primeras ediciones del *Don Quijote.*

83 Pág. 35, línea primera del penúltimo párrafo.

Todo esto *estaba* oyendo *el labrador.*

Las demas ediciones: «Todo esto *estaban* oyendo el labrador *y Don Quijote.*»

Si Don Quijote hubiera oido que el Cura se proponia quemarle sus libros, no hubiera tragado tan fácilmente el cuento del mago que los habia hecho desaparecer: se han suprimido las palabras *y Don Quijote*, porque ó se le olvidó á CERVÁNTES borrarlas, ó quizá su intencion fué escribir: «Todo esto estaba oyendo *de* Don Quijote (esto es, acerca de Don Quijote) el labrador.»

84 Pág. 36, líneas 3 y 4 del párrafo segundo.

Combatiéndose con *trece* jayanes.

Los mercaderes toledanos eran seis, los criados de á caballo cuatro, y los mozos de á pié tres: con que eran *trece*, y no *diez*, como traen las demas ediciones.

85 Pág. 37, en el principio del capítulo.

Pidió á la Sobrina las llaves del aposento.

Léese en las demas ediciones: «Pidió las llaves á la Sobrina del aposento.»

Excusado parece fatigarse mucho en persuadir á nuestros lectores que hay en esta frase yerro de pluma ó de impresion, porque no es el pensamiento de aquellos que dan lugar á trasposiciones.

86 Pág. 40, párrafo segundo y principio del tercero.

—Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero; mas no le entiendo.
—Ni áun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura.

Con perdon de los comentadores que han explicado este diálogo, mi pobre opinion acerca de él es la siguiente. El capitan don Jerónimo Jimenez de Urrea tradujo el *Orlando* del Ariosto, pero muy mal. Aunque el Barbero tenia la obra original, como no sabia el italiano, no la entendia. Podia entenderla leyendo la traduccion de Urrea; mas estando malamente hecha la tal version, dice con razon el Cura al Barbero: *ni áun fuera bien que vos la entendiérades*, esto es: «Y bueno fuera que no la pudieseis leer en castellano, porque el *Orlando* que vos podeis entender es un mal libro.» Por eso añade luego: «Aquí le perdonáramos al señor ca-

pitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor.»

87 Pág. 42, al medio.

Enamorada de Hipólito, *el* escudero.

Así escribiria CERVÁNTES, y no «*su* escudero», porque Hipólito no era escudero de la Emperatriz.

88 Pág. 42, líneas 8 y 9, contando desde la última de la plana.

Merecia el que lo compuso, pues no hizo *ciertas* necedades *sino* de industria, que le echaran á galeras.

Las demas ediciones: «Merecia el que le compuso, pues no hizo *tantas* necedades de industria, que le echaran á galeras.»

Si *no* hizo *de industria* las necedades, no merecia tan grave castigo: ha de faltar la conjuncion adversativa *sino* ú otra equivalente. Como no se ha dicho de tales necedades palabra, y el Cura, bien léjos de eso, da muchas alabanzas al libro, parece que no se debe leer *tantas*, sino *ciertas*, voz que termina, como *tantas*, en la sílaba *tas*.

89 Pág. 46, lín. 11.

Don Luis *Zapata*.

Las demas ediciones: «Don Luis de *Avila*.»

Avila es error de pluma ó de imprenta: fué don Luis *Zapata* quien compuso el *Carlo famoso*, poema al cual debe aludirse aquí, porque el Emperador Cárlos V ocupa el principal lugar en la accion.

90 Pág. 47, línea antepenúltima.

Revolvia los ojos *pasmado*.

Las demas ediciones: «Revolvia los ojos *por todo*.»

Al principio de *La ilustre Fregona* se hallan estas frases: «Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y *por todo se* hurta.» *Por todo* parece italianismo ó galicismo, en lugar de *por todas partes* ó *en todas partes*. Raro se nos hace que lo cometiera nuestro autor en el caso presente, á pesar del ejemplo que citamos de *La Fregona:* quien piense de otro modo tenga por no válido el participio que se ha sustituido aquí á esa extranjera locucion adverbial.

91 Pág. 48, líneas 10 y 11.

Cuando *acudimos* á mirar.

Primera edicion: «Cuando *acordamos* á mirar.»

Para dar verosimilitud al cuento, parece se debió decir que *acudieron* el Ama y la Sobrina á ver que habia hecho el viejo así que se fue. *Acordar* á *mirar* no es locucion propia.

92 Pág. 48, al medio.

Friston, diria.

Las demas ediciones: «*Freston*, diria.»

Friston es el nombre de un encantador que figura en la historia de don Belianis, y eso escribiria CERVÁNTES; pero como á veces no hacia ojo á las *ees*, ni solia poner punto á las *íes*, hubo de parecer *e* la *i*.

93 Pág. 50, línea primera.

Allegó una razonable cantidad.

Las otras ediciones: «*Llegó*.»

Parece que debe ser *allegó*, en el sentido de *juntó*, porque en la novela *El Casamiento engañoso* escribió CERVÁNTES en el propio sentido: «No desperdicio nada y *allego* mucho», y en la tragedia *Numancia*, jornada segunda:

Que todo aquello que en provecho vieres
Venir del pueblo triste que te invoca,
Lo *allegues*, cual se espera de quien eres.

Por fin, en *El Trato de Argel*, á más de la mitad de la primera jornada, leemos:

El dinero todo junto
De limosna le *allegaron*.

94 Pág. 50, líneas 1 y 2.

Acomodóse asimismo de una *lanza*.

Todas las demas ediciones, copiando á la primitiva, dicen aquí *rodela*. Recuérdese lo que se expresó en el prólogo, página XVIII. Más necesitaba Don Quijote una lanza que una *rodela*, porque la adarga habia salido sin lesion de la primera lid, y la lanza no: el mozo de los mercaderes de seda la hizo pedazos.

95 Pág. 50, líneas 4 y 5, contando desde abajo arriba.

Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que habia tomado.

Las primeras ediciones: «La misma derrota y camino que *el que él* habia tomado.»

Parece que sobran los tres monosílabos *el que él*.

96 Pág. 51, á la mitad.

Les daban algun título de *Conde*, ó *por lo mucho*, de *Marqués*.

Parece que se deberia leer al contrario: «Título de *Marqués*, ó *por lo mucho*, de *Conde*.» A éste se considera superior.

97 Pág. 51, lín. 18.

Y no lo tengas á *milagro*.

Las demas ediciones: «Y no lo tengas á *mucho*.»

Debió escribir el autor *á milagro*, porque Sancho contesta inmediata-

mente: «Si yo fuese rey, por algun *milagro* de los que vuestra merced dice... *Teresa*, mi *oislo*, vendria á ser reina.»

En lugar de *Teresa*, traen las ediciones antiguas el nombre de *Juana Gutierrez*, y más abajo el de *Mari Gutierrez*. Esta es una de las páginas del *Quijote* donde más claro se deja ver que se copió ó se imprimió por un borrador sin corregir, cuyas faltas contra la razon natural y contra la voluntad del autor deben indicarse, pero no respetarse. *Oislo* quiere decir *mujer;* á veces tambien significaba *marido*, como la palabra *consorte*. *Cascajo* es el verdadero apellido de la mujer de Sancho. (Véase la página 41 de nuestro tomo III.)

98 Pág. 54, lín. 19.

Un pesado ramo ó *trancon*.

Tronco dicen todas las demas ediciones.

El ramo ó rama que se desgaja de un árbol, puede ser plantado y pasar á ser tronco, productor de otros ramos ó ramas; pero el desgajado para servirse de él como palo de lanza, ramo ó rama se queda. Bien sabia esto CERVÁNTES cuando escribió su primer libro, la *Galatea*, en cuya dedicatoria leemos: «*Tronco y ramos* de la real casa Colona.» En muchos otros lugares de sus obras determina tambien exactísimamente lo que entiende por tronco; y así, no podemos creer escribiese aquí *ramo* ó *tronco*, dándolos por sinónimos. *Tranca* ó *trancon* seria quizá lo que escribiese, y esto ponemos en las diferentes ocasiones en que se hace mencion de esta arma pulida, llamada luego, á veces *lanza*, y á veces *lanzon*, porque seria corta como los lanzones.

99 Pág. 54, líneas 9, 10 y 11, contadas de abajo arriba.

Machucó tantos moros, que... así él como sus descendientes se llamaron... en adelante Vargas y *Machuca*.

En las otras ediciones leemos el pretérito *machacó;* pero es evidente que al verbo *machacar* corresponderia el sobrenombre *Machaca*, no el de *Machuca*. De *machucar*, y no de *machacar*, usó CERVÁNTES en el capítulo XVIII de esta Primera Parte (página 151 del presente volúmen), donde cuenta que una pedrada hizo á Don Quijote pedazos la alcuza en que llevaba el bálsamo de Fierabras, «*machucándole* malamente dos dedos.» (Véase el orígen de los Machucas en el *Valerio de las historias*, de Diego Rodriguez Almela.)

100 Pág. 57, al principio del tercer párrafo.

Dos frailes de... San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venian.

Y dromedarios se le antojaron á Don Quijote, segun el contexto del

capítulo x (Segunda Parte). Léase la página 78 en el tomo III de esta edicion, y allí se verá cómo afirma Sancho que las mulas de los religiosos parecieron dromedarios á su señor, y que así lo dijo. Han de faltar algunas líneas aquí.

101 Pág. 57, líneas 7 y 8, contando de abajo arriba.

Encantadores, que llevan hurtada alguna princesa.

No creo que escribiese CERVÁNTES la palabra *encantadores* aquí. En el capítulo XLVII de esta Primera Parte (página 293 de nuestro segundo tomo) dice Don Quijote, enjaulado y puesto ya en el carro de bueyes: «Jamas he visto ni leido que á los caballeros encantados los lleven desta manera... porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante.» De la propia manera podrian y deberian llevar los encantadores á las princesas robadas, fuesen encantadas ó no. El Bachiller Sanson Carrasco (tomo III, página 24 de esta edicion) dice, refiriéndose á esta aventura: «Ninguna iguala á la de los dos *gigantes* benitos.» Como Sanson los llama *gigantes*, y no *encantadores*, y Sancho (véase la nota anterior) se refiere á un hecho y un dicho que no están en el libro, debemos entender que hubo aquí alguna supresion y enmienda, no de mano de Cide Hamete, y que él se propondria decir que los religiosos parecieron á Don Quijote gigantes de menor estatura que los molinos de viento, y que, montados en dromedarios, llevaban robada, pero sin encanto alguno, una dama en un coche.

102 Pág. 61, líneas 5 y 6, contando desde abajo arriba.

La señora del coche y las *dueñas* ó criadas suyas.

Texto corriente: «Y las *demas* criadas suyas.»

103 Pág. 64, líneas 10, 11 y 12.

Es digno nuestro gallardo *Don* Quijote de contínuas, *innumerables* alabanzas.

Texto comun: «Es digno nuestro gallardo Quijote de contínuas *y memorables* alabanzas.»

104 Pág. 64, lín. 16.

Bien seguida ahora.

Las demas ediciones: «*Bien casi dos* horas.»

No pudo escribir ese despropósito el segundo autor del *Quijote*, como se llama CERVÁNTES aquí. No se lee en ménos de dos horas la Primera Parte de *El Ingenioso Hidalgo*. Por conservar la palabra *horas*, pusimos en la edicion pequeña *buena cantidad de;* pero tememos no haber acertado con la redaccion verdadera.

105 Pág. 64, líneas 2 y 3 despues de la division de párrafo.

Un *sedero*.

Así dice la primera edicion, y más adelante: «salteándosele al *sedero*.» La segunda y la tercera de Juan de la Cuesta dicen *escudero*, la primera vez que se debiera nombrar al *sedero*; la segunda vez, las tres le llaman *sedero* igualmente. Esta voz es la que CERVÁNTES hubo de escribir en su original, y la de *escudero* es una errata cometida en las reimpresiones. Sin fundamento escribió don Antonio Puigblanch, en la *Adicion última* á sus *Opúsculos gramático-satíricos*: «Pues es académico (Clemencin), será bien no ignore que la voz *escudero*, que ocurre dos veces en el *Quijote*, hablándose del arte de la seda y de la calle de las Cordonerías de Toledo, y que él ha mudado en *sedero*, significa allí cabalmente *pasamanero* ó *cordonero*, aunque no traiga esta acepcion ningun diccionario.» Aunque la trajesen todos, no tendria razon el señor Puigblanch, porque, ántes que el señor Clemencin, habian corregido *sedero* en este lugar otros editores del *Quijote*, y habian acertado, como se ve por la primera edicion.

106 Pág. 64, líneas 6 y 7, contando desde abajo.

Y *puesto que*, aunque los conocia, no los sabia leer...

Siempre suele CERVÁNTES dar la significacion de *aunque* al modo adverbial *puesto que*; mas parece que le dió aquí la de *supuesto que* ó la de *como*, queriendo decir: «Vi (el cartapacio) con caractéres que conocí ser arábigos, y *como* (ó *supuesto que*) no los sabia leer, aunque los conocia, anduve mirando si parecia algun morisco aljamiado que los leyese.»

107 Pág. 65, línea penúltima.

La tradujo *toda*.

Parece que debió CERVÁNTES escribir «*lo* tradujo *todo*», ó «*los* tradujo *todos*». Lo traducido eran unos *papeles* y unos *cartapacios*.

108 Pág. 67, lín. 5.

La verdad, cuya *imágen* es la historia.

Las demas ediciones: «La verdad, cuya *madre* es la historia.»

¿Cómo la historia ha de ser *madre* de la verdad? Más bien será hija, expresion ó *imágen* suya. Si tuvo CERVÁNTES presente aquí á Ciceron, que en el segundo libro *De oratore* llamó á la historia *lux veritatis*, acaso escribiria «*lumbre* de la verdad», *lumbre* por *luz*. *Madre* y *lumbre* terminan en una sílaba parecida.

109 Pág. 68, líneas 8 y 9.

Pero, *con el dolor*, sacó los piés de los estribos.

Con todo, leemos en las otras ediciones, y no es un desacierto; pero no

debe ser lo que el autor escribió. Si el vizcaíno se abrazó al cuello de la mula para no caerse, no viene bien decir (no expresando la causa): «*pero con todo*, sacó los piés de los estribos y soltó los brazos», que son acciones más propias de quien se quiere dejar caer, que del que trata de sostenerse. Más abajo se dice que el vizcaíno estaba tan turbado, que no podia pronunciar palabra; en medio de su turbacion hubo de perder los estribos y soltarse del cuello de la caballería. Puede, pues, disimularse que las palabras *pero con todo* se sustituyan con las de *pero con el dolor*, aunque tal vez seria más conveniente leer: «pero, *atontado* (ó *aturdido*), sacó los piés de los estribos», etc. *Atontado* tiene cinco letras de las siete que forman la locucion *con todo.*

110 Pág. 70, principio del párrafo tercero.

Yo no sé nada de *omecillos*, ni en mi vida le *tuve* á ninguno.

Algo sabia Sancho, á lo ménos de *omecillo* en singular, porque pasando á la página 172 de este tomo, le oiremos decir: «El diablo... hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en *omecillo* y mala voluntad.» Suponemos por esto que Sancho quiere decir en la página 70 á su amo: «Yo no entiendo lo que es *cometer omecillos* (homicidios); yo no sé lo que es *omecillo* en la expresion que vuestra merced acaba de decirme; yo nunca *tuve omecillo* (esto es, *aborrecimiento*) á nadie; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo.» Se ha impreso *tuve* en lugar de *caté* que traen las demas ediciones, porque significando *omecillo* para Sancho Panza *odio* ó *aborrecimiento*, bien se echa de ver que *tener omecillo* dice algo, y *catar omecillo* no. Si tal palabra no apareciese en nuestro libro, puesta en boca de Sancho; si ántes del verbo *caté* no viésemos el pronombre *le* y despues la preposicion *á*, pudiera creerse que la expresion «yo no sé de omecillos ni en mi vida caté ninguno», significaba simplemente: «yo no sé lo que son, y si es cosa que se come, no los he probado.»

Es claro ademas que tambien se puede poner *cobré* en lugar de *caté*.

111 Pág. 72, líneas 2, 3 y 4 del penúltimo párrafo.

Si el caballero *cumpliere* lo que se le *deja* ordenado... ya habrá cumplido con lo que debia.

Las otras ediciones: «Si el caballero *cumplió* lo que se le *dejó* ordenado... ya habrá», etc.

¿Cómo habia de haber cumplido el pobre vizcaíno el mandato de Don Quijote, yendo al Toboso á presentarse ante Dulcinea, si acaso no habria pasado una hora desde que se le habia impuesto el mandato? No pudo Cervántes emplear aquí el pretérito perfecto *cumplió*; escribiria *cumple* ó *cumpliere*.

112 Pág. 75, casi al fin del capítulo.

Determinaron de *parar* allí; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo *dormir* al cielo descubierto.

En las demas ediciones, en lugar de *parar* y *dormir*, se lee *pasarla* y *dormirla*, como refiriéndose al sustantivo *noche*, que está muy distante, y tiene despues varios sustantivos femeninos: si las ediciones antiguas reprodujeron fielmente aquí el manuscrito original, puede creerse que CERVÁNTES habria escrito, nó *pasarla*, sino *pasar la*, y que se le olvidó repetir la palabra *noche*.

113 Pág. 76, líneas 12, 13 y 14.

Sentáronse... *cinco* dellos, de seis que eran los que en la majada habia.

Las otras ediciones: «Sentáronse *seis* de ellos, que eran los que en la majada habia.»

Despues de la cena vino un cabrero más: luego, habiéndose sentado *seis* á cenar, con el otro eran *siete*. Pero al principio del capítulo XII se dice que eran *seis* los cabreros: debe pues entenderse que los que recibieron y obsequiaron á Don Quijote no pasaban de cinco. Los números de CERVÁNTES ofrecen con frecuencia tropiezos. Malo era para alcabalero: sumaba mal, y tal vez contra sí.

114 Pág. 77, al medio.

Las renuncio *desde* aquí *para* el fin del mundo. (Son palabras de Sancho.)

Texto corriente: «*Para desde* aquí al fin del mundo.»

Probablemente será error de copia, porque en el capítulo XV (página 117 de este mismo tomo) se leen estas otras palabras de Sancho: «*Desde* aquí *para* delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho.»

115 Pág. 78, lín. 15.

La *feliz* cosecha.

Texto ordinario: «La *fértil* cosecha.»

Si *fértil* significa *abundante* en el sentido de *copioso*, el texto de las demas ediciones va bien; si *fértil* significa *productor con abundancia*, como creemos, no es propio lo de *fértil cosecha*, y es muy propio lo de *fértil seno* de la tierra, que viene despues: la tierra *produce* y la *cosecha* es lo *producido*. La pintura magnífica del siglo de oro debió ir escrita de muy mala letra, porque lo impreso no deja de ofrecer alguna dificultad.

116 Pág. 79, líneas 2 y 3.

Algunas hojas, de *verdes lampazos* y hiedra entretejidas.

Así dicen todas las ediciones desde la segunda de Cuesta. En la primera se lee: «Algunas hojas *verdes*, de *lampazos* y hiedra entretejidas.»

117 Pág. 79, líneas 6 y 7.

Entónces se *declaraban* los concetos amorosos del alma simple y sencillamente.

Primera edicion : « Entónces se *decoraban*... »

Don Diego Clemencin puso á este lugar la nota siguiente; pero sin hacer la correccion que indicaba : « *Decorar* unas veces es *tomar de coro* ó *de memoria*, y otras *adornar*. Ni una ni otra significacion son del caso en el presente pasaje : acaso diria el original *declaraban*. »

118 Pág. 79, al medio.

Las doncellas y la honestidad andaban... solas y *señeras*, sin *temer* que la ajena desenvoltura y lascivo intento *les* menoscabasen y *supeditaran el que* nacia de su gusto y propia voluntad.

La primera edicion trae este trozo en la forma siguiente : « Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, *sola* y *señora*, sin *temor* que la ajena desenvoltura y lascivo intento *le* menoscabasen, y su *perdicion* nacia de su gusto y propia voluntad. »

La segunda de Juan de la Cuesta corrige *nacida* por *nacia*, y *propia* por *propria*.

La tercera del mismo Cuesta dice en sus lugares respectivos : « *La doncellas* y *la menoscabasen*. »

Las ediciones modernas traen *señeras*, *nacia*, *las menoscabasen* y *propia*.

La nuestra pequeña sustituye *preservacion* á *perdicion*.

Nada de esto nos satisface. *Perdicion*, palabra que sale muchas veces en el *Quijote*, siempre significa *pérdida grave*, lastimosa, vivamente sensible. En la edad de oro, segun la describe Cervántes, no habia *perdicion*, porque no habia gusto ni voluntad culpable en mujeres ni en hombres; ni áun las abejas picaban entónces, como tan delicadamente nos lo indica nuestro escritor incomparable. Cuando las doncellas pasaban á esposas, cambiaban honestamente de estado, sin *perdicion* alguna : *perdicion* es desgracia, y el ser esposa y madre no era sino dicha. Persuadidos de que Cervántes no escribió *perdicion* aquí, hemos arriesgado la variante que arriba queda registrada, en la cual el pronombre *les* corresponde al sustantivo *doncellas*, y el artículo *el* se refiere á *intento*, para dar á entender que la libre voluntad de la vírgen era entónces respetada de todos; y en vez de *su perdicion*, ponemos el verbo *supeditaran*, usado por Cervántes en la Parte Segunda de nuestro libro, capítulo XVIII. En el tomo III de esta edicion, página 161, dice Don Quijote á don Diego Miranda: «Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sumisos, y *supeditar* y acocear los soberbios. »

119 Pág. 79, líneas 8 y 9, contando desde la última de la plana.

Con el *soplo* de la maldita solicitud.

Texto ordinario: «Con el *celo* de la maldita solicitud.»

120 Pág. 81, quinto verso de Antonio.

Porque *te quiero y lo sabes*...

Primera edicion: «Porque *se que eres sabida*...»

Asegura Antonio que el amor que es conocido nunca es desdichado, y quiere corroborar con esto lo que ha dicho ántes: que Olalla le quiere porque es *sabida*. Parece que las dos razones deberian ser semejantes, y son diferentes. Entiendo que se debia conservar la palabra *sabida*, pero en otro sentido, porque probablemente CERVÁNTES, insistiendo en su idea primera de que amar hace ser amado, escribiria:

Porque *te es mi fè sabida*,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.

Así quizá deberia imprimirse en otra edicion el verso quinto del romance de Antonio.

121 Pág. 81, quinta copla del romance.

Abalánzase al señuelo
Mi fe...

Parece que se debe leer *mi amor*, en lugar de *mi fe*, para que el sentido corra sin dificultad en lo que sigue de la copla.

122 Pág. 84, líneas 9 y 10.

Aquella endiablada moza *del aldea*.

Texto corriente: «Aquella endiablada moza de *Marcela*.»

Si se hubiese ya nombrado á *Marcela*, no diria en seguida un cabrero: «Por *Marcela* dirás.»

123 Pág. 86, lín. 7.

Con su *cayado* y pellico.

Así dice la primera edicion; en las otras dos de Juan de la Cuesta, aunque son en general mejores, corrigieron inicuamente *ganado*.

124 Pág. 90, líneas 16 y 17.

Le *halla* el sol á la mañana.

Las otras ediciones: «Le *halló*.»

Ha de ser *halla*, porque los verbos que preceden á éste y le siguen están en presente de indicativo: *hay*, *pasa*, *envia*.

125 Pág. 93, lín. 8.

El buen *porte*.

Texto comun : «El buen *paso*.»

126 Pág. 93, lín. 7, contando desde la última.

Ha de volver á *su ser*, y á cobrar su reino y cetro.

Texto corriente : «Ha de volver á *reinar* y á cobrar su reino y cetro.»

127 Pág. 95, línea primera.

Para llegar á la sierra.

Primeras ediciones : «*Al* llegar.» Las modernas : «A llegar.»

128 Pág. 98, líneas antepenúltima y penúltima del párrafo de enmedio.

Se *tendrá* por dichosa.

Texto usual : «Se *tendria*.»

129 Pág. 101, líneas 9 y 10, contando desde la última de la plana.

Quiso bien, fué aborrecido;
Adoró, fué desdeñado.

Hemos dicho ya que abundan versos de romances y coplas en el *Quijote*.

130 Pág. 102, líneas 9 y 10, contando desde la última.

Há poco supimos la muerte de Grisóstomo.

Esto es más conforme con lo que se ha dicho ántes, que lo que traen las demas ediciones, donde se lee : «*Anoche* supimos la muerte.»

En nuestra página 92 queda impreso que *aquella mañana* se habian encontrado los caminantes con los pastores, y que uno de ellos les habia referido los amores de Grisóstomo, causa de su acelerado fin.

131 Pág. 104, verso 10 de la segunda estrofa.

Del *infamado* buho.

Léase «del *envidiado* buho», como en las demas ediciones. Creian nuestros antepasados que el buho era perseguido por otros pájaros, cuando le veian de dia, por la envidia que les daban sus ojos. Don Luis de Góngora escribió en su primera *Soledad*, versos 1,025 y siguientes :

...Cual suele de lo alto
Calarse turba de *envidiosas* aves
A los ojos de *Ascálafo*, vestido
De perezosas plumas.

Versos acerca de los cuales dice don García Salcedo Coronel, comentándolos : «*Ascálafo* vestido de perezosas plumas, esto es, transformado

en *buho*. Es odiosa á todas las demas esta ave, y así la acometen cuando la ven, *envidiosas* de sus ojos, por tenerlos mayores que otra ninguna. Por esto los cazadores le ponen junto á las redes para cazar las demas aves, que calándose á ofenderle, pagan con propio daño su *envidiosa* culpa.» (*Soledades* de don Luis de Góngora, comentadas por don García de Salcedo Coronel. Madrid, 1636, fólio 191.)

132 Pág. 105, verso 4 de la penúltima estrofa.

...Si el *desengaño* está delante...

Texto corriente : «Si el duro *celo*.»

133 Pág. 106, verso 5 de la penúltima estancia.

Con su rueda *Ixïon* no se detenga.

Egion dicen las demas ediciones; pero ya habia impreso CERVÁNTES, en el libro IV de su *Galatea* : «¿Hay rueda de *Ixion*, que más presto se vuelva?», etc.

134 Pág. 108, lín. 5.

Neron.

Texto corriente : «*Nero*.»

«*Neron* manchego del mundo», leemos en el romance de Altisidora, Parte Segunda, capítulo XLIV.

135 Pág. 108, lín. 7.

Servio Tulio.

Texto usual : «*Tarquino*.»

136 Pág. 108, líneas 10, 11 y 12, contando de abajo arriba.

Que, sin ser poderosos á otra cosa,
A que me ameis os mueve mi hermosura.

En la página siguiente se lee tambien (líneas 6, 7 y 8):

El verdadero amor no se divide,
Y ha de ser voluntario, y no forzoso.

Abundan los versos de todos géneros y medidas en el *Quijote*. CERVÁNTES debió gustar mucho de esta especie de citas anónimas, obra de engaste, que produce muy buen efecto las más de las veces.

137 Pág. 110, líneas 4 y 5.

No habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el *sí* de ninguno dellos...

«El *fin*», dicen las demas ediciones.

138 Pág. 110, líneas 12 y 13, contando desde abajo.

Mirad ahora si será razon que de su *culpa* se me dé á mí la pena.

Texto ordinario : «Mirad ahora si será razon que de su *pena* se me de á mí la *culpa*.»

Ha dicho Marcela que Grisóstomo «quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento» : éstas fueron *culpas*, no *penas*.

139 Pág. 110, líneas 4 y 5, contando desde la postrera.

Uno de los que me solicitan *en* su particular provecho.

Texto corriente : «*De* su particular provecho.»

140 Pág. 111, líneas 4 y 5.

No los buscará.

Las demas ediciones : «*Ni* los buscará.»

141 Pág. 112, líneas 7 y 8.

Pues *merece* que en él halle *estima* la que con tan honesta intencion vive.

Las demas ediciones : «Pues *muestra* que en él *ella es sola* la que con tan honesta intencion vive.»

No es admisible esta leccion, porque no era Marcela la única mujer que vivia con el propósito de permanecer en estado honesto.

142 Pág. 113, lín. 5.

Ladrones *y* malandrines.

Las otras ediciones : «Ladrones malandrines.»

143 Pág. 113, título del capítulo.

Con unos desalmados *yangüeses*.

Así dice el epígrafe de este capítulo XV en la primera edicion; y luego, donde habia de leerse *yangüeses*, se halla impreso, una porcion de veces, *gallegos*. En la segunda edicion de Cuesta corrigieron *yangüeses*.

144 Pág. 114, líneas 7 y 8.

El diablo, que *muy pocas* veces duerme.

Primera edicion : «Que *no todas* veces duerme.»

Es de creer que las palabras *no todas* sean error de copiante, y que hubiese escrito CERVÁNTES *muy pocas*. En el capítulo XX (página 172 de este tomo) escribió : «El diablo, que *no* duerme» : frase comunísima.

145 Pág. 114, despues de la mitad.

Tomó un *trotico* algo picadillo.

Así dice la primera edicion : en la segunda de Juan de Cuesta imprimieron *trotillo* por *trotico*, dando lugar á que don Diego Clemencin dijese,

en su comentario, que sonaba mal esta consonancia. No habia tal consonancia en la primitiva edicion.

146 Pág. 114, lín. 11, contando desde la postrera.

A pocos *lances le* rompieron las cinchas.

Primera edicion : « A poco *espacio se* le rompieron las cinchas. »

147 Pág. 115, lín. 3.

No somos sino uno y medio.

Las demas ediciones : « *Nosotros* sino uno y medio. »

Clemencin : « Puede conjeturarse que *nosotros* es errata por *no somos*. »

148 Pág. 120, lín. 12, contando de abajo arriba.

Para *ponernos*.

Texto ordinario : « Para *ponerlas*. »

149 Pág. 120, segunda línea del penúltimo párrafo.

Caballería andante.

Texto ordinario : « *Caballero* andante. »

Se trata del caballo de Don Quijote.

150 Pág. 121, principio del párrafo último.

Eso es... cuando (los caballeros andantes) están *desfavorecidos en sus amores*.

Podrá no ser esto lo que escribiese CERVÁNTES aquí; pero ménos lo será lo que traen las demas ediciones : « Eso es... cuando están *enamorados*. » ¿Cuándo no lo estaban? Recuérdese que ántes habia dicho Vivaldo á Don Quijote (página 97 de este tomo) que no todos los caballeros andantes eran enamorados, y Don Quijote le habia respondido : « No puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales *ser enamorados*, como al cielo tener estrellas. »

Si nuestra enmienda parece larga, léase *desdeñados*.

151 Pág. 121, lín. 6, contando desde la final de la plana.

Llamándose *Beltenebros*.

¿Cómo pronunciaria este nombre CERVÁNTES? *¿Beltenebros* o *Beltenebros?* Yo no lo sé.

En la tragicomedia de Gil Vicente, titulada *Amadis de Gaula*, se lee la siguiente quintilla :

Si á Amadis viérades vos,
De lloros tan amarillos,
Llamado *Beltenebrós*,
Pedir por amor de Dios,
No pudiérades sufrillos.

Y esta otra más adelante:

CORISANDRA.

Padre, ¿qué nombre teneis?

AMADIS.

Llámome *Beltenebrós.*

CORISANDRA.

Pues así me salve Dios,
Que á Amadis os pareceis;
Pero no debeis ser vos.

Por el contrario, Góngora escribió *Beltenebro* en el romancillo que principia:

Noble desengaño,
Gracias doy al cielo...

Allí, ya cerca del fin, se lee la copla:

¡Qué de meses y años
Que viví muriendo,
En-peñado pobre,
Sin ser *Beltenebro!*

Y Calderon, al principio de su comedia titulada *El Maestro de danzar*, escribió con la misma asonancia:

En tí
Todas las locuras dejo
De Esplandian y Belianis,
Amadis y *Beltenébros*,
Que, á pesar de Don Quijote,
Hoy á revivir han vuelto.

Parece que la pronunciacion más antigua era la de *Beltenebrós*, y que la variaron despues.

152 Pág. 126, á más de la mitad.

Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado... de las enjalmas... de los dos mejores mulos que traia, *y que* eran doce.

Texto corriente: « *Aunque* eran doce. »

153 Pág. 128, líneas 7, 8, 9 y 10.

Su fermosa doncella. La asturiana... buscando á su querido, topó con los brazos de Don Quijote.

Se ha puesto punto despues de *doncella*, porque Don Quijote estaba pensando en la hija del ventero cuando Maritórnes entró; la fermosa doncella de quien Don Quijote se creia favorecido, no era la asturiana.

En las otras ediciones hay un punto ó dos entre *querido* y *topó*.

154 Pág. 128, lín. 18 y siguientes.

Y el aliento... (de Maritórnes) á él (á Don Quijote) le pareció un olor suave y aromático que arrojaba de su boca.

Primera edicion : «El aliento... á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático.»

Sigue la narracion : «Y finalmente, él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que *él* habia leido en sus libros.»

Las tres ediciones de Juan de la Cuesta dicen aquí : «De la misma traza y modo *lo que* habia leido en sus libros.»

Las ediciones modernas : «De la misma traza y modo *que lo* habia leido en sus libros.»

Aun con ser acertada esta enmienda, cabe sospechar si aquel *modo lo* de las ediciones de Cuesta seria en el original de CERVÁNTES la palabra *modelo*, usada en sentido metafórico, lo mismo que *traza*, porque se habla de *trazas* escritas.

155 Pág. 128, líneas 7 y 8, contando desde abajo.

Vencida de sus amores.

Vencida se lee en la primera edicion ; en las otras dos de Cuesta se lee *vencido*, y tambien en diferentes ediciones modernas. Creemos que debe leerse *vencida*, porque, á no estar la dama *vencida* por su amor al caballero doliente, no le hubiera venido á ver, aunque estuviera él muy enamorado de ella.

156 Pág. 129, lín. 10, contando desde la última.

Se fué llegando *más* al lecho.

Sobra aquí el adverbio, y hacia falta en la página 10 de este tomo, ya cerca del fin, donde se dijo que Don Quijote *se llegó* (más) *á la puerta de la venta*. Suplido allí el *más*, y quitado de aquí, ambos lugares quedaban sin tropiezo.

157 Pág. 130, lín. 3 del primer párrafo.

Que, *aunque mal*, ya dormia.

Las otras ediciones : «Que *áun* dormia.»

Aun debe ser parte de un *aunque*, y luego vendria el adverbio *mal*, porque ántes (página 127, despues de la primera division de párrafo) se nos dice de Sancho : «*Aunque* procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas.»

158 Pág. 131, líneas últimas.

El ventero... habia muerto la lámpara... y fuéle forzoso *al cuadrillero* acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió otro candil.

Parece que en las demas ediciones tienen mala colocacion las palabras *el cuadrillero*, puestas despues del pretérito *encendio*.

159 Pág. 132, sumario del capítulo.

Faltan en las demas ediciones las dos palabras *Don Quijote*, á nuestro parecer necesarias.

Al principio del capítulo :

Con el mismo tono de voz con que el dia ántes *le* habia llamado *á él* su escudero... en el val de las estacas.

Primera edicion : «Con el mesmo tono de voz con que el dia ántes *habia llamado á* su escudero.»

Vuélvase á la página 115, antepenúltimo párrafo, y se verá que Sancho Panza fué quien llamó á Don Quijote, aunque amo y criado se hablaron con tono afeminado y doliente.

160 Pág. 135, lín. 4.

Le dejó *medio* descalabrado.

Así escribiria el autor, y nó *muy bien* descalabrado, porque luego se dice que el candilazo no habia producido herida, sino un buen par de chichones, á nuestro malaventurado caballero.

161 Pág. 135, principio del parrafo segundo.

No hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con *encantados;* que, como son invisibles y *fantásticos*, no hallaremos de quién vengarnos.

La primera edicion trae las palabras *ellas* y *fantásticas* donde la nuestra *encantados* y *fantásticos*.

Cosas de encantamentos, como puñadas, pateos y candilazos, parecen harto reales y harto visibles : los encantados podrán ser invisibles. En lugar del pronombre *ellas*, pondria otra cosa el autor ; quizá el plural *duendes*, voz más corta que la de *encantados*.

162 Pág. 135, líneas 2 y 3 del tercer párrafo.

El cuadrillero... estaba escuchando en qué paraba *el diálogo*.

Primera edicion : «En qué paraba *su enemigo*.»

No llamaria CERVÁNTES á Don Quijote *el enemigo del cuadrillero*, cuando acababa el pobre señor de decir que no habia para qué enojarse con el que le habia dado el candilazo de los chichones. *Diálogo* ó *coloquio*, diria el autógrafo.

163 Pág. 138, líneas 7 y 8.

Asió de *su trancon*, que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Las demas ediciones : «Asió de *un lanzon*, que allí estaba.»

Si Don Quijote hubiese cogido *un lanzon* de la venta, el señor Palome-

que no hubiera dejado de preguntarle qué iba á hacer con él, pues no pecaba el tal ventero de generoso; y le habia hecho ya grata donacion de la alcuza. Debió haber escrito CERVÁNTES aquí un vocablo acabado en *on*, que seria tal vez el que sustituimos.

164 Pág. 138, lín. 10.

Pasaban de veinte personas.

Primera edicion: «Pasaban de *más* de veinte personas.»

Aquí habria una correccion de CERVÁNTES, que habria escrito: «*Eran más* de veinte personas» y «*pasaban* de veinte personas»: mal borrado quizá lo que desechó, el copiante ó el impresor tomó de una frase y de otra, y dejó el adverbio donde no se necesitaba.

165 Pág. 141, lín. 5, contando desde la última.

De *ántes*.

Las demas ediciones: «*De anoche.*»

El mareo de Sancho habia sido ya en aquel mismo dia.

166 Pág. 145, al fin del primer párrafo.

¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es *causada* de un copiosísimo ejército.

Texto usual: «Toda es *cuajada.*»

«*Cuajada* (dice, en su comentario, el señor Clemencin) parece error de imprenta por *causada.*»

167 Pág. 148, líneas 7 y 8.

Esparraguilardo del Bosque.

Las demas ediciones dicen: «*Espartafilardo.*»

Como el amante de *Miaulina* trae en su escudo un gato y el letrero *miau*, me pareció que á quien traia en el escudo una *esparraguera* llamaria CERVÁNTES *Esparraguilardo*. No se hubiera hecho esta variante si ántes hubiese escrito el señor don Aureliano Fernandez-Guerra, mi buen amigo, el luminoso artículo publicado en el número 6 de la *Concordia*.

168 Pág. 148, lín. 11.

Caballeros *y gigantes*.

Aunque las otras ediciones no traen *gigantes*, Cide Hamete quiso que los hubiera en esta vision de Don Quijote, porque dejó dicho más adelante (página 149) que Sancho Panza volvia la cabeza para ver si descubria los caballeros y *gigantes*, y no divisaba ni *gigante* ni caballero, por lo cual gritó á su amo despues, al verle partir contra las ovejas, que no habia allí *gigante* ni caballero, ni cosa que se les pareciese.

169 Pág. 148, á mas de la mitad.

Los que pisan los *montuosos* campos masílicos.

Primera edicion: «Los *mentuosos*, que pisan los masílicos campos.»

Segunda y tercera de Cuesta, seguidas por las modernas: «Los *montuosos*...»

Mejor se puede aplicar el adjetivo *montuosos* á *campos* (esto es, á provincias) que á *hombres*: la voz *mentuoso*, si en efecto se hallaba en el original del *Quijote*, si era un latinismo formado sobre el sustantivo *mentum*, querria significar hombre *barbilludo*. Hay que advertir que las páginas en que se refiere la aventura de los carneros están muy mal impresas en la primera edicion: allí se lee *Alifanfaron* y *Alefanfaron*, *Pentapolin* y *Pentapolen*, *Termodoante* por *Termodonte*, *foribundo* por *furibundo*, *bebian* por *beben*, *cubren* por *criban*, y este trozo, falto de palabras y de puntuacion conveniente: «Los Numidas dudosos en sus promesas; los Persas, arcos y flechas, famosos Partos, los Medos, que pelean huyendo.» Son muchas las páginas que hay en el *Quijote* impresas con igual desatino.

170 Pág. 149, líneas 8 y siguientes despues de la primera division de párrafo.

Encomiendo al diablo *si* hombre, ni gigante ni caballero... parece.

Falta el *si* en las primeras ediciones.

171 Pág. 150, lín. 11.

Ni veros azules ni *entreverados*. (Seria mejor *plateados*.)

Texto usual: «Ni veros azules ni *endiablados*.»

Parece que despues de *azules* debia ir otro adjetivo de color.

172 Pág. 151, línea penúltima del primer párrafo.

Cargaron *con* las reses muertas.

«*De* las reses», dicen las ediciones comunes.

En el capítulo XXIX de esta Parte, página 60 de nuestro segundo tomo, hallará el lector la expresion: «¿Habrá más que cargar *con* ellos?»

173 Pág. 151, primera línea del párrafo último.

Donde dice *desaparecer*, léase *desparecer*, que es lo que traen las tres ediciones de Cuesta.

174 Pág. 151, líneas 3 y 4 del párrafo último.

Este *maligno*, que me persigue.

Así dicen las ediciones modernas, y no dicen mal; en las tres de Cuesta se lee *Maglimo*, con inicial mayúscula, como si fuese nombre de alguna persona ó algun adjetivo sustantivado equivalente á él. Es de temer que

Cervántes escribiera *Mágico*, en la significacion de *encantador*, voz que usó luego en la Segunda Parte de nuestro *Quijote*, capítulo xxxv, donde el contrahecho Merlin pronuncia estos versos :

Y puesto que es de los encantadores,
De los magos ó *mágicos*, contino
Dura la condicion...

Por lo ménos la diccion equivocada *maglimo* tiene las tres letras primeras de *mágico* en el mismo órden, *mag*.

175 Pág. 153, á la mitad.

El que *allá* mantearon... las alforjas que *aquí* me faltan...

Ayer y *hoy*, traen las demas ediciones, en vez de *allá* y *aquí*. El manteamiento habia sido en el mismo dia.

176 Pág. 154, lín. 13.

En mitad de un *camino* real.

Primera edicion : « En mitad de un *campo* real. »

Parece que se debe leer *camino*. En un acampamento (suponiéndole de cristianos) debe haber sacerdotes, y no hace falta que prediquen los caballeros ; en un camino real no es tan seguro que haya predicadores.

177 Pág 158, lín. 12

Y de allí á muy poco, etc.

Las demas ediciones traen de este modo el pasaje :

« Y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana ; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas. »

Estas páginas, y algunas que preceden y siguen, son las que salieron peor impresas en la Primera Parte de nuestro libro : el borrador con arrepentimientos y enmiendas, difíciles de entender y ordenar, se ve á cada instante. Desde luego comprenderá cualquiera que Don Quijote y Sancho debieron ver primero los encamisados con las hachas, y luego las demas circunstancias de aquel raro acompañamiento : así, mal ó bien, va el texto de nuestra edicion, y aquí el de la primera, por si es preferible.

178 Pág. 158, líneas 4, 5 y 6, contando desde el fin.

Y así *fué*, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo; lo contrario avino á su amo.

Primera edicion: «Y así *fuera en cuanto á Don Quijote;* que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo; lo contrario le avino á su amo.»

Parece, segun ya advirtió el señor Clemencin, que por distraccion se quedaron sin borrar aquí algunas palabras. Creemos que sobra, y áun que daña á la claridad de la narracion, la última sílaba de *fuera*, y el inciso *en cuanto á Don Quijote.*

179 Pág. 159, líneas 6 y 7.

Deteneos, caballeros, *ó* quien quiera que seais.

Así la primera edicion; en las otras se omitió la adversativa *ó*, muy propia del caso, porque Don Quijote no tuvo á los encamisados por caballeros, sino por *cosa mala del otro mundo.*

180 Pág. 159, líneas 1 y 2 del penúltimo párrafo.

Trabando del freno *á la caballería*, dijo *al que* iba en ella...

Las demas ediciones: «Trabando del freno, dijo...»

181 Pág. 159, líneas 9 y 10, contando desde abajo.

Dió con su dueño... *y consigo* en el suelo.

Las otras ediciones: «Dió con su dueño *por las ancas* en el suelo.»

La mula cayó, segun se refiere despues, y cogió una pierna debajo al jinete.

182 Pág. 159, líneas 5 y 6, contando desde la última.

Arremetió *al mozo enlutado* y mal *sufrido*, *y* dió con él en tierra.

Las demas ediciones: «Arremetió *á uno de los enlutados*, y mal *ferido*, dió con él en tierra.»

Lo natural era que Don Quijote, ya encolerizado, acometiese al que le denostaba. En el resto de la aventura se habla extensamente del que cayó y se quedó debajo de la caballería; no se habla de otro herido, y así debemos creer que Don Quijote no malhirió á nadie.

183 Pág. 162, líneas 4 y 5.

Los mesmos Satanases del infierno; que por tales os juzgué y tuve *sin duda.*

Texto ordinario: «Por tales os juzgué y tuve *siempre.*»

Este *siempre* no hubo de ser escrito por el autor. Si Don Quijote hubiera conocido que aquel era un acompañamiento de entierro, no hubiera embestido á los que lo formaban; los acometió porque los desconoció, como á los religiosos benitos; y en este caso, habiéndole parecido *cosas*

del otro mundo, era muy impropio el adverbio *siempre*, cuando se trataba de figuras que veia ó creia ver por primera vez en aquellos momentos.

184 Pág. 162, á la mitad.

Hizo Sancho costal de *una loba que halló* en el suelo, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en *ella*, *la ató*, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo.

Las otras ediciones: «*Hizo* Sancho *costal de su gaban*, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el *talego*, cargó su jumento.»

Se verá despues que los galeotes quitaron á Sancho el *gaban*, y no se llevaron el *talego*, *costal* ó lio donde tenia las provisiones de boca: no hizo pues costal del gaban. Es ademas algo sospechosa de vicio la frase, porque se dice primero que Sancho hizo *costal* de su gaban, y luego que recogió cuanto pudo en el *talego*. En vez de *talego*, ¿se habria escrito en el original *tal lio?* ¿Se habria escrito *sábana* donde creyeron que decia *gaban? Sábana* tiene las letras de *gaban*, ménos la *g;* que llevasen sábanas en su acémila aquellos señores, para no usar las de las posadas, era harto creible.

185 Pág. 162, lín. 8, contando desde abajo.

De *haberles* hecho.

Texto usual: «De *haberle* hecho.»

186 Pág. 162, línea penúltima.

Con esto se fué el Bachiller. *Olvidábaseme de decir*, etc.

A la oracion «con esto se fué el Bachiller» sigue en todas las demas ediciones, inclusa la primera, esta cláusula: «Y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura*»; y continúa todo el diálogo entre Don Quijote y Sancho, hasta las palabras: «anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.» Tras este punto se añade: «En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin *replicarle* palabra.» Han notado los críticos lo intempestivo de tal expresion, cuando hacia ya rato que se habia ido el Bachiller, y no habia razon para que volviese: teníase éste por uno de los descuidos graves de nuestro autor en esta insigne obra. Pero en la primera edicion hallamos otro descuido ántes, que viene afortunadamente á reparar el que nos ocupa. Despues de lo que en esta edicion forma el corto parrafito tercero en la página 164; despues de las palabras *como habia imaginado*, sigue esto en la primera edicion: «Olvidábaseme de decir *que advierta vuestra merced* que *queda* descomulgado, por haber puesto las manos en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo*, etc.—*No entiendo ese latin*, *respondió Don Quijote; mas* yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzon.» Continúa el razonamiento de Don Quijote, y se dice despues: «En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.» Con esta particularidad de la primera edicion, no cabe ni áun asomo de duda

sobre cuál fué el pensamiento de CERVÁNTES en este lugar : á la cláusula *con esto se fué el Bachiller*, debe seguir : *Olvidábaseme de decir*, y el diálogo de Alonso con Don Quijote, que termina en *se fué sin* replicarle *palabra*. El afijo *le* manifiesta que Alonso Lopez hablaba solamente con una persona. Ahora bien, en la segunda y en la tercera edicion de Juan de la Cuesta no se halla la proposicion, incompleta, pero importantísima, *Olvidábaseme de decir*, ni la de *respondió Don Quijote*, sino que despues de las palabras : «rióse Don Quijote, pero propuso llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado», siguen estas otras : «y díjole : Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada... aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon.» Así, lo que en la primera edicion es un diálogo muy oportuno entre el Bachiller, que amonesta con razon á Don Quijote, y Don Quijote, que se defiende, es en las demas ediciones un escrúpulo de nuestro loco, no muy propio en quien habia atropellado á los monjes benitos, aunque Sancho y ellos le decian que eran en efecto unos religiosos ; y ni habia hecho caso entónces, ni despues se le habia ocurrido escrúpulo alguno. La correccion hecha en la segunda edicion, y perpetuada en las demas, contradice al pensamiento del autor, claramente manifestado en la primera : por consecuencia, no puede ser suya ; por consecuencia, ni ésta ni otras que hay en su obra merecian respeto. Colocado ahora en su lugar el trozo que se le *olvido* á CERVÁNTES al referir la ida del Bachiller, añadidas á las palabras *Olvidábaseme de decir que*, las de *ántes dijo á Don Quijote*, palabras que estarian en el original y que suprimiria el impresor, como suprimió el robo del Rucio, la narracion no presenta el menor tropiezo. Si CERVÁNTES hubiese cuidado la tercera edicion de Juan de la Cuesta, ¿no habia de haber corregido lo que, vista la primera, nos ha sido tan fácil? Forzoso es reconocer, segun queda manifestado en el Prólogo, que CERVÁNTES no revisó, aunque estaba en Madrid, la edicion de 1608, si bien el editor ó el impresor debieron consultar con él ciertas dificultades. La variante más extensa de la mencionada edicion es completamente inútil. Dice Don Quijote, en el capítulo L, al Canónigo, que desearia dar á Sancho Panza un condado ; y en la primera edicion lo funda con esta breve advertencia : «Me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Insula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho.» En la edicion de 608 crece en estos términos el discurso de Don Quijote : «Me guio por muchos y diversos ejemplos, que podria traer á este propósito, de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de

ciudades y insulas; y cual hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Insula Firme? Y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer Conde á Sancho.» Con este razonable trozo, bien escrito sin duda, pero bien excusado, salia enriquecida la edicion de 1608; y el robo del Rucio y la doble ida del Bachiller y otras contradicciones quedaban sin la enmienda oportuna. Se nos preguntará que de dónde saldria esta añadidura concerniente á los escuderos. Fácil es conocer que del borrador de CERVÁNTES, del cual el escribiente ó el editor habian hecho lo que les habia parecido, quitando y poniendo, segun la práctica de aquellos tiempos: pagada la obra, el autor no tenia accion sobre ella. (Véase el prólogo á la parte XVII de *Comedias* de Lope, reimpreso en el tomo IV de las *escogidas* del mismo, que forma el volúmen LII en la *Biblioteca de Autores Españoles.*) Para no hacer trabajar mucho á CERVÁNTES, para no tener que pagarle algo, procuraria el editor no consultarle muchas dificultades: con su borrador y su tino crítico tenia bastante. El *Quijote* habia sido recibido con general aplauso; todos lo leian, ménos quien lo habia escrito: ¿qué interes tenia CERVÁNTES en corregir lo que sin correccion era tan agradable, tan admirado? ¿Sabria él siquiera las enmiendas que su libro necesitaba? Si no lo habia leido impreso, claro es que no.

187 Pág. 166, al medio.

Acertaron á *estar* entre unos árboles.

Las primeras ediciones: «Acertaron á *entrar*...»

Deberemos leer *estar*, porque se dice más adelante (página 176): «Vió Don Quijote que *estaba* entre unos árboles altos.» El sitio era el mismo: no habian salido de él.

188 Pág. 166, principio del párrafo último.

Pero Don Quijote, *aconsejado* de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante.

Las otras ediciones dicen *acompañado*.

189 Pág. 168, lín. 3.

Que vuestra merced *muy* bien conoce.

En la primera edicion falta el *muy*: falta y suplemento muy poco importantes.

190 Pág. 169, lín. 4.

Falta poco de aquí al dia.

Falta debió escribir el autor, y no *hay*, como se lee en las demas ediciones, porque se replica inmediatamente: «*falte* lo que *faltare*.»

191 Pág. 169, líneas últimas del tercer párrafo.

Así pues, querer porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna.

Primera edicion : « *Y si vos quereis* porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna. »

Son palabras de Sancho á su amo, á quien nunca trata de *vos :* creemos por eso que están equivocadas esas cuatro dicciones.

192 Pág. 174, fin del primer párrafo.

De mucha *verdad* y contento.

Texto usual : « De mucha *virtud* y contento. »

193 Pág. 174, párrafo último.

Parece ser... que *del* frio de la mañana... le vino en voluntad...

Ediciones primeras : « Parece ser... que *el* frio de la mañana... le vino en voluntad... »

194 Pág. 175, párrafo penúltimo.

Alguna cosa *mala* debe de ser ; que las aventuras y desventuras nunca comienzan *para* poco.

Texto comun : « Alguna cosa *nueva* debe de ser ; que las aventuras y desventuras nunca comienzan *por* poco. »

No importaba mucho que la cosa fuese *nueva*, si no era *mala ;* ni pudo Sancho decir que no principiaban por poco las aventuras, cuando aquella habia principiado por la oscuridad de la noche, harto leve mal para ellos, sobre todo, luego que cenaron. Hubo de ser mal entendido aquí el original de Cervántes, quien parece quiso expresar en forma distinta el refran aquel de « bien vengas, mal, si vienes solo ».

195 Pág. 177, despues de la mitad.

Destas lágrimas... de Sancho Panza *sacó* el *segundo* autor desta historia que debia de ser... por lo ménos cristiano viejo.

No se halla en las primeras ediciones el numeral ordinal *segundo :* bórrese, si se quiere ; pero es claro que se alude aquí al coautor cristiano, de quien es más propio que del moro el concepto que se forma de Sancho.

196 Pág. 178, líneas 13 y 14.

La *misma* causa.

¿ Escribiria Cervántes « la *única* » ?

197 Pág. 181, línea última ; pág. 182, líneas 1, 2 y 3.

No querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo ; porque... en *éste* no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

« Porque en *él* », dicen las demas ediciones.

Y advierte el señor Clemencin : « El estado ó profesion de los aventu-

reros no es *del otro mundo*, como supone el texto segun está, sino *del presente*. Deberia borrarse *él*, y ponerse *éste*.»

198 Pág. 182, fin del capítulo XX.

Vivirás *largo tiempo* sobre la haz de la tierra.

Nota del señor Clemencin: «Por descuido del autor ó del impresor se omitió el *largo tiempo*, que debió seguir al *vivirás*, donde hace tanta falta, que parece imposible que lo omitiese CERVÁNTES en el manuscrito original, siendo tan clara la alusion al segundo precepto del Decálogo.»

199 Pág. 182, líneas 1 y 2 del capítulo XXI.

Quisiera Sancho que se entraran en *las casillas* de los batanes.

En *el molino* dicen las demas ediciones; pero en el capítulo anterior se llama *casas mal hechas* (y no molinos) á las de los batanes. (Página 177 de este tomo, última línea.)

200 Pág. 182, líneas 4 y 5, contando desde la última de la plana.

Y apénas le hubo visto, cuando *alegre* se volvió á Sancho.

Primera edicion: «Y *áun él*, apénas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho.»

Aun él pudo ser el adjetivo *alegre*, que mal entendido por un copiante, fué sacado de su lugar y mal puesto en otro.

201 Pág. 183, principio del párrafo antepenúltimo.

Lo que yo veo *ú* columbro.

Texto corriente: «Veo *y* columbro.»

202 Pág. 184, á la mitad.

Porque no se le *mojase* el sombrero.

Texto corriente: «Se le *manchase*.»

203 Pág. 184, líneas 11 y 12, contando desde abajo.

Esta fué la ocasion *por* que á Don Quijote le pareció caballo rucio.

Primera edicion: «Esta fué la ocasion *que* á Don Quijote le pareció caballo rucio.»

204 Pág. 184, lín. 8, contando desde abajo.

Cuando él vió que el pobre *Barbero* llegaba cerca.

Las demas ediciones dicen *caballero;* pero ántes y despues se le llama *barbero*. «*Venia* el *Barbero*..., *el Barbero*, que tan sin pensarlo...»

205 Pág. 185, línea última.

Debió de fundir la *una* mitad.

Primera edicion: «Debió de fundir la *otra* mitad.»

Hay *otra mitad* luego: en dos mitades no puede haber dos *otras*.

206 Pág. 187, líneas 3, 4 y 5 despues de la primera division de párrafo.

No se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas, *los estacazos de los yangüeses.*

No se hallan las cinco palabras últimas en otra edicion. Parece, sin embargo, que Sancho no salió del manteamiento con las espaldas lastimadas; y despues de la aventura de los yangüeses habia dicho: «No me da pena pensar si fué afrenta lo de los *estacazos*, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la *memoria* como en las *espaldas.*»

207 Pág. 188, líneas 12 y 13.

Bebieron del agua del arroyo de los batanes.

Y con tanta sed, ¿no habian bebido hasta entónces! Puede que se les quitara, á Don Quijote con el enojo que le dió la risa de Sancho, y á éste con los palos que le costó la risa; pero tambien puede ser que este trozo se halle fuera de su lugar, y corresponda al principio del capítulo anterior (página 182), despues de las palabras: «como el que habian llevado el dia de ántes.»

208 Pág. 189, lín. 13.

A quien *sirviéremos.*

Así dice la primera edicion: en las otras corrigieron malamente *serviremos.*

209 Pág. 189, lín. 3 del segundo párrafo.

En *probacion.*

Parece que se podria leer *probacion* (esto es, prueba), y no *aprobacion*, como en el texto ordinario. Cierto es, sin embargo, que tambien se ha usado *aprobacion* en sentido de *prueba.*

210 Pág. 191, líneas 4 y siguientes.

Una fermosa dueña, que... viene con cierta *armadura*, hecha por un antiquísimo sabio, que *al* que *le asentare* será tenido por el mejor caballero del mundo... ninguno *se* dará *maña á ponérsela encima*, sino el caballero huésped.

Las otras ediciones: «Una fermosa dueña que... viene con cierta *aventura*, hecha por un antiquísimo sabio, que *el* que *la acabare* será tenido por el mejor caballero del mundo... ninguno *le* dará *fin y cima* sino el caballero huésped.»

Venir una mujer *con una aventura hecha* es lenguaje impropio, que Cervántes no pudo emplear: si su pensamiento hubiera sido decir que la dueña venia á dar el anuncio ó noticia de una aventura *predicha* ó *dispuesta* mucho tiempo ántes por un sabio difunto, bien lo hubiera sabido escribir, porque no tenemos autor que más fácil y más claro se exprese. Luego

esta *aventura* se probó al instante, en aquella sala, y el caballero huesped le dió fin y cima allí mismo: ¿cómo no se indica en el texto de la primera edicion de qué género era la aventura? porque lo de *probar* y *acabar* ó *dar fin y cima* parece convenir á las que no son de ejecucion breve y tan del momento. Creemos que no se nos dió en la primera edicion lo que CERVÁNTES habia escrito, y es casi seguro que tampoco escribiria lo que le imprimimos aquí.

211 Pág. 191, líneas 10 y 11, contando desde abajo.

Por las rejas *del* aposento donde ella duerme, que caen *á* un jardin.

Primera edicion: «Por las rejas *de* un jardin que caen *en* el aposento donde ella duerme.»

212 Pág. 192, lín. 3.

Estará *para* acabar la vida.

Primera edicion: «Estará *poco por* acabar la vida.»

213 Pág. 192, al medio.

Consuélase con esto la cuitada y procura *contenerse*.

Las otras ediciones: «Consuélase y procura *consolarse*.»

214 Pág. 193, lín. 12, contando desde la última.

No sé yo cómo se *podrá* hallar.

Texto ordinario: «Se *podia* hallar.»

215 Pág. 194, líneas 2 y 3.

Como pirámide *puesta al reves*.

Así la primera edicion; las otras omiten las tres voces últimas.

216 Pág. 194, línea penúltima.

Eso no hay quien *lo* quite.

Primera edicion: «Eso no hay quien *la* quite.»

Sigue luégo: «No hay sino encomendarse á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor *la* encaminare.» Primera edicion: «*Lo* encaminare.»

Parece que lo racional y cristiano es cambiar los pronombres como queda hecho, poniendo *lo* donde la primera edicion trae *la*, y estampando *la* donde en ella pusieron *lo*.

217 Pág. 197, líneas 2 y 3 del capítulo XXII.

Dulce *y nunca* imaginada historia.

Las demas ediciones: «Dulce *é* imaginada historia.»

Historia imaginada es historia fingida, y el buen Cide Hamete da siempre la de su héroe por verdadera.

218 Pág. 197, líneas primera y siguientes del segundo párrafo.

Venian asimismo con ellos *tres* hombres de á caballo y dos de á pié: *uno de á caballo* con escopeta de rueda, y los demas con dardos y espadas; y así como Sancho Panza los *vió*...

Las demas ediciones: «*Dos* de á caballo y dos de á pié: *los* de á caballo con *escopetas* de rueda, y los demas con dardos y espadas; y así como Sancho Panza los *vido*...»

Los de á caballo eran tres: en la página 207, despues de contarse que Don Quijote dió con el Comisario en el suelo, se dice que pusieron mano á sus espadas *los de á caballo*. En cuanto á escopetas, no habia más que una; se lee poco ántes en dicha página: «*éste* era *el de la escopeta*», y algo despues: «le quitó la espada y la *escopeta*», y: «se fueron huyendo de la *escopeta* de Pasamonte.» *Vió*, habia escrito Cide Hamete en la sexta línea de este capítulo; *vió*, y nó *vido*, se le imprime en la décimacuarta.

219 Pág. 197, lín. 4, contando desde abajo.

Esta gente, *adonde* los llevan, van de por fuerza.

Las demas ediciones: «Esta gente, *aunque* los llevan, van de por fuerza.»

Si iban por fuerza, *aunque* los llevaban, parece se debiera inferir que no llevándolos, ellos de suyo se irian á galeras, absurdo que no se puede achacar á nuestro escritor ni á ninguno. Escribió sin duda CERVÁNTES *adonde*, como ya en el epígrafe del capítulo dejaba escrito: «los llevaban *donde* no quisieran ir.» Con respecto al valor del adversativo *aunque*, nótense, entre mil casos que se pueden citar, los dos inmediatos. Página 198, al medio: «*Aunque* llevamos aquí el registro... no es tiempo éste de detenernos.» Página 203, párrafo antepenúltimo: «*Aunque* le llevaban de aquella manera, no iban seguros.»

220 Pág. 199, líneas 5 y 6, contadas desde la final.

Cantar en el ánsia *significa*... confesar en el tormento.

Primera edicion: «Cantar en el ánsia, *se dice*... confesar en el tormento.»

Parece que ó se debe poner *al* delante del verbo *confesar*, ó sustituir el *se dice* con *significa* ú otro equivalente.

221 Pág. 201, lín. 9.

Por... el *alcahueteo* limpio.

Texto ordinario: «Por el *alcahuete* limpio.»

Recordemos el autógrafo de CERVÁNTES, donde escribió *haui* por *habia* y *qued* por *quedo*. Se le olvidaria la última letra del sustantivo, ó se la suprimieron.

222 Pág. 203, lín. 9 y siguientes.

Metia el un ojo en el otro un poco. Venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié... que se *le* liaba por todo el cuerpo.

Primera edicion : «Metia el un ojo en el otro, un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pié tan grande, que se *la* liaba por todo el cuerpo.»

Parece que no hay necesidad de justificar el cambio de puntuacion, porque CERVÁNTES, como se puede ver en el facsímile de su letra, no usaba con seguridad ninguna. La puntuacion del *Quijote* es la del señor Juan de la Cuesta, cuya autoridad no es irrecusable. En cuanto al pronombre *la*, que mudamos en *le*, apelamos al propio CERVÁNTES, en su novela titulada *La Gitanilla*. Léese allí, ya cerca de su conclusion : «Sacaron á Andres de la cárcel... no sin una gran cadena, que, desde los piés, todo el cuerpo *le* ceñia.»

223 Pág. 204, lín. 2 del párrafo sexto.

Que no hay más *que ver*.

El segundo *que* y el segundo verbo se olvidó en la primera edicion; en la segunda y tercera de Cuesta imprimieron *que desear*, y fué suplemento acertado. Se toma para esta edicion el *no hay más que ver* del capítulo XXVII, página 11 del tomo II.

224 Pág. 205, líneas 13 y siguientes.

En las galeras de España hay más sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir.

En las demas ediciones : «Aunque no es menester mucho *más*.» Este segundo *más* debe estar demas.

225 Pág. 207, líneas 2 y 3 del párrafo último.

Don Quijote, que los *atendia*.

Texto ordinario : «Que los *acometia*.»

No los *acometia* : se acaba de decir que con mucho sosiego los *aguardaba*. *Atender* se usa várias veces en esta obra por *aguardar* ó *esperar*.

226 Pág. 209, línea última, y pág. 210, línea primera.

Dióle con ella tres ó cuatro golpes en *el espaldar*, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos.

«En *las espaldas*», traen las demas ediciones.

Si el estudiante hubiese querido maltratar á su libertador, le hubiera dado los golpes con la bacía en la cabeza, no en las *espaldas*, que estaban defendidas con el *espaldar* de la armadura; si, como parece, quiso estropear la bacía, daria con ella en el *espaldar*, porque era de acero.

227 Pág. 210, líneas penúltima y última del primer párrafo del capítulo XXIII.

Paciencia, y escarmentar *desae aquí para* adelante.

Primera edicion : «*Para desde aquí* adelante.»

Hemos antepuesto el *desde* al *para* porque en la página siguiente leemos : «*Desde* ahora *para* entónces, y *desde* entónces *para* ahora.»

Son de Don Quijote una y otra expresion.

228 Pág. 211, lín. 10, contando desde la última.

A los siete *Macabeos*.

En la segunda edicion corrigieron malamente *Mancebos*.

229 Pág. 211, líneas 2 y 3 del último párrafo.

Cuando el peligro sobrepuja á *las fuerzas*.

Texto ordinario : «Cuando el peligro sobrepuja á *la esperanza*.»

No parece del caso la voz *esperanza*, porque Don Quijote la tenia de vencer á todos los que se le pusieran delante.

230 Pág. 212, líneas 11 y 12.

Segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.

La segunda edicion de Juan de la Cuesta pone aquí el trozo que principia : «Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena»; trozo en que se refiere el robo del Rucio. Seguimos en ésta la primera edicion, la cual por ahora salva todas las dificultades que la mala colocacion del robo produce en las demas ediciones.

231 Pág. 213, lín. 6.

La maleta *estaba* cerrada.

Texto comun : «*Venia* cerrada.»

Hacia ya seis meses que habia venido. Si *venir* significa *estar* (en esta ocasion), el texto ordinario es preferible.

232 Pág. 215, línea última.

Lo que no *poseo*.

Léase *deseo*, como en las demas ediciones.

233 Pág. 216, lín. 12.

Por *negligencia*.

Texto usual : «Por *diligencia*.»

234 Pág. 217, lín. 6.

Medio desnudo.

Las demas ediciones : «*Desnudo*.»

Realmente no iba del todo desnudo, porque llevaba coleto y calzones.

235 Pág. 217, lín. 8.

Los muslos *le* cubrian unos calzones.

Falta el pronombre en las demas ediciones, y no lo omitiria CERVÁNTES, cuando tras *calzones* añade : «al parecer, de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se *le* descubrian las carnes.» Hace el *le* más falta arriba que abajo, si se omite el *se*.

236 Pág. 218, al medio.

Hemos caido en sospecha de *tener* el dueño casi delante.

Las demas ediciones : «En sospecha de *quién es* el dueño cuasi delante.»

237 Pág. 221, lín. 5.

Pidió perdon *del asalto pasado.*

Las otras ediciones : «Pidió perdon de *los asaltos pasados.*»
Uno se habia mencionado hasta entónces.

238 Pág. 222, lín. 11, contando de abajo arriba.

No lo admite *si no* lo toma á puñadas.

Primera edicion : «No lo admite, *sino que* lo toma á puñadas.»

239 Pág. 224, lín. 3 del capítulo XXIV.

Principiando su plática.

Texto corriente : «*Prosiguiendo* su plática.»
Hasta entónces no habian hablado más que para saludarse ; la verdadera *plática* ó *conversacion* todavía estaba por principiar.

240 Pág. 225, líneas de 5 á 8.

Y juro... (si en esto, señor, me complaceis) *de* serviros.

Primera edicion : «Y juro... *que*... de serviros.»
Creo que hay que poner aquí el auxiliar *he* ó suprimir arriba la conjuncion *que*. *Juro* de *serviros* ó *juro* que he de *serviros* son locuciones de CERVÁNTES : *juro* que de *serviros*, ni de él ni de otro : en alguna edicion moderna se ha corregido bien.

241 Pág. 225, lín. 4, contando desde abajo.

Se *sentó* en el suelo.

Se *sentó*, porque se añade inmediatamente que se acomodó en su *asiento*. Las otras ediciones dicen : «Se *tendió*.»

242 Pág. 226, al medio.

Para satisfacer.

Las otras ediciones : «Para *no* satisfacer.»

243 Pág. 227, líneas 5 y 6.

Creció la edad, y con ella *tanto* el amor de entrambos, que al padre... le pareció..., etc.

Falta el adverbio en las demas ediciones.

244 Pág. 228, líneas 3 y 4 despues de la division de párrafo.

Donde el *Duque* estaba.

El sustantivo se añade en esta edicion.

245 Pág. 228, líneas 3 y 4 ántes de la última.

Me lo confirmó con mil juramentos y mil de *fiel amor*.

Primera edicion : « Y mil *desmayos*. »

De placer no serian estos desmayos, porque la despedida no era gustosa; de pena tampoco, porque luego dice Cardenio (tomo II, página 21) que siempre se hablaban él y Luscinda con todo *regocijo y contento*, *sin lágrimas*, *suspiros*, *celos*, *sospechas ó temores*; ni consta que se desmayase Luscinda hasta que tan contra su voluntad la casaron. *Desmayos* ha de ser errata, y diria el original : *de amor*, ó *de amarme*, ó *de serme fiel*, ó cosas así.

246 Pág. 229, penúltima línea.

En *ley* de buen criado.

Texto comun : « En *vez* de buen criado. » En la página 231 se lee : « En la *ley* de la mucha amistad que mostraba. »

247 Pág. 231, líneas 12 y 13.

Vióla en *signo* tal...

Texto comun : « Vióla en *sayo* tal... »

Las mujeres que nos pinta CERVÁNTES no usaban *sayo*, sino *saya*; y de haber empleado él esta voz, hubiera escrito, como suele : « *Vestida* una *saya*. »

248 Pág. 231, líneas 12 y 13, contando desde la última.

Un billete suyo, tan discreto, tan honesto...

Las demas ediciones : « Un billete suyo, *pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa*, tan discreto, tan honesto... »

Se reserva lo de bastardilla para más adelante.

249 Pág. 232, líneas 7 y 8.

La pidiese á su padre, etc.

Las demas ediciones traen este trozo de esta manera : « Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula... » En la

pagina 18 del tomo II de esta edicion se lee : «Llegando al paso del billete *que habia hallado don Fernando entre* el libro de Amadis de Gaula...» Conforme á esta correccion de CERVÁNTES, hemos corregido aquí : «*y lo puso, y lo halló luego* don Fernando, *dentro del* libro, que era el de Amadis de Gaula.»

250 Pág. 232, línea última.

Más de *cien* libros.

Texto comun : «Más de *trescientos* libros.»

Recordará el lector que en el capítulo VI, página 37, se dice que el Cura y el Barbero hallaron en el aposento de Don Quijote *más de cien cuerpos de libros grandes*. Parece que los grandes eran los de caballerías : un 1 de CERVÁNTES, torcido y mal hecho, pudo tomarse por un 3.

251 Pág. 236, lín. 7.

Morrillazos.

Texto corriente : «*Ladrillazos.*»

No era fácil que hubiese recibido Sancho *ladrillazo* ninguno en medio de los campos, y á él no le habian apedreado sino los galeotes. *Lastrillazos* tal vez escribiria CERVÁNTES en su borrador ; esto es, golpes con piedras menudas de *lastra*.

252 Pág. 236, líneas 5 y 6 despues de la segunda division de párrafo.

Si vuestra merced pasara *por* ello.

«*Con* ello», en las otras ediciones.

253 Pág. 238, lín. 8.

Entremétete en *espolear á* tu asno.

Aun va Sancho en el Rucio; todavía no se lo han quitado : hasta aquí nos sirve perfectamente el texto de la primera edicion.

254 Pág. 238, líneas 2 y siguientes del antepenúltimo párrafo.

No *tanto* me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña.

Las otras ediciones : «No *sólo* me trae... cuanto el que tengo de hacer una hazaña.»

255 Pág. 239, lín. 10.

El *fénix*.

Texto comun : «El *señor*.»

256 Pág. 239, lín. 6 ántes de la postrera.

Para *dar* ejemplo.

Primeras ediciones : «Para *quedar* ejemplo.»

257 Pág. 240, lín. 6 ántes de la última.

Cien mil *violencias*.

Texto ordinario: «Cien mil *insolencias*.»

Se han mencionado ántes muertes de pastores e incendios de chozas: no llamaria CERVÁNTES *insolencias* á esto.

258 Pág. 242, lín. 14.

En más de cuatro *horas*.

Texto ordinario: «En más de cuatro *dias*.»

Si en el manuscrito del autor estaban escritas estas palabras (que es harto dudable), tenia otro plan CERVÁNTES cuando las escribió, y correspondian á otro lugar. El yelmo de Mambrino habia caido en poder de Don Quijote aquella mañana, ántes de la aventura de los galeotes, que segun Ginés de Pasamonte, fué ántes de las diez.

259 Pág. 242, líneas 13 y 14, contando desde abajo.

Si Dios me *hiciere* tanta gracia...

Texto usual: «Si Dios me *diere* tanta gracia...»

260 Pág. 243, division de párrafo.

Aquella noche llegaron á la mitad, etc.

Aquí se coloca en esta edicion el trozo que trae la segunda al principio del capítulo XXIII, con el robo del Rucio: aquí no tiene inconveniente, ni por lo que precede ni por lo que sigue. No es gran temeridad suponer que, de primera intencion, por aquí lo habria puesto CERVÁNTES.

261 Pág. 244, lín. 7.

Echó ménos su Rucio.

Las otras ediciones: «*Halló* menos su Rucio.»

262 Pág. 244, líneas 3 y 4 del párrafo último.

Una cédula de *asnos*.

«De *cambio*», traen las demas ediciones desde la segunda de Juan de la Cuesta.

Parece que se debe leer: «una cédula de *asnos*», porque sigue la frase diciendo: «para que le diesen *tres* en su casa, de *cinco* que habia dejado en ella.» Ademas, en la página 254, verá escrito el lector: «*cédula de los tres pollinos*», y más abajo: «Mandará vuestra merced por *esta primera de pollinos*.»

263 Pág. 244, líneas 6, 7 y 8, contando desde la última.

Siguió á pié á su amo por donde Rocinante le llevaba, hasta que en diversas...

En la tercera edicion de Juan de la Cuesta se hallan, al fin del fólio 96,

las palabras «cargado con todo aquello que habia de llevar el Rucio», y en el 98 vuelto, igualmente al fin: «siguióle... á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte.» Aprovechando estos fragmentos, he ordenado como se ve en nuestra página 244 el final del trozo tomado del capítulo XXIII en las ediciones segunda y tercera de Cuesta, añadiendo, para el necesario enlace, estas pocas palabras: «Siguió á su amo por donde Rocinante le llevaba, hasta que en diversas...» Lo que sigue ya es de CERVÁNTES.

264 Pág. 247, líneas 1 y 2 del último párrafo.

Más fué perder el asno... *que si se perdieran sin* él las hilas y todo.

La segunda edicion de Cuesta y las demas: «Más fué perder el asno, *pues se perdieron en* él las hilas y todo.»

Las hilas se quedaron en las alforjas, y las alforjas en la venta del Zurdo.

265 Pág. 247, líneas antepenúltima y penúltima.

No que el estómago.

Así la primera edicion; la tercera de Cuesta dice: «*Cuanto más* el estómago.» No habia necesidad de enmienda, y es singular haber corregido una expresion característica de CERVÁNTES con otra que significa lo mismo, habiéndose dejado sin corregir la contradiccion que se halla poco ántes, cuando se da á entender que las alforjas iban en el Rucio.

266 Pág. 248, línea última.

Todo *era* necesario.

Las otras ediciones: «Todo *irá inserto.*»

Errata positiva: la libranza asnal no habia de insertarse en la carta para Dulcinea. Escribiria CERVÁNTES (en vez de *inserto*) *menester* ó *necesario.*

267 Pág. 249, lín. 2.

En hojas de *ciertos* árboles.

Texto ordinario: «En hojas de árboles.»

Con algo manifestaria CERVÁNTES que no se podia escribir la epístola para Dulcinea en las hojas de los árboles que tenian al rededor.

268 Pág. 249, párrafo segundo.

Nunca las cartas de *amores* se firman.

Las demas ediciones: «cartas de *Amadis.*»

En la misma página, más abajo, tratándose de la misma carta, se imprimió siempre: *carta de amores.*

269 Pág. 249, líneas últimas.

No la he visto cuatro veces, *y ésas de léjos.*

El último inciso no se halla en ninguna edicion; pero, segun lo que dan de sí otros lugares de nuestra historia, Don Quijote no habia visto á Dulcinea. Pongámonos en un medio prudente, y entendamos que apénas la habia visto, que apénas la conocia, que nunca la habia visto *bien.*

270 Pág. 250, principio del tercer párrafo.

Bien la conozco, dijo Sancho, *puesto que nunca la he visto.*

Los seis vocablos últimos no se hallan en las demas ediciones; pero son necesarios y se toman del capítulo XXXI (tomo II, páginas 86 y 87 de ésta), donde se lee: «Puesto que el (Sancho) sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, *no la habia visto* en toda su vida.»

271 Pág. 250, lín. 5 del tercer párrafo.

Sacar la *zanca* del lodo.

Texto ordinario: «Sacar la *barba* del lodo.»

En el tercer tomo de esta edicion, página 41, hallará el lector estas otras palabras de Sancho: «¿No te parece... que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno... que nos saque *el pié* del lodo?» Por eso á *barba* se sustituye *zanca*, voz análoga, de cinco letras y dos *aes*, una en el segundo lugar y otra en el último, como *barba.*

272 Pág. 250, líneas 3 y 4, contando de abajo arriba.

Que há muchos dias que *lo deseo.*

Las demas ediciones: «Há muchos dias que *no la veo.*» Vuelvase a la nota 270.

273 Pág. 251, lín. 8, contando desde la última.

Alcanzólo á saber su mayor.

El *mayor*, como perfectamente lo explicó Pellicer, era el *superior* del *motilon:* fácilmente se adivina qué *casa* seria aquella donde habia *presentados* y *teólogos.*

274 Pág. 252, líneas 6 y 7.

Para lo que yo quiero á Dulcinea.

Las otras ediciones: «*Por* lo que yo quiero.»

Son varios los casos en que imprimieron *por* en lugar de *para* en nuestro libro. Acaso escribiria CERVÁNTES esta preposicion en abreviatura confusa.

275 Pág. 252, lín. 11.

Las Galateas, las *Fílidas...*

Texto comun: «Las Galateas, las *Alidas...*»

En el penúltimo capítulo de nuestra historia (tomo IV de esta edicion, página 289) se lee: «*Fílidas*, Amarílis, Dianas, Fleridas, Galateas y Belisardas.»

En el *Coloquio de los perros*: «Amarílis, *Fílidas*, Galateas y Dianas.» *El Pastor de Fílida* es una novela pastoril de Luis Galvez de Montalvo, amigo de CERVÁNTES, quien escribiria *Fílidas* en esta ocasion, y no *Alidas*.

276 Pág. 252, al medio.

Porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para *ser queridos*.

Primera edicion: «Porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para *serlo*.»

Valor significaba en el siglo de CERVÁNTES, ademas de *ánimo* y *fuerza*, como hoy, *mérito* y *prendas*. Eran entónces muy de moda los galanteos; de manera que no pudo CERVÁNTES querer decir que varios poetas celebraban á sus damas por ganar el concepto de hombres que tenian *ánimo* y *decision* bastante *para enamorarse*: tal *decision* y *ánimo* eran harto comunes, y ningun escritor se singularizaria por eso. Más de creer es que los calificara CERVÁNTES de aficionados á manifestar que merecian los favores de la belleza. La variante incluida en esta edicion corresponde á esta idea; creo, sin embargo, que donde se debe introducir es en sustitucion de las palabras *y por hombres*, y que CERVÁNTES escribiria: «porque los tengan por enamorados *favorecidos* (ó *correspondidos*), que tienen valor (esto es, mérito) para serlo.»

277 Pág. 253, líneas 3 y 4.

No seré castigado de los *juiciosos*.

«De los *rigurosos*», dicen las demas ediciones. Parece que de los *rigurosos* es de quien se debe temer el castigo más.

278 Pág. 253, lín. 4 del segundo párrafo.

Por si acaso.

Las ediciones antiguas: «*Si* acaso.»

Hace falta la preposicion, como lo advirtió el señor Clemencin: se ha tomado de la línea siguiente, donde hay un *porque*, del cual basta con la última sílaba.

279 Pág. 255, lín. 2.

A *treinta* de Agosto.

Así se debe leer la fecha, con arreglo á nuestro Diario, que no defendemos. Disculpa mucho nuestra licencia la particularidad notable de que

la primera y la segunda edicion de Cuesta señalan el dia 22 de Agosto, y la tercera el 27. Ofreciendo ambas fechas tropiezos, hemos elegido una que los allana. No estarian muy claros los números que fueron leidos con tal diferencia, quedando la duda si áun la segunda vez fueron bien trasladados.

280 Pag. 256, principio del penúltimo párrafo.

A esto dijo Sancho: «¿Sabe vuestra merced qué temo?»

Así la segunda edicion de Cuesta, y así las modernas; la primera, variándole la puntuacion: «A Dios, pues. Pero ¿sabe vuestra merced...», etc.

Esto no era ningun despropósito. CERVÁNTES no hubiera tocado aquí: otra pluma fué la que hizo esta y otras tan felices enmiendas, tan necesarias sobre todo. ¿Lo serán más las nuestras? Algunas, de seguro que no; pero en cambio faltan otras, que se han advertido tarde, y todas aquellas que no es dado conocer á nuestra capacidad limitadísima. Deja mucho que desear la presente edicion; pero puede abrir camino á otras mejores.

FIN DE LAS NOTAS DEL TOMO PRIMERO DEL QUIJOTE,
TERCERO DE LA COLECCION.

INDICE.

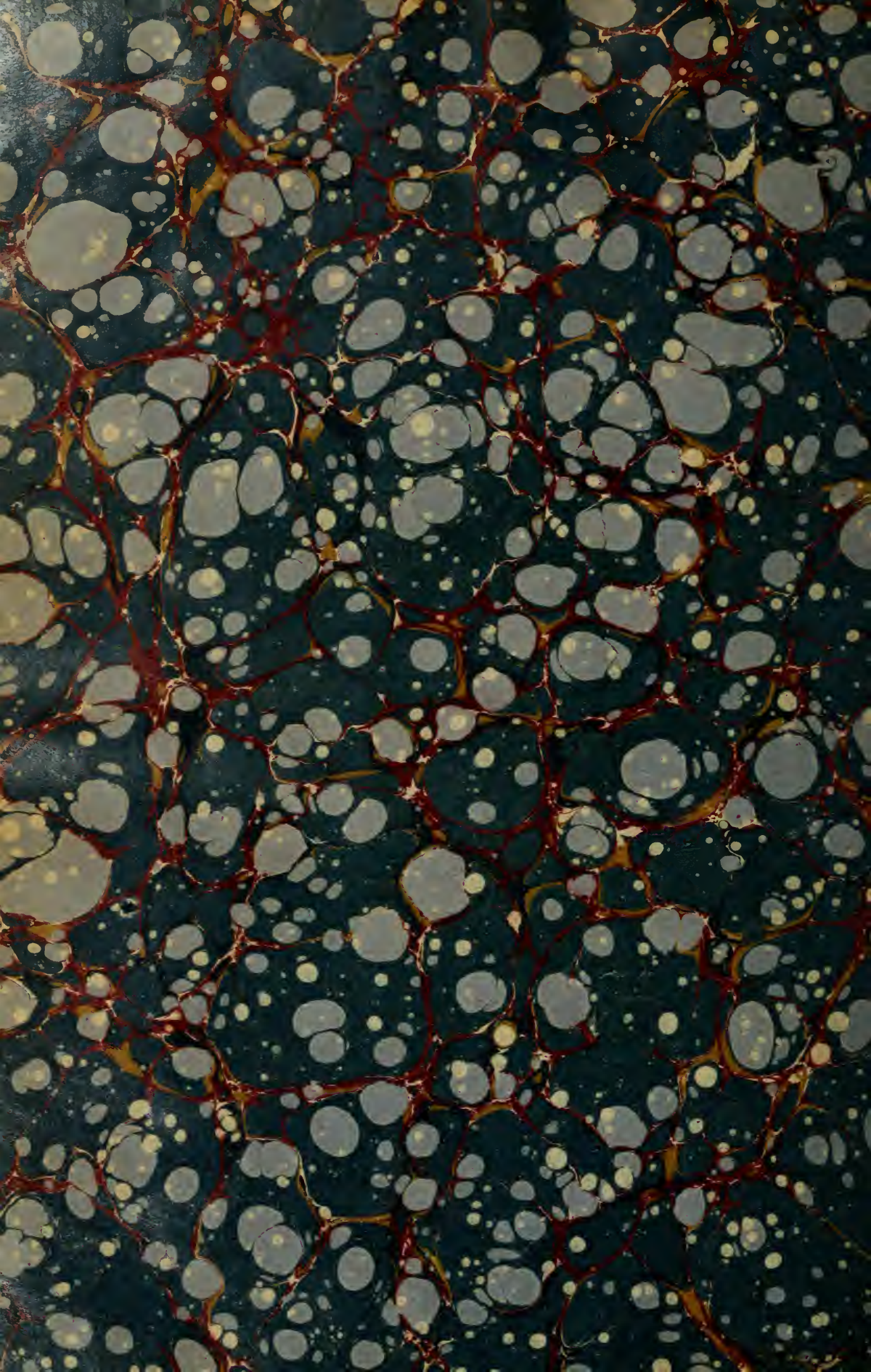
DEL TOMO PRIMERO DEL QUIJOTE.

	Págs.
El Editor.	v
Prólogo de esta edicion.	vii
Diario.	xxix
Al Duque de Béjar.	xxxv
Prólogo.	xxxvii
Elogios..	xlv
Capítulo primero. Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.	1
— II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.	7
— III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.	15
— IV. De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.	23
— V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.	31
— VI. Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.	37
— VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.	46
— VIII. Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.	52
— IX. Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.	62
— X. De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero.	69
— XI. De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.	76
— XII. De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.	84

Págs.

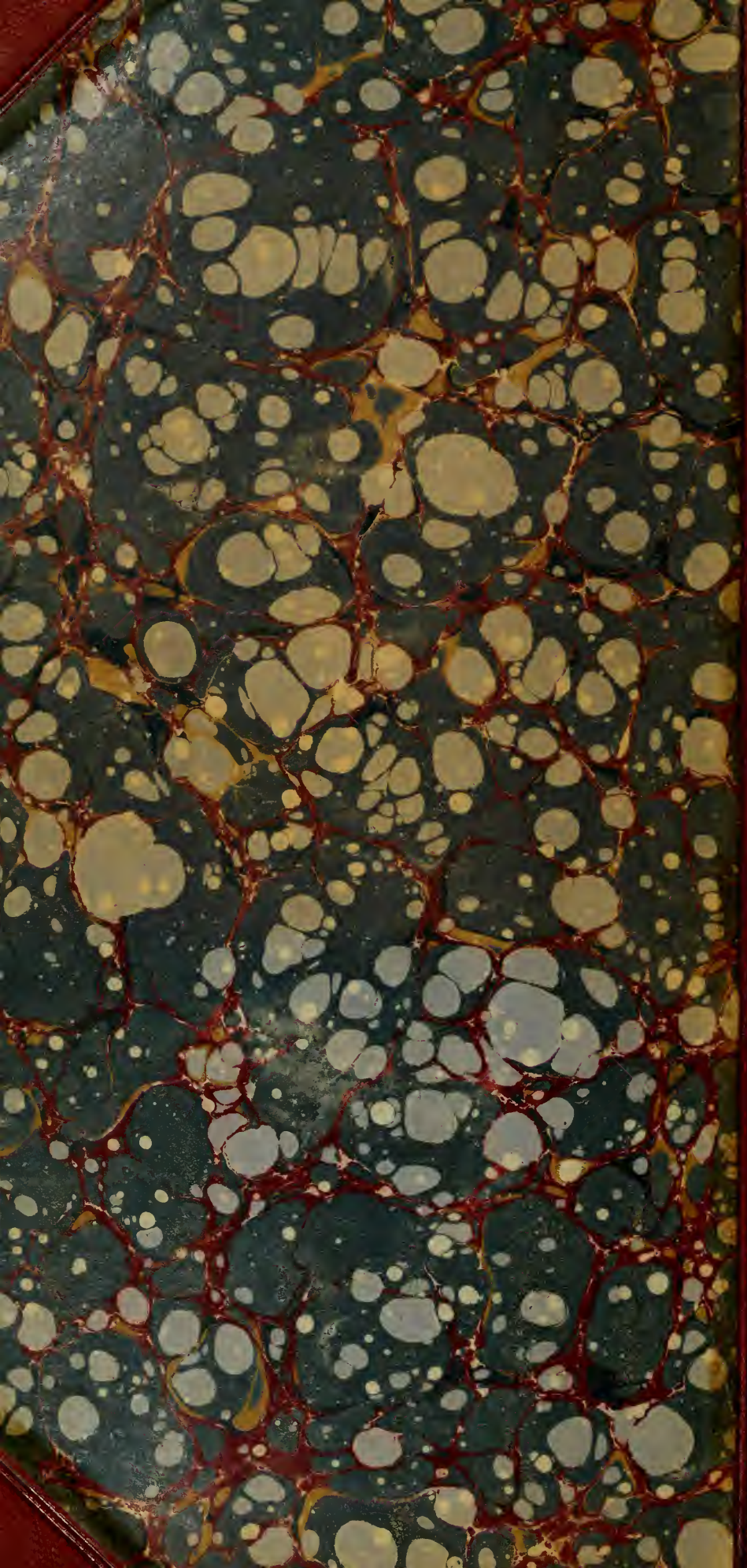
Capítulo XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos. 91
— XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos. 103
— XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses. . . 113
— XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo. 122
— XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó Don Quijote que era castillo. 132
— XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas. 142
— XIX. De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que les sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. 156
— XX. De la jamas vista ni oida aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha. 165
— XXI. Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero. 182
— XXII. De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir. 197
— XXIII. De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan. 210
— XXIV. Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena. . . . 224
— XXV. Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo de la penitencia de Beltenebros. . . 235
Notas. 261

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO DEL QUIJOTE, TERCERO DE LA COLECCION.



LS.
C419
1862-4
29035
Author Cervantes Saavedra, Miguel de
Title Obras. Vol.2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU